



# LOS HAIDUCI

*Bandidos del pueblo*

Panait Istrati

Lectulandia

A principios del siglo xx, el campesinado rumano se desangraba a manos de los ocupantes griegos y turcos, aliados con los señores feudales y la burguesía. Los *haiduci*, bandidos revolucionarios, lucharon por que se hiciera justicia.

Reunidos en torno a una hoguera, un grupo de estos rebeldes, alentados por su capitana, cuentan las experiencias que los llevaron a sublevarse. Lírico y desgarrado, preciso hasta la extrañeza, Istrati da forma al espíritu de la revolución en las voces de un monje enamorado, una pastora guerrera o un soldado justiciero. Son relatos íntimos de resistencia, un retrato brutal del abuso ante el que es imposible no vibrar de indignación.

Lectulandia

Panait Istrati

# Los Haiduci

**Bandidos del pueblo**

ePub r1.0

Titivillus 05.01.2019

Título original: *Présentation des haïdoucs*

Panait Istrati, 1925

Traducción: Sol Kliczkowski

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0



---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# Istrati o los riesgos de la libertad

Eduardo Berti

Allá por 1925, cuando Panait Istrati (Brăila, 10 de agosto de 1884 - Bucarest, 16 de abril de 1935) publicó *Présentation des haïdoucs*, habían pasado solo nueve años del día en el que, tras vender una granja que poseía en Rumania y obtener a cambio un pasaporte en regla, viajó a Suiza abandonando a su esposa y a su madre. Huía de las mismas cosas que encontraba en todas partes (injusticia, mezquindad) y, apenas arribó a Suiza, su salud le cortó las alas: fue internado por culpa de una tuberculosis que ya había dado sus primeras y preocupantes señales hacía más de un lustro.

Hasta ese momento, Istrati no hablaba ni leía francés pese a que era un políglota que se movía con facilidad entre el rumano, el griego y el turco. En Suiza descubrió, casi al mismo tiempo, el idioma francés y la obra de Romain Rolland, quien poco antes, en 1915, había obtenido el Premio Nobel de Literatura no solamente por sus libros, sino también por su posición pacifista y no-violenta (próxima a Gandhi, Tagore o Tolstói) en pleno desarrollo de la Primera Guerra Mundial.

Aventurero de la estirpe de Blaise Cendrars, Joseph Conrad o Jack London, viajero incansable, Istrati ya había recorrido muchas ciudades, había ejercido mil y un trabajos (marino, empleado doméstico, pintor, portero de noche en un hotel) y se había educado en forma autodidacta, leyendo intensamente. «Deambuló, erró, caminó, vagabundé, durmió bajo el sol y las estrellas, recorrió senderos y muelles con el hambre en el vientre y con una risa en los ojos porque su afán de descubrimiento, su busca de lo imprevisto y de novedades era mayor y más poderosa que su deseo de alimentos», lo retrató Joseph Kessel.

Sin embargo, pese a su temprano gusto por la literatura, pese a que había publicado diversos artículos y textos breves desde 1907, empezó a escribir en forma regular y casi compulsiva después del impacto llamado Rolland. Entonces, un poco a la manera de Conrad cuando inició su segunda vida (la de escritor), dejó a un lado su lengua materna y abrazó el francés como lengua literaria.

*Los haiduci*, una de las primeras obras de Istrati, forma parte de un ciclo de libros reagrupados bajo un título general, *Los relatos de Adrien Zograffi* (*Les Récits d'Adrien Zograffi*), ciclo al cual también pertenecen *Domnitza de Snagov* o *Kyra Kyralina*. Fue este último texto, en su versión manuscrita, el que conmovió a su ídolo Romain Rolland en 1922. La anécdota es más o menos conocida: a principios de 1921, en la ciudad francesa de Niza, Istrati redacta una larga carta para Rolland, que nunca llega a enviar, y tras ello intenta suicidarse. La Policía encuentra la carta y la envía al periódico *L'Humanité*, desde donde se la reenvían a Rolland. Entre el

ganador del Premio Nobel y el joven rumano se inicia a partir de allí mucho más que un intercambio epistolar, ya que el primero pronto prestará ayuda como lector, como mentor, y declarará a los vientos que Istrati «tiene talento para escribir en cualquier idioma».

Los *haiduci* que aparecen en el título de este libro (traducido una sola vez previa al castellano, hace más de ochenta años) están presentes en muchas obras de Istrati y son un modo vital de rememorar audacias y andanzas de su niñez y de su juventud.

A principios del siglo xx, los *haiduci* de Rumania se dividían a grandes rasgos en tres lotes: los *codreni* (es decir, los que provenían del bosque), los *mușterii* (de las montañas) y los *dunăreni*: los de la zona del Danubio, que tenían mucho de piratas.

Suele decirse que los *haiduci* eran unos Robin Hood que robaban a los ricos en beneficio de los pobres, pero la realidad es más compleja. La palabra viene, al parecer, de una expresión turca (*haydut*) empleada para describir a quienes estaban «fuera de la ley». Rebeldes, opositores al régimen otomano, los *haiduci* hicieron de las suyas tanto en Moldavia, Hungría o Albania como en Polonia, Serbia o Croacia; eran hombres, según lo expresa el propio Istrati, que no soportaban la explotación ni la servidumbre, que protegían a los pobres, que mataban a los terratenientes y a los propietarios crueles.

Resulta casi fatal que las novelas de Istrati hagan foco en bandidos, aventureros y oprimidos. Algo de eso le vino en la sangre. Su padre fue un contrabandista griego llamado Gherasim Valsamis. Algunos biógrafos cuentan que Valsamis murió asesinado cuando Panait tenía pocos meses de edad; otros aseguran que contrajo la tuberculosis, volvió a su país y falleció en Atenas en 1885.

La ciudad donde Istrati vio la luz (Brăila, a orillas del Danubio) se sitúa a apenas veinte kilómetros de la ciudad de Galați, donde mi padre nació hace poco más de un siglo. Visité recientemente la región, en una especie de doble viaje (en el tiempo y en el espacio), y quedé impactado, tras consultar viejas fotos y documentos antiguos, con los rasgos de esa parte de Rumania a inicios del siglo pasado. Me atrevería a hablar de un clima multicultural y multiétnico. Una especie de cosmopolitismo floreciente. Los puertos del Danubio atraían inmigrantes de toda clase (albaneses, rusos, griegos, italianos...), por ellos pasaban cargas muchas veces suculentas, pero la *belle époque* de la zona no impidió, desde luego, que hubiese grandes diferencias entre pobres y ricos, de igual manera que los aires de universalismo no lograron borrar del todo (al contrario, cabe pensar) ciertas alarmas que suele despertar lo extraño o lo exótico.

Mi padre solía hablarme con nostalgia del puerto de Galați y del río Siret, por donde a menudo navegaban los *plutași* con sus cargas de madera, antes de tropezar

contra el vasto Danubio. Mi padre solía hablarme de esa zona como si fuese (y, por cierto, no exageraba) una puerta mágica entre Oriente y Occidente. Parece muy pertinente, por lo tanto, que un hijo del Danubio como Istrati haya sido definido por un fino lector como Claudio Magris en términos de «poeta de la promiscuidad y la ambivalencia de Oriente».

Al final de esa extensa travesía que realiza en su libro-río *El Danubio*, Claudio Magris llega a Brăila y Galați, y habla de ambas ciudades más bien en plural subrayando sus elementos en común, pero marca también ciertos matices: Galați supo ser una especie de Hamburgo para convertirse hoy en un infierno industrial; en Brăila, los griegos y los turcos dejaron su impronta como comerciantes.

Romain Rolland, que acaso se equivocó cuando tildó a Istrati de «Gorki de los Balcanes», fue perspicaz al pintarlo como una suerte de «contador oriental» y al afirmar que las historias de sus libros, especialmente los relatos de Adrien Zograffi, están hechas de unos meandros y unos desvíos que hacen pensar de inmediato en el curso del Danubio.

La mezcla de potencia y libertad con la que fluyen sus ficciones es consubstancial, no hay dudas, al ilustre río (y a las antiguas leyendas y ricas tradiciones orales que el futuro escritor oyó siendo niño de labios de sus tíos Anghel y Dimitri, campesinos de la región de Valaquia), pero también a la ideología de Istrati, a su forma de rebelarse con tesón contra toda clase de atropello. Anarquista de alma, coorganizador de la que muchos estiman la primera huelga de trabajadores portuarios en la historia de Brăila, eterno «defensor de los débiles y oprimidos», como observa Magris, fue también alguien capaz de poner a una mujer al frente de su pandilla de *haiduci*.

Desgraciadamente, Istrati pagó el precio de su honradez de pensamiento y de su eterna rebeldía contra los poderosos y contra los abusos de autoridad cuando, a fines de los años veinte, se convirtió en uno de los primeros escritores en denunciar en público los excesos del estalinismo.

Ocurrió, siendo más exactos, a partir de 1927. Días después de ser nombrado vicepresidente de la Asociación de Amigos de la URSS, recibió una invitación para asistir en Moscú a los festejos por el décimo aniversario de la Revolución bolchevique. Partió a mediados de octubre rumbo a Moscú con varios invitados y un año más tarde, en marzo de 1928, efectuó una nueva visita con el escritor griego Nikos Kazantzakis y la futura esposa de este, Éléni Samios. Un viaje gigantesco: Nóvgorod, Ereván, Estalingrado, Tiflis, Kiev, Moscú, entre otras escalas.

En julio de 1928, tras conseguir un permiso de libre circulación, realizó un periplo por fuera de los circuitos oficiales y comprobó que la realidad era muy distinta a la propaganda del régimen. El impacto fue tremendo. «Estoy herido para el resto de mi vida», le confió a Romain Rolland. Ya de retorno en Francia, no supo si hablar o callar. O, mejor dicho, de qué modo hablar. ¿Cómo criticar el estalinismo desde la ideología socialista, en un momento en que el fascismo ascendía en Europa?

Primero redactó una serie de cartas que resumían su posición, pero no obtuvo respuesta. Después concibió una gran obra, una suerte de testimonio común con dos grandes opositores izquierdistas de la época, Victor Serge y Boris Souvarine, y como buen *haiduc* que no soporta la opresión ni la servidumbre, plasmó un texto amargo, vehemente, empedernidamente crítico.

De *Vers l'autre flamme (Hacia la otra llama)*, obra en tres partes, solo la primera (Tras dieciséis meses en la URSS) fue escrita por Istrati pues las otras, *Soviet 1929* y *Rusia al desnudo*, pertenecen a Serge y Souvarine, respectivamente. Polémica y pionera, bastante anterior (por ejemplo) a *Regreso de la URSS* de André Gide, la obra traía la hoy célebre réplica contra uno de los lugares comunes del discurso comunista: «No se puede hacer una tortilla sin romper huevos». Pese a que la respuesta es muy aguda («Veo los huevos rotos, pero ¿dónde está la tortilla?»), no solucionó las cosas: Istrati fue vilipendiado y acusado de traidor, su compañera lo abandonó y hasta Romain Rolland, que admitía en privado sus críticas, le propuso que no las difundiera para no darle herramientas al bando enemigo.

Éléni Samios-Kazantzakis lo cuenta con lujo de detalles en *La véritable tragédie de Panait Istrati*, donde medita: «Creo que, en el fondo de su corazón, Panait atesoró una gran amargura. Era oriental a medias y conocía el proverbio donde se afirma que si hablas mal de tu casa, esta se derrumbará sobre tu cabeza».

Posturas tan inflexibles le valieron a Istrati el apelativo algo ligero de «hombre que no adhiere a nada». Tienta postular, no obstante, que fue el hombre que adhirió a la justicia, a la verdad y a la honestidad intelectual. El hombre que adhirió, ante todo, a los riesgos de la libertad, vastos y sinuosos como el Danubio o como las correrías de los *haiduci*.

## Nuestra edición

*Los haiduci. Bandidos del pueblo* es la continuación de un camino emprendido años atrás en Libros de la Ballena: la publicación de la obra del escritor rumano Panait Istrati. En 2011 vio la luz *El pescador de esponjas* y en 2013, *Codin*; las tres obras forman parte del *Ciclo de Adrian Zograffi*.

En esta ocasión, para nuestra traducción hemos partido de la última edición francesa: *Présentation des haidoucs*, publicada por la editorial L'échappée en 2014, que a su vez recupera el texto de la edición original, de 1925. En 1930, la novela se publica en rumano, traducida por Neagu Negulescu con el título de *Prezentarea haiducilor*. Como enseguida comentaremos, también la consulta de la primera edición rumana ha resultado imprescindible a la hora de fijar la traducción al español.

*Haiduci* es la forma en plural de la palabra *haiduc*. El subtítulo *Bandidos del pueblo* viene a ser una traducción posible al español de esta palabra, profundamente integrada en la historia y la cultura rumanas. *Haiduc* es el rebelde que lucha contra los señores feudales y los ocupantes griegos y otomanos para liberar a los oprimidos; se trata de una figura histórica que se remonta a la ocupación de Rumania por parte del Imperio otomano a partir del siglo XIV. La palabra (de origen turco) se documenta por primera vez en rumano en el siglo XVI.

La traducción de esta novela ha corrido a cargo de Sol Kliczkowski, que viene participando en la publicación de Istrati en Libros de la Ballena desde el comienzo, ya que formó parte del equipo que editó *El pescador de esponjas* y después tradujo *Codin*; su conocimiento de la obra de Istrati, por lo tanto, es pleno y activo, lo que ha supuesto una gran ayuda a la hora de abordar las dificultades de esta edición.

Las particularidades lingüísticas y traductológicas de *Los haiduci. Bandidos del pueblo* son diversas y complejas. Partimos de la base de que el autor no escribe en su lengua materna; de hecho, aprendió francés e hizo de esta su lengua literaria pasados los treinta años. A esto se suma la singularidad de su estilo, que transita entre el lirismo y la precisión semántica, voluntariamente ajeno a los estándares del «buen estilo literario». El extrañamiento como recurso se apuntala además con la inclusión de más de un centenar de palabras rumanas en el original francés. Este léxico, que transcurre por los campos semánticos de las tradiciones rurales y las revueltas populares en la Rumania de principios del siglo XX, aparece en el original ortográficamente adaptado a la fonética francesa, lo mismo que la toponimia y la antroponimia.

Para la presente edición, hemos considerado que era de vital importancia la unificación de la ortografía de todas estas palabras según las normas de la lengua rumana, ya que actuar de otro modo habría supuesto para el lector en español una grave descontextualización lingüística. En el caso del léxico, se ha preferido siempre

el nominativo singular o plural, sin artículo, conjugándose el cotejo de la edición original rumana con la consulta de fuentes lingüísticas y el asesoramiento de Bianca-Maria Miereanu, estudiante de Traducción en la Universidad Autónoma de Madrid, a quien queremos expresar desde aquí nuestro más profundo agradecimiento.

La traducción del léxico se ofrece junto a cada palabra en superíndice en primera aparición y se recupera después en apariciones sucesivas, según un criterio flexible que toma en cuenta el cambio de escenas y las pistas semánticas que ofrece el contexto. Las palabras *haiduc/haiduci* y *poteră/poteri*, traducidas respectivamente como «forajidos» y «soldadesca», protagonistas y antagonistas de esta novela, se traducen solo en primera aparición, ya que la novela misma es la mejor definición posible de esos grupos de personas en aquel tiempo, y el lector no los olvidará cuando entre en sus historias.

Hemos buscado siempre que las palabras españolas concuerden en género y número con las rumanas, de forma que no se produzcan distorsiones en la lectura. Se trata en muchos casos de traducciones aproximadas (¿no lo son siempre las traducciones?), ya que el léxico que el autor emplea en su lengua materna está casi siempre muy pegado a la especificidad geopolítica y cultural del país, y por lo tanto se resiste a ser trasladado. Al final del libro incluimos un glosario con definiciones precisas de todas estas palabras, para seguir leyendo después de haber terminado la novela o para volver a leerla desde el principio. Sabemos que se trata de una decisión editorial singular y confiamos en que el lector se beneficie de ella.

En cuanto a la toponimia y la antroponimia, se ofrece siempre la ortografía rumana, y se consignan al pie la documentación o el significado cuando se precisa. Por ejemplo, el topónimo Palonnier, que significa «gancho» en francés, se ha reemplazado en la presente por su equivalente rumano *Cârligi*, tal y como consta en la primera edición rumana.

Presentamos a continuación una tabla de equivalencias fonéticas básicas para facilitar la pronunciación de las palabras rumanas que aparecen en la obra, de acuerdo con el objetivo de Istrati cuando realizó las adaptaciones destinadas al lector francés de *Présentation des haidoucs*.

Vocales		Consonantes		Diptongos	
ă	/ə/	c	/tʃ/	oi	/oj/
â, î	/i/		/k/		
			/k/	ai	/aj/
				ei	/ej/
				au	/aw/
		g	/dʒ/	ău	/əw/
		gh	/g/	ăi	/əj/
		j	/ʒ/	âi, îi	/ij/
		h	/h/		
		ș	/ʃ/		
		ț	/ts/		
		x	/ks/, /gz/		
		y	/i/		

El *Ciclo de Adrián Zograffi*, una *bildungsroman* o novela de aprendizaje, gira en torno a las vivencias del protagonista que le da nombre y se divide en novelas independientes reagrupadas en los siguientes bloques: Relatos, Infancia, Adolescencia y Vida. Los *haiduci. Bandidos del pueblo* pertenece a *Los relatos de Adrián Zoograffi* mientras que los libros publicados anteriormente por nuestra editorial, *El pescador de esponjas* (edición original francesa de 1930) y *Codin* (edición original francesa de 1926), forman parte, respectivamente, de *Adolescencia de Adrián Zograffi* e *Infancia de Adrián Zograffi*.

En esta ocasión Adrián es un mero espectador: su aprendizaje se construye sobre las experiencias de los otros, sobre los relatos autobiográficos de los *haiduci*, que han sido invitados a hablar por su capitana. Así pues, estos relatos se basan en un contexto social e histórico real, y toman como escenario los principados del Danubio (Moldavia y Valaquia) a principios del siglo xx, una época marcada por la abusiva degradación de las condiciones de vida, en especial de la población rural, provocada por los grandes cambios políticos y territoriales. No se trata de una narración lineal, sino más bien de un avistamiento de diversos momentos y experiencias vitales de cada uno de los personajes. La totalidad de los relatos conforma un paisaje que el lector puede observar para después dotar a la obra de un sentido desde su propia perspectiva. De algún modo, el lector en esta obra es el mismo Adrián Zograffi, quien, sentado en torno a la hoguera junto al resto de personajes, descubre fragmentos de las vidas de aquellos desconocidos para, finalmente y fuera de la obra, sacar sus propias conclusiones. La novela termina donde una historia convencional habría comenzado; es decir, se trata efectivamente de una presentación, pero al mismo tiempo es mucho más que eso.

A principios del siglo xx, Rumania estaba sumida en la lucha contra la opresión griega y turca. Los bandidos y la clase obrera, siguiendo el espíritu de la Revolución rusa de 1905, mantenían un fuerte enfrentamiento contra los señores feudales,

terratenientes y burgueses aliados con las fuerzas de ocupación; uno de los acontecimientos más importantes de esta época fue la sublevación de los campesinos de Moldavia en 1907. Finalmente, en 1912 Rumania consiguió su independencia. Entre 1917 y 1923 tuvo lugar un gran periodo revolucionario, con un intento de reforma agraria (el mayor sector del país) por parte del partido de Stamboliski, quien fue fusilado en 1923. Después, la lucha campesina quedó aplastada bajo el militarismo y el fascismo de los señores agrarios. Cuando se edita la obra el movimiento campesino y obrero está por tanto en horas bajas, y su publicación constituye una llamada a recomenzar la lucha contra las clases opresoras.

En Francia, las obras de Panait Istrati gozaron de una excelente acogida crítica, al menos hasta que tuvo lugar su desencuentro con la intelectualidad europea de izquierdas de la época, tal y como relata Eduardo Berti en el prólogo a la presente edición. Romain Rolland prologó *Kyra Kyralina*, su primera obra, que se publicó originalmente en la prestigiosa revista *Clarté*. En 1928 Boris Glagolin realizó una adaptación cinematográfica de esta novela, y el interés desde el mundo del cine por la obra de Istrati se ha mantenido a lo largo de los años: en 1957 se estrenó la película franco-rumana *Ciulinii Bărăganului* dirigida por Louis Daquin y Gheorghe Vitanidis; en 1963, otra coproducción franco-rumana basada esta vez en la novela *Codin* y dirigida por Henri Colpi, y en 1993 y en 2014 volvió a adaptarse al cine *Kyra* bajo la dirección de Gyula Maár y Dan Pifa, respectivamente.

En cuanto a España, cabe señalar que Istrati fue un escritor de cierto renombre en los años veinte; sin ir más lejos, la presente obra fue publicada hacia 1928 por la editorial Lux en Barcelona, con el título de *Los Aiducs* y en traducción de Joaquín Verdaguer. En la actualidad, aparte de Libros de la Ballena, otras editoriales españolas vienen mostrando un renovado interés por la obra de Panait Istrati; entre ellas, Pre-Textos (*Kyra Kyralina* y *El tío Anghel*, 2008), Quálea (*Los cardos del Baragán*, 2014) o KRK (*Nerrantsula*, 2015).

Queremos agradecer el apoyo, los consejos y las enseñanzas de la coordinadora de nuestro proyecto, Virginia Rodríguez, así como de nuestros demás profesores, Javier Azpeitia, José Manuel Gómez Luque y Esther Aizpuru, sin cuya experiencia y pasión por los libros esta edición no habría podido salir adelante.

# **Los haiduci**

Bandidos del pueblo

## Retiro en el Valle Oscuro

—Y aquí están los *haiduci* forajidos, Adrián —dijo Ieremia—. A la cabeza, Floricica, nuestra comandante, que abandonó el diminutivo y pasó a llamarse, para mayor dignidad de mujer, Floarea Codrilor<sup>[1]</sup>, capitana de los *haiduci*.

## Florea Codrilor, capitana de los haiduci

—Queréis cargar sobre mis hombros de mujer el peso de la responsabilidad, y sobre mi cabeza, el precio de su pérdida. Acepto tanto lo uno como lo otro. Por eso debemos conocernos: decidme quiénes sois. Voy a deciros primero quién soy yo...

No dijo nada más durante un buen rato, solo se paseaba con aire preocupado.

Seis semanas después de la muerte de Cosma, al día siguiente de nuestra llegada al Valle Oscuro y en esa brumosa mañana de mediados de octubre, cayeron las palabras de la capitana pesadas como la caída de Cosma, como la deserción de la mitad de su tropa con el *vătaf* <sup>lugarteniente</sup> a la cabeza, pesadas, sobre todo, como nuestra soledad en el corazón de estas altas montañas poco conocidas y nada transitadas.

Los catorce hombres que habían optado por esta «nueva vida» yacían entre sus armas y enseres aún en desorden, envueltos en sus *cojoace* <sup>abrigos</sup> forrados, mientras los caballos pastaban libremente, feliz quietud animal. El Estado Mayor (compuesto por Spilca, el monje misterioso; Movilă, el nuevo *vătaf*; Ilie, y yo) tenía que tomar las decisiones en nuestra nueva vida. Pero la exigencia brusca e inesperada de la capitana los había sorprendido un poco. Dieciocho pares de ojos se clavaron en la mujer de corazón firme, rica en experiencias y de iniciativa rápida.

Ataviada con el turbante de cachemir, la *șubă* <sup>pelliza</sup> de zorro sobre los hombros y muy ágil dentro de sus *șalvari* <sup>pantalones</sup>, recorría febrilmente el interior de la Gruta de los Osos, de la que habíamos tomado posesión el día anterior; nuestro refugio para el invierno. El *vătaf* se levantó y puso el *ceaun* <sup>caldero</sup> para preparar el café turco, un lujo introducido por Floarea. Lo consideraba esencial para la vida, incluso para la vida salvaje.

Y ya fuese para ordenar sus ideas o para darnos tiempo a ordenar las nuestras, callaba, se paseaba y su mirada incierta se posaba a veces en su escasa tropa, a veces en las laderas del valle engullidas por la niebla. Su alargado rostro estaba un poco pálido, sus ojos ojerosos y sus labios, habitualmente como dos fresas siamesas, irritados y con grietas. Los hombres la seguían con miradas a la vez preocupadas y respetuosas: la herencia de Cosma les parecía llena de misterio y sobre todo de nobleza. Se sabía que había recorrido mucho mundo y que conocía el país a fondo; a sus verdugos les había declarado una guerra drástica y justa.

Eso complace a los valientes. Sin embargo: mujer. Mujer con *șalvari*, cierto, pero mujer. Y para colmo, bella. ¿Qué haría con su belleza en esas montañas de osos?

Cierto era que una vez muerto Cosma nadie había sabido montar su corcel mejor que ella, ni aguantar mejor el cansancio y las privaciones, ni mostrarse más viril en las decisiones. Ante el cadáver de su único amante había declarado: «A partir de ahora, con vuestra ayuda, seré Floarea Codrilor, la amante del bosque, la amiga del hombre libre, justiciera de la injusticia».

Movilă el *vătaf* le ofreció la *feligean* <sup>taza</sup> con el café humeante y la tabaquera, y sus pupilas negras se iluminaron al verlos. Le colocaron un improvisado taburete. Floarea bebió y fumó. Y retomó su última frase...

## Relato de Floarea Codrilor

Voy a deciros primero quién soy yo:

Soy una mujer falsa, que puede ser sincera cuando quiere y cuando la compañía merece la pena. No he tenido padre, lo que se llama «venir de las flores». Mi madre, pastora desde la infancia hasta la muerte, no tuvo relación durante su vida más que con los campos, los vientos, su flauta, sus perros, las ovejas y la sarna con la que combatía. Salvo la sarna, que a menudo debía curar de sus propias manos, todo lo demás le era grato. Por desgracia, la vida no son solo placeres. La pobre mujer sufrió también una prueba, una sola, pero que le cambió la vida: de pequeña, perdió un ojo mientras jugaba.

Solemos olvidar nuestras discapacidades, sobre todo aquellas que se padecen durante la infancia. Mi madre no pasó un día sin acordarse de ese accidente.

No lloró, pero desde entonces ya no rio más de buena gana. Y se olvidó del mundo, ese mundo que nada supo ni de su pena ni de su cuenta pendiente con la vida. Buscó consuelo entre los seres y las cosas que ya he mencionado, y lo encontró.

La paz le duró hasta los treinta años. Tenía, es cierto, algo así como turbaciones, nerviosismo, sofocos. Para enfriarse, mi madre creía que frotarse el cuerpo con nieve en invierno era suficiente. En verano, se dejaba caer como un tronco rodando por la pendiente de una loma reverdecida. Pero estas prácticas no hacían sino avivar aún más sus miserias, hasta que un día, rodando, topó con un pastor, y fue su salvación.

Su salvación, pero no la calma. Pues aquel pastor del demonio, con una «cabeza de carnero de Astracán», tenía también, al igual que mi madre, una aflicción. No era que fuese tuerto o manco; al contrario, muy entero, demasiado entero, necesitaba ser el amo de un harén, y no era más que el cuidador de un rebaño. Aún peor, su aflicción crecía por el hecho de ser difícil, arrogante, despreciativo en sus elecciones. Mi madre, que nunca había necesitado los buenos días de nadie, se entendió bien con aquel sujeto hasta un día de abril en que, por culpa de la agresiva primavera, se quejó a «la tuerta» del régimen de asceta al que se veía sometido. La tuerta, tejiendo, preguntó, como buena compañera enterada de los amoríos de su compañero:

—¿Ya no tienes a Sultana, la hija del carretero?

—Sí, pero le duele la barriga...

—¿Y Măria, la que te volvía loco?

—Ya no puede caminar...

—Inténtalo entonces con Caterina, que te come con los ojos.

—Me come con los ojos... Pero no se deja comer, tiene miedo...

—Ya, pero tú conoces esa canción extranjera que dice:

*La mujer es una perra siempre dispuesta para el amor, y el hombre es una bestia fácil de excitar...*

»Así que no te costará encontrar tantas mujeres como te dicte tu corazón.

El pastor se había enfadado:

—¿Por qué soy «una bestia»? ¿Porque me gusta eso? ¿Qué es lo que debería gustarme si no?, ¿el morro de un lucio?, ¿el pellejo de un erizo? ¿Acaso quisieras que me pasease desnudo por las ortigas altas hasta la barbilla? ¿O que me frotase con nieve como tú? ¿O que me arriesgase a clavarme un palo en la barriga dejándome rodar por las pendientes, también como tú, que no arriesgas nada?

Bueno, según lo que me contó mi madre, así transcurrió la emotiva hora que siguió a la ira del pastor de «cabeza de carnero de Astracán»; ese fue el momento en que la campana celestial dio el toque del comienzo de mi vida:

Yo tenía treinta años menos dos semanas... Había venido al mundo dos semanas antes del día de San Jorge, cuya fiesta nunca cambia de día, y estábamos precisamente en la primera semana de abril. Al disiparse su ira, Achim se puso a mirar detenidamente mi tobillo y luego dijo:

—Rada, veo que tienes un tobillo de cabra que, doy fe, es muy bonito: ¿me mostrarías tu rodilla? Si es tan bonita como tu tobillo, ¡me caso contigo, Rada!

Cuando Achim me dijo eso yo estaba sentada en el suelo tejiendo, y él, de pie, apoyado sobre su bastón. No lo había mirado a la cara ni tres veces en cinco años, ni a él ni a ningún otro ser humano, desde que tenía un solo ojo; pero al oírlo decir que se casaría conmigo si tenía una bonita rodilla, sí, levanté la cabeza porque temí que estuviera perdiendo el juicio. Entonces descubrí que Achim tenía un hermoso bigote negro y unos bellos ojos de semental excitado. No lo miré más que un instante. No se puede mirar una cosa así durante mucho rato. Pero esos segundos fueron suficientes para decidirme a mostrarle mi rodilla, diciéndome a mí misma: «Ahora, Rada, hija mía, se han acabado la nieve y las volteretas; ahora será otra cosa». Sin embargo, sabiéndome humillada por mi aflicción, dije para exaltarlo:

—Ay, pobre Achim... Si tuvieras que casarte con todas las que te han enseñado la rodilla, necesitarías un cuartel.

—¡Rada, te juro que me caso contigo! ¡Que los lobos se coman mis ovejas si no me caso contigo!

—No hace falta que jures, Achim, el hombre necesita prometerlo todo porque la mujer pide la luna cuando enseña su rodilla. Pero yo no soy de esas. Aquí está mi rodilla, Achim.

Y se la enseñé, sin mirarlo a la cara, y luego seguí tejiendo. Entonces, Achim cogió su pesado gorro y lo golpeó contra el suelo con tanta fuerza que, cargado de viento, el pobre gorro se deshinchó como una vejiga de cerdo. En ese mismo instante, sentí que me elevaba, la cintura rodeada por un brazo duro como la madera. Me dejé llevar, pero en cuanto me soltó en tierra, hui, no para escaparme de él, sino para enfurecerlo aún más y hacerle olvidar que era tuerta.

Y a tal punto lo olvidó que, después de haber corrido por campos y colinas sin poder atraparme, me lanzó su bastón a las piernas y caí al suelo por su culpa. El hombre siempre es el culpable ya que si, con su brazo duro como la madera, también tuviera la razón, ¿qué sería de nosotras, las mujeres? Si Achim no hubiera sido culpable aquella noche, en el pequeño parque de olmos, cuando los corderos balaban como en el desierto y los dos asnos parecían sorprendidos de nuestra larga ausencia, ¿qué hubiera sido de mí, la pobre Rada, con mi Floricica en brazos, al invierno siguiente, con mi dolor de barriga, como Sultana, la hija del carretero, y sin poder caminar más que Măria, por quien Achim se volvía loco?

Así pues, se vio obligado a arreglárselas prácticamente solo con los dos rebaños de ovejas de nuestros amos, a hacer el queso, a buscar leña seca, a preparar la *mămăligă* <sup>polenta</sup> y el *bors* <sup>caldo</sup> de pescado, e incluso a lavar la ropa en *zer* <sup>suero</sup> para preservarla de los piojos.

Pero pronto el pobre Achim estuvo hasta la coronilla del trabajo y de la mujer enferma. Yo, por mi parte, también estaba harta de cama y harta de aquel hombre que estaba demasiado en forma. Así que, tras dos años de matrimonio, me dijo lo que yo misma quería decirle:

—Oye, Rada, hemos hecho un mal negocio. Te hice enfermar y tú me hiciste esclavo, cuando hace dos años los dos estábamos mejor que hoy. Vamos a enmendar nuestro error. Mira, tengo veinte ovejas, toda mi fortuna. Tú tienes casi otro tanto. Te doy las mías a modo de dote para nuestra criatura, pero déjame ir con el Señor. Así, la pequeña Floricica tendrá pronto una madre fuerte que la cuidará. Y yo iré por el mundo en busca de otro amo. Y te juro, Rada, que no pediré más a las mujeres que me enseñen su rodilla ni tiraré mi bastón a las piernas de aquellas que se escapen de mí.

Así habló mi pobre Achim. Y me besó. Besó también a su hija, que lo agarró de la pelambreira con su manita y lo hizo llorar por primera vez en su vida. Después, se fue con el Señor y nunca más oí hablar de él.

Floarea Codrilor se interrumpió para reprimir un sofoco. Al comienzo de su narración y después, mientras hablaba, honró con su mirada a cada uno de los oyentes, hasta al más humilde de los *haiduci*, pero se detuvo especialmente en mí, como si sus ojos quisieran decirme: «Tú, Ieremia, hijo del bosque e hijo mío, tú eres toda mi vida... Es por ti que estoy aquí...».

Los *haiduci*, respetuosos ante esta muestra de sinceridad, escuchaban en silencio. Spilca la devoraba con una atención tensa, se bebía sus palabras, mientras que Ilie, siempre con una calma imperturbable, le ofrecía su rostro de apóstol con una inmovilidad conmovida. Menos inteligente, más sencillo de espíritu, pero tan ávido como todos nosotros de saber, Movilă el *vătaf* <sup>lugarteniente</sup> la seguía con interés, mientras mantenía vivo el fuego en la hoguera con ramas.

Mi primera pasión, al abrir los ojos a la vida, fue correr voluptuosamente con el pecho al viento. El viento fue el compañero de mi infancia, y solo conozco otros dos seres que comparten conmigo esta pasión: el hombre libre y el perro. Ellos fueron mis primeros amigos. Mi hombre libre era un chico del pueblo, tres años mayor que yo, rebelde y salvaje, mi maestro de iniciación en los misterios de la libertad. Os caeréis de espaldas cuando os diga que ahora es el capitán de los *haiduci* que reina en las montañas de Buzău, a diez leguas de nosotros, el que siembra el terror entre los cobardes que hacen las leyes: ¡su nombre es Groza!

—¡Groza! —gritaron los *haiduci*.

—¿Groza, el de corazón duro? —dijo el *vătaf*.

¿Por qué «el de corazón duro»? ¿Porque despellejó vivo a uno de los de su banda y también a un *gospodar* <sup>patrón</sup>?

El *haiduc* que murió así era un traidor, convicto de un crimen que estuvo cerca de costarle la vida a Groza. En cuanto al *gospodar*, pues sí, se lo tenía bien merecido: hablad con las poblaciones a las que ese vampiro mantenía aterrorizadas, veréis mujeres encendiendo cirios y rezando por la salvación del gran *haiduc*.

Yo lo conocí de niño y adolescente. Era salvaje pero de corazón dulce. Yo tenía nueve años, él doce, cuando un día, mientras corría con el pecho al viento, el perro a mi lado, me alcanzó, me cogió de la mano y me hizo correr mucho más rápido. En lo alto de la cuesta, donde nos detuvimos sin aliento, el viento levantaba mi falda tan indiscretamente que me avergoncé delante de aquel apuesto muchacho. Pero, contrariamente a los demás, él no espiaba mis piernas desnudas, se ocupaba de mi perro, y dejé de sentirme avergonzada.

No lo conocía, nunca lo había visto hasta ese día, y me di cuenta de que estaba limpio, tan limpio como yo. Eso me gustó porque nunca he podido soportar la suciedad. Descalzo, con las piernas desnudas, como yo, pero aseado y solo cubierto de polvo. Las manos, el cuello, la cara recién lavados. Pantalón corto y camisa también limpios, aunque remendados. Todo eso me gustó, así como sus ojos azul sincero. Solo su cabello pelirrojo, sus pestañas y sus cejas no fueron de mi agrado.

Él pareció igualmente satisfecho con mi atuendo, parecido al suyo, y para convencerse solo necesitó echarme un vistazo. Sentí curiosidad por saber de dónde era, y se lo pregunté.

—Del Cârligi —dijo con una voz casi viril, sin mirarme, mientras acariciaba la cabeza de mi mastín.

El Cârligi eran treinta casas dispersas a dos kilómetros de nosotros, sobre la carretera comarcal que va de Râmnic a Buzău y que se cruza allí con un camino vecinal. Nunca había ido al Cârligi porque se decía que los niños de allí tiraban piedras por la espalda a los transeúntes.

—¿Y cómo te llamas? A mí me llaman Floricica.

—Un nombre bonito —dijo él enderezándose y mirándome a la cara—, y tú eres tan bella como tu nombre. El mío es Groza... Y un día seré *haiduc*.

—¿Qué quiere decir *haiduc*?

—¿No lo sabes? Pues es el hombre que no tolera la opresión ni la servidumbre, vive en el bosque, mata a los *gospodari* <sup>patrones</sup> crueles y protege al pobre.

—Yo no los he visto nunca a esos *haiduci* tuyos.

—Y no podrás verlos... Los persigue la *poteră* <sup>soldadesca</sup>.

—Y *poteră* ¿qué es?

—Las *poteri* son los enemigos de los *haiduci* y de la libertad, el ejército que defiende a los *gospodari* por un sueldo de Judas. Hace tres años presencié una batalla entre *haiduci* y *poteri*, muy cerca de aquí, en el Bosque del Ciervo. Los *haiduci* fueron vencidos. A mí nunca me vencerán cuando sea *haiduc*. Pero no le digas a nadie, ni siquiera a tu madre, que soy partidario de los *haiduci*. Yo tampoco se lo he dicho a mis padres. Es muy importante lo que te digo: los padres son todos unos chismosos, y las paredes oyen.

Al decir esto, Groza hizo un gesto de desprecio dirigido a las paredes y a los padres. Entonces vi que tenía una flauta metida en la manga derecha de la camisa. Le pregunté:

—¿Tocas la flauta?

—¡Sí, toco la flauta...! Pero eso tampoco se lo dirás a nadie.

—¿Por qué? No es pecado tocar la flauta.

Groza me examinó un momento con el gesto crispado:

—No. Tocar no es una impiedad, pero contárselo a todos sí lo es, y una gran impiedad... para quien le gusta la flauta.

—A todo el mundo le gusta...

—Eres tonta, Floricica. A la gente le gusta la flauta como le gusta el perro, para ponerle una correa, o el ruiseñor, para enjaularlo, o la flor, para arrancarla del lugar donde Dios la hizo crecer, o la libertad, para convertirla en esclavitud. Si a todos les gustara la flauta como a mí, no habría *haiduci* ni *poteri* ni *gospodari*, solo hermanos. Y hermanos no hay por ninguna parte...

—¿Cómo sabes tú todo eso, Groza?

—Ah, eso..., eres demasiado curiosa. A ti te lo diré porque desde que te observo me he dado cuenta de que eres como yo, solo tú en los ocho pueblos que conozco. Pero necesitas un *dascăl* <sup>maestro</sup>, y yo seré tu *dascăl*. ¿Quieres que Groza sea tu *dascăl*? ¿Groza, que un día será *haiduc*?

—Sí, Groza, quiero, sé mi *dascăl*. Dime cómo has aprendido todo eso.

—Pues así. Tengo un hermano mayor, en edad de casarse, que es gordo y tonto. Toca la flauta en la *horă* <sup>danza</sup> del pueblo y hace bailar a los bobos. Tuvo un perro, al que tenía encadenado, y un ruiseñor metido en una jaula, y los dos pobres animales murieron de pena. Entonces le dije a mi hermano que era un burro, un burro flautista. Y me gané una bofetada tan poco fraterna que mi mejilla se puso como una berenjena. Él siguió tocando la flauta para hacer bailar a los bobos, enjauló a otro ruiseñor y encadenó a otro perro, pero yo rompí la jaula y tiré la cadena al pozo. Entonces casi me parte la crisma: ya no fue más un burro, sino un miembro por derecho de la *poteră*, y seguirá siéndolo, seguro. Pero yo seré *haiduc* y le haré devolver hasta la primera leche. Eso es.

Hasta el día en que conocí a Groza, yo había estado sola. Mi madre me obligó a pasarme la infancia bordando, con los ojos en el cañamazo, trapo extraordinario y miserable que devora los años más bonitos de las jóvenes y que, a su vez, es devorado por las polillas tras haber maravillado a dos generaciones de ignorantes. Entré en guerra con mi madre y con el pueblo; me consideraron una perezosa.

Si no, ¿qué? ¿Despreciar el rayo de sol que deposita manchas de plata sobre las sendas? ¿Ignorar el trabajo del ruiseñor en su nido? ¿Privarse de la caricia del viento que te ahueca la camisa? ¿Renunciar al murmullo del arroyo que galopa contento hacia el río? En definitiva, ¿permanecer sorda a las llamadas de la primavera, que anuncian la nueva vida, a las del verano, que gimen bajo el peso de la abundancia, olvidar el otoño rico en melancolía y vivir sin conmovirse con el blanco duelo del invierno? ¿Y por qué esa renuncia total?

¿Para hacer largas toallas de *borangic* <sup>hilo</sup>, destinadas a las patas de un marido que te golpeará la cara, o bellos cubrecamas, todos lino y encaje, para el esposo borracho que se tirará encima con las botas embarradas, o incluso alfombras de lana, gruesas como una mano, para el elegido de tu corazón, que vomitará vino tinto y *pastramă* <sup>carne ahumada</sup> sobre el año de juventud que te pasaste tejiendo el obsequio jubiloso y soñando a la espera de ese bonito día? ¡Oh, esperanza seductora de toda pobre niña campesina, estoy contenta de que no hayas sido la mía! Me negué a que mis ojos se quedaran pegados a la tela por el placer de un sueño que la vida desmentía a mi alrededor.

A mis ojos, que tendrían que haber lagrimeado fijos en un *gherghef* <sup>telar</sup>, los dejé llenarse de la luz de los campos donde pacían mis ovejas; los dejé otear el azul del

cielo, el fondo de los abismos y la copa de los pinos, y si lagrimearon fue por la brutalidad de mi primer amante: ¡el viento!

*¡El viento! ¡El viento!  
¡Fuerza amiga del hombre libre!  
¡Mensajero que atraviesas los espacios con tu río  
de pureza,  
ya seas el céfiro que acaricia el rostro  
o el vendaval que azota las mejillas,  
o aunque soples tempestuoso para probarnos  
tu corazón amigo,  
sigues siendo siempre la fuerza amiga  
del hombre libre  
que une los corazones!  
¡El viento! ¡El viento! Amigo del hombre:  
¡que tu paso sea rico en ternura y siembre pétalos  
como besos,  
que tus arrebatos toquen la trompeta de todas  
las iras, de todas las alegrías,  
tú eres el mensajero de mi melancolía, de mi suspiro  
apasionado por el amigo lejano;  
tú eres el portador del grito de angustia,  
de la lágrima tibia, de la risa sonora!  
Tú eres la fuerza amiga del hombre libre.  
Tú: ¡el viento! ¡El viento!*

—¿Sabías...? —me dijo un día Groza tras una loca carrera por los campos—, ¿sabías que en otro tiempo el viento casi se convierte en el suegro de la rata?

—¡No, no lo sabía!

—Sí, el viento estuvo a punto de dar a su hija en matrimonio al animal más cobarde de la tierra, y si escapó fue gracias a una respuesta astuta...

Un día la rata fue a buscar al Sol y le dijo:

—¡Escucha, astro poderoso! Soy la criatura más desdichada de la Tierra, eternamente perseguida por los hombres, los perros y los gatos, día y noche estoy alerta, lista en cada momento a caer en una trampa, y muriéndome de miedo. ¿Y cuál es mi crimen? Roer, de vez en cuando, por mi cuenta y riesgo, una mazorca de maíz, o un trozo de queso.

—Eso, amiga mía, ¡es inmoral! —dijo el Sol, a quien no le gustan las ratas.

—¡Pues vaya! —exclamó el pretensor—. ¿Acaso ignoras que los amos del mundo hacen lo mismo? Y además sin riesgo. Lo único es que me he dado cuenta de que, para ponerse a salvo de los peligros, se casan con la hija de un poderoso de la Tierra y se convierten en los protegidos de sus suegros. Pues bien, me he decidido a hacer como ellos, y te he elegido a ti, al más poderoso de todos: concédeme la mano de tu hija y protégeme. ¡Ya estoy harto de esta vida!

El Sol, presa del pánico, trata de zafarse:

—¡Te equivocas! ¡Yo no soy el más poderoso del universo!

—¡¿Entonces quién?!

—La Nube. Tú lo has visto: a mediodía, cuando mi deseo sería el de fundir la Tierra, la Nube me tapa el rostro y estoy perdido. Amigo, ve donde la Nube. Pídele a ella su hija: ella es la más poderosa.

La rata endereza su cola, corre junto a la Nube, le cuenta su desdicha:

—¡Tú eres la más poderosa! Dame entonces a tu hija.

—¿Yo? ¿Yo la más poderosa? ¡Quieres reírte de mí!

—En absoluto: el Sol me lo ha dicho, y es cierto, ¡tú lo oscureces cuando quieres!

—¿Yo lo oscurezco? ¿Por cuánto tiempo? Al menor viento ya no queda nada de mí. Sí, el Viento es el más poderoso, puedes estar seguro. Y verás que en cuanto se lo digas se pondrá contento, es muy vanidoso; pero te advierto que también es sumamente inestable en sus sentimientos. ¡Es un gallardo!

—Por más gallardo que sea, tendrá que darme a su hija.

Y ahí va la rata a casa del Viento, que precisamente se entretenía columpiando a su hija en una hamaca. Le cuenta sus penas y el propósito de su visita:

—No me tomes por un arribista —concluyó—, quiero seguir correteando para ganarme el sustento, pero veo que, sin la protección de un poderoso, mi existencia se volverá imposible: todo el maíz, todo el queso lo acaparan los fuertes, los débiles no tienen más remedio que apretarse el cinturón.

—Pero tú no eres débil en absoluto —exclama el Viento—. Al contrario, ¡eres más fuerte que yo!

—¿Cómo? —dice la rata muy halagado.

—¿Ves ese escollo en el mar? Antes de estar donde lo ves, era parte de esa montaña que avanza como un cabo. Hace algunos miles de años, unos señores fuertes pero estúpidos se pusieron a edificar ahí arriba un castillo estúpido y fuerte como ellos mismos. La bella montaña fue despojada de su presa, el mar devastado por esta guarida de piratas, y altas murallas estropearon el hermoso paisaje. Sabes que no me gustan las restricciones a la libertad. Me gusta correr y hacer que todo corra conmigo. Me puse entonces a soplar con todas mis fuerzas sobre ese nido de rapaces. ¡Estaban bien enganchados! ¡Ay, los miles de años de sufrimiento que he malgastado para ahuyentar a esos parásitos! ¡Siglo tras siglo, se multiplicaban y se hacían más arrogantes! No había manera: el peñasco permanecía imperturbable; apenas un trozo de muro se derrumbaba por aquí o por allá, ellos volvían a levantarlo. Afligido,

desgañitado, descansaba una mañana en la otra orilla del estrecho cuando, de repente, ¡un estruendo impresionante me despertó sobresaltado! ¡El mar se levantó como una muralla y casi me traga! Era el peñasco que sostenía el nido de los piratas, ¡que se desplomaba por sí solo! ¿Por sí solo? ¡En absoluto! Corrí, husmeé y me molestó constatar que lo que yo no había podido hacer en miles de años, vosotros, las ratas, lo habíais conseguido en unas pocas generaciones. ¿Comprendes? Aquellos señores habían acumulado en sus bodegas toda la abundancia de la tierra, y quien dice señores y abundancia, dice ratas. Es la misma raza. Y la raza de las ratas-ratas había cumplido tan bien con su deber de disputar la abundancia a las ratas-señores que el peñasco, cavado por unos para anidar, por los otros para desanidar, ¡había acabado por derrumbarse!

»¡Por eso te decía yo hace un momento que eres más fuerte que yo! ¡Da la vuelta, amigo mío, cástate con una moza de tu raza, y que sepas que Dios ha distribuido tan bien la fuerza entre sus criaturas que, con un poco de modestia, todos podrían sentirse satisfechos!

Groza pasó enseguida a ser el alma de mis días, y tuve la dicha de descubrir que yo era su única amiga. Y es que nos dimos cuenta de algo que ningún otro niño de la comarca notaba, algo que incluso pasaba inadvertido a nuestros mayores: la bajeza de esta vida campesina, conformada totalmente por trabajo esclavo y placeres mezquinos. En las épocas de grandes labores estivales, encorvarse, desde el alba hasta la noche, sobre un campo cuya cosecha colmará, en sus tres quintas partes, los graneros del amo. De otoño a primavera, fatigarse en la labor cuyo objeto interminable pasará a ser fruto prohibido que siempre hay que conservar para el futuro; o bien, pasar largas y aburridas veladas charlando en las *clăci* reuniones, mientras se desgrana el maíz, se criban las judías, se carda la lana en casa de un vecino y se elabora el ajuar de una amiga boba y orgullosa de sus prendas. Y por todo placer, la *horă* danza tonta del domingo, donde uno se aburre al cabo de un cuarto de hora de movimientos monótonos, o bien la conversación, en la fuente, con un amor que habla de cosas vagas con un objetivo concreto.

Una aversión innata nos alejó, a Groza y a mí, tanto de esos trabajos como de los placeres que los aliviaban. Pero uno no se aparta impunemente de la vida impuesta por la mediocridad. En cuanto se dieron cuenta de nuestra buena relación, pasamos a ser el blanco de todas las burlas, el objeto de todos los odios. Pues, aunque se intente no molestar a la mediocridad, desaparecer a su paso, esta no tolera a quien se distingue de ella: no armoniza más que con ella misma, no soporta más que su propia piel.

¡Ay, Dios mío! No recomendábamos a nadie que viviera nuestra vida, no le pedíamos a nadie que nos hiciera *clăci*. Groza, con diecisiete años, tenía su carreta y su caballo, ganados con el sudor de su frente. En aquella época, eran los instrumentos

que libraban al hombre del trabajo mercenario y le daban un atisbo de libertad. Dos veces por semana, mi amigo llevaba al mercado de Buzău el producto de nuestro trabajo común: lana, queso, cordero, trigo, verduras, huevos, frutas, aves de corral, según la temporada.

Esta tierna solidaridad entre dos niños que se negaban a besar la mano del pope cómplice del boyardo, así como a quitarse la *căciulă*<sup>boina</sup> al paso de los sirvientes de la corte, fue considerada un crimen, no solo por los interesados sino también por aquellos que, siendo a su vez siervos, tendrían que haber seguido nuestro ejemplo. Nos acusaron de concubinato precoz. Sin embargo, aunque muy desarrollada para mis quince años, yo no era más que una niña, y Groza tenía una pureza verdaderamente infantil. Pero nuestras escapadas al bosque, nuestras largas ausencias del pueblo no eran, para los malvados, más que subterfugios libertinos.

Era una hermosa existencia creada completamente por nosotros, una isla soleada en medio de un océano de tinieblas: fueron los años en que Groza me enseñó a tocar la flauta y a valorar con mi inteligencia la naturaleza salvaje que yo sentía solamente con el corazón.

En esa espesura de abedules y pinos, cuando sus dedos consintieron por primera vez en modular ante mí nuestras *doine*<sup>tonadas</sup> encantadas, me pareció un Făt-Frumos<sup>[2]</sup> de leyenda. Olvidé su rubio insulso, olvidé mi orgullo, daba vueltas a sus pies y los abrazaba.

¡Doi-nă, Doi-nă, *canto suave!*  
A escuchar tu armonía,  
¿quién podría renunciar?  
¡Doi-nă, Doi-nă, *himno del juego!*  
Al escucharte en nuestras llanuras,  
¡el corazón se llena de amor!

¡Señor todopoderoso! ¡Estoy convencida de que comenzaste tu obra y la realizaste tocando la flauta ante los elementos amorfos! Pues, bajo la presión de ese río de elogios hechiceros, a poco que el misterio de las tinieblas escondiera un rudimento de tu genialidad insuperable, el universo que saliese de tus manos debió de asemejarse fatalmente a un canto milagroso.

Fue también durante aquellos años cuando aprendí a leer y escribir en griego. Y también a Groza le debo esta adquisición.

Él se había instruido en esta lengua a espaldas del pueblo y gracias a sus viajes a Buzău.

—¿Quieres aprender griego? —me dijo un día—. Nuestra lengua no tiene escritura propia. Para poder leer y escribir hay que elegir entre el eslavo y el griego.

Yo he aprendido griego y ahora tengo cuatro ojos. Haz como yo. ¡Descubrirás cosas increíbles!

—Me encantaría, pero ¿dónde?, ¿cómo?

—Con el famoso Ioachim, el cantor de la iglesia de un Único Roble, en Buzău. Es amigo mío, a pesar de que las malas lenguas lo acusen de ser un sátiro. Yo no me creo nada, y tú tampoco has de creerlo. Es cierto que Ioachim es un hombre al que da miedo ver y oír. Pero solo los imbéciles no llevan en sí algo que dé miedo. De hecho, sigue saliendo airoso y es admirado a pesar de las maledicencias. Yo lo tuteo desde hace tiempo, y él lo acepta con alegría. Estará contento de tener una amiga, pues es como nosotros: no tiene amigos.

El domingo siguiente, un bonito día primaveral, subí a la carreta de Groza. Estaba orgulloso de su caballo, realmente era una hermosa bestia, y yo estaba orgullosa de Groza, que conducía con maestría y se mantenía inmutable, como un hombre.

Íbamos los dos endomingados. Él: botas de charol, camisa de *borangic*<sup>hilo</sup>, *cojoc*<sup>abrigo</sup> adornado y *căciulă țurcănească*<sup>boina de lana</sup>. Yo: vestido blanco con *fote*<sup>faldas</sup> bordadas a mano, *ilic* chaleco y zapatillas de terciopelo con dibujos de colores vivos, la cabeza descubierta. Estábamos guapos como dos recién casados.

La naturaleza que se desplegó ante mis ojos en ese recorrido de siete leguas, nuevo para mí, me pareció tan hermosa como nosotros mismos y, ella también, como endomingada. Era mi primer viaje largo y no dejaba de extasiarme con esas laderas adornadas de viñas, esos bosques desconocidos, esos ríos y arroyos, esos caminos tortuosos e incluso esos pájaros y animales que surgían; cosas y seres, como telones sucesivos que una mano invisible levantara a nuestro paso.

Yo iba sentada sobre el cojín junto a mi amigo, que se mantenía en silencio. Y cuando habló, en la ladera de una colina desierta, fue para implantar en mi alma el germen de su rebeldía innata, madura, a punto de eclosionar:

—Todo lo que ves y que tanto te gusta —dijo haciendo dar vueltas a su fusta por encima de nuestras cabezas—, toda esta hermosa tierra, larga y ancha, debe ser nuestra, pues venimos al mundo desnudos, y se nos ofrece para que la trabajemos y gocemos de sus frutos. No lo es. Debe serlo. Tenemos que arrancarla de las manos que la poseen sin trabajarla. ¡Es necesario!

Eso es todo lo que Groza me dijo jamás sobre la servidumbre de la tierra bajo los *gospodari*<sup>patrones</sup>. Entonces entendí que algún día él sería un *haiduc*, ya que los *haiduci* eran los únicos que no pensaban como todos. Según dice la gente, Dios quiso que hubiera sirvientes y *gospadori*, pobres y ricos, fustigados y fustigadores; pero los *haiduci* pasaban por alto esta voluntad de Dios, ya no iban a sus iglesias y se retiraban a los bosques, de donde salían para realizar fulminantes incursiones en los dominios de los tiranos, e incluso en los de las iglesias, saqueando, matando y socorriendo.

Buzău, la capital de la provincia, se me antojó como una chica que no se preocupara más que de su aspecto. Había dos calles coquetas, semejantes a dos cejas

pintadas. Se les había quitado cuidadosamente el lodo y el polvo; el suelo estaba de parte a parte cubierto con madera. Las tiendas, alineadas unas al lado de las otras, tenían escaparates de grandes cristalerías, detrás de los que se podían admirar los muestrarios: en uno, objetos de artesanía autóctona; en otro, lujosa sedería extranjera; más allá, una exposición de armas con fastuosos cincelados; al otro lado, tabaco de largas hebras de seda dorada, desparramado entre los chibuquies y los narguiles de Estambul. Tiendas llenas de alfombras. Otras con iconos, incensarios de plata maciza, estolas, bonetes de sacerdote, libros sagrados. En un sinfín de locales se servía de comer y beber; las *cafenele* <sup>cafeterías</sup> estaban llenas de gente que degustaba el aromático café, fumaba chibuquies y conversaba en varias lenguas.

Todos esos comercios lucían rótulos con nombres diversos, muy apropiados todos: La Campesina Buziniana, El Cachemir de Oro, El Arcabuz de Damasco, La Alfombra de Ispahán, El Chibuquí del Visir, El Albergue de la Buena Llegada, El Incensario de Plata, La Cafana del Pequeño Bey, etcétera.

Groza dejó la carreta en la caballeriza de un albergue *mujik*<sup>[3]</sup> de las afueras. El acceso por los caminos adoquinados estaba prohibido a las carretas pobres; solo las carrozas podían entrar. Intimidados por tanta riqueza, y muy incómodos, avanzábamos absortos entre los paseantes engreídos que iban y venían, hablaban, pasaban las cuentas de grandes rosarios de ámbar y nos escrutaban como si fuéramos terneros de dos cabezas. La mayoría de esos boyardos iban vestidos con caftán e *işlice* <sup>sombrosos</sup> adornados con los más hermosos dibujos; otros lucían atuendos de esos que no se llevaban más que en los países del sol poniente. Estos últimos eran los jóvenes hijos de los boyardos que, al volver de las universidades extranjeras, llevaban los bigotes afeitados y quevedos de un solo espejuelo, lo que me hizo pensar que se habían quedado todos tuertos de tanto estudiar.

Mujeres, pocas, pero divinamente hermosas, maquilladas con esmero, las cabezas descubiertas, los cabellos alisados tapándoles las sienas, apenas cubiertas con velos de gasa fina y transparente, blusas sumamente ceñidas a la cintura y vestidos amplios, enormes, como verdaderas campanas a ras del suelo. Se arrastraban, lánguidas, colgadas de los brazos de sus esposos y hablaban con voces nasales de papagayo.

—Aquí —me dijo Groza— no se puede entrar en ninguna parte sin llevar en la bolsa tanto dinero como el que ganamos nosotros en un verano entero. Para que estos *gospodari* y sus familias puedan vivir en ciudades así, y en otras más grandes aún, es necesario que nosotros, los sirvientes, les proporcionemos los medios. Por eso tienen *poteri* que los defienden y nos obligan a trabajar para su felicidad. Yo no quiero ser sirviente. Pronto seré *haiduc*. Entonces, todos nosotros, los *haiduci*, sublevaremos a los pueblos y pondremos fin a la injusticia.

Se decía que la iglesia de un Único Roble se había construido con el tronco de un solo árbol, desde el tejado hasta el velo del altar.

Era la hora de la misa mayor, un poco antes de mediodía. En ese momento no nos atrevimos a entrar, ya que la entrada a aquella casa de Dios, así como la de las tiendas

exuberantemente surtidas, solo se permitía a los gospodari.

En un desorden pintoresco, esperaban la salida de sus amos los cabriolés, los carruajes de lujo, los caballos ensillados, los cocheros, la servidumbre. Los amos rezaban en una iglesia reservada para ellos (aunque modestamente se tratase de una iglesia hecha con «un único roble»), igual que habitaban casas solo para ellos, hipócritamente llamadas «chozas».

Esperamos el final del servicio religioso y la salida de aquellos buenos cristianos que desatendían los mandamientos de Cristo acaparando la tierra. Salieron con sus rostros de charcuteros devotos y se montaron en sus vehículos al son de las campanas imperiales, en medio del espanto que su aparición provocaba en las filas de su taimada servidumbre. Nos colamos detrás de este aparato pomposo y, cogidos de la mano como si fuéramos culpables, Groza y yo nos metimos en la iglesia vacía, donde el olor del almizcle que había dejado la ropa libertina luchaba victoriosamente con el olor del incienso.

Aquí, mi estupor fue mayor aún que el que había sentido ante las lujosas tiendas. ¡Qué diferencia entre la pobreza de la iglesia de nuestro pueblo y la riqueza de esta! Estaba tan regiamente surtida como las tiendas.

Bajo la proyección de los vitrales pintados, lo primero que percibí fue el velo oscuro del altar, cargado de molduras y esculturas. En el medio, y a cierta altura, un Dios triunfante, que rebosaba de salud a pesar de su barba blanca, sopesaba en su mano izquierda una Tierra innoble que él había creado a su imagen y semejanza, mientras que con el índice de la derecha nos amenazaba con no sé qué castigo. En los dos batientes de la puerta del altar, con un aspecto tan saludable como el de su maestro, los santos apóstoles Pablo y Pedro desempeñaban el papel de alcaldes, el primero sosteniendo la fábrica cristiana, el segundo con las llaves del paraíso ortodoxo. Luego, toda una galería de santos con miradas policiales, mártires y gendarmes de la Iglesia cuya vestimenta era de plata y oro macizo; dos hileras de butacas preciosamente esculpidas, cada una con el nombre de un feliz parroquiano grabado en el respaldo; tres arañas suspendidas del techo, dos candelabros ardiendo delante del Cristo y de la Virgen, y dos grandes candeleras delante de la sillería del coro, cargados de cirios de cera pura. Muchos de ellos me sorprendieron por sus dimensiones y pensé que los pecados de quienes traían tales ofrendas debían de ser proporcionales.

Groza me dejó un instante en medio de este arsenal cristiano y fue a llamar a la pequeña puerta de la sacristía. Apareció Ioachim, el cantor. Era un hombre de unos cuarenta años, achaparrado, calvo, con grandes ojos saltones, rostro jovial, cuello grueso.

—Aquí está nuestra amiga Floricica —le dijo Groza al cantor señalándome desde lejos.

Este se irguió sobre sus cortas piernas y permaneció un instante como paralizado. Su rostro de sacerdote hedonista brilló bajo el reflejo de una luz anaranjada. Levantó

los brazos al cielo y lanzó esta palabra griega con una fuerza que hizo temblar los vitrales:

—*Evloghimeni!* —que quería decir «bendita sea».

Tuve miedo y ganas de escaparme, pero vi a Groza sonreírme y guiñarme un ojo. El cantor continuó, y aunque mi miedo fue en aumento, mi placer al oír aquella voz, que se decía era una de las mejores del país, me retuvo en el sitio:

—¡Benditos sean tus ojos húmedos! ¡Benditos, tus labios húmedos! ¡Y benditas todas las humedades de la tierra que hacen crecer tales frutos!

Sentí que me ruborizaba ante la bendición de todas esas humedades, pero Ioachim enseguida habló de sequía. Cantó en el modo octavo:

—¡Pues son, oh Señor, tus humedadeees las que permiten que la tierra soporte la sequíia, oh Señor todopoderoso!

Groza le puso la mano sobre el hombro y lo hizo callar:

—Deja ahora tus falsos salmos llenos de humedades y sequías, y hazle recitar el alfabeto. Te olvidas de que no nos alojamos en El Albergue de la Buena Llegada, sino en nuestras chozas.

El cantor lo consideró un segundo con dulzura, y luego volvió a comenzar con más fuerza:

—¡Tendrán más calor aquellos que duerman juntos en una chooza, que quien duerma solo en un palaaacio!

—¡Pero nosotros no dormimos juntos, insensato! —exclamó Groza.

—¡Aflueeente va al río! Muuujer y hommmbre vaaan...

—¡... al diablo van! —gritó mi amigo zarandeando al cantor por el brazo—. ¿Quieres enseñarle el alfabeto o no? ¡Me lo prometiste!

—Sí —dijo Ioachim acercándose a mí como un sonámbulo—, sí, te lo prometí y comienzo.

Luego, mirándome fijamente a los ojos con la mirada más honesta del mundo:

—¡Florica, paloma negra! Pronuncia exactamente como me oyes hacerlo a mí: *Al-fa... Be-ta... Gam-ma... Del-ta... Ép-silon...*

Recité tras él, sin ningún miedo, hasta el final del alfabeto.

—*Ehtahtos! Ehtahtos*<sup>[4]</sup>! —se puso a gritar en griego—. Solo un defecto, una tontería, pero que hay que corregir; son esas tres letras difíciles de articular: *gamma*, *zeta* y *theta*. Para la *gamma*, hay que hacerlo gutural como cuando uno hace gárgaras. Para la *zeta*, hay que imitar el ruido que hace el viento. En cuanto a la *theta*, es parecida al silbido de los gansos coléricos. Así que pronuncia y déjame ver tu boca mientras lo haces. Te ayudaré.

Pronuncié. Miró de cerca mi boca y me tocó con el dedo el mentón. Pero como si se hubiera quemado, lo vimos retirarse bruscamente y recorrer toda la iglesia lamentándose, con las manos juntas sobre su calva.

—¡Pobre de mí! ¡Pobre de mí! ¡Esta boca es la fuente misma de donde los antiguos dioses extrajeron su néctar embriagador! ¡Una boca creada no para recitar el

alfabeto, sino para dar vida y muerte! Seguramente fue de esta chiquilla de quien el sabio, extasiado, dijo: «Paloma mía, que estás en las grietas de la roca, en lo escondido de escarpados parajes, hazme ver tu mirada, y hazme oír tu voz...». Sí, tu mirada, tu voz... y tu boca también, debería haber dicho. Pero ay, Salomón, ¿de qué sirve un corazón que clama por oír y ver esa abundancia cuando uno es deforme como una marmota? ¿Y de qué soy culpable yo, si mi corazón se sitúa a mi izquierda, como el del loco, y no a mi derecha, donde dices que se sitúa el del sabio? ¡Ay, Dios! Tú conoces mi locura y mis faltas no se te ocultan.

En este punto, Ioachim se dirigió enérgicamente hacia mí, con palabras rotundas y elevadas como las de los nobles:

—*Cori mou! Coritzaki mou*<sup>[5]</sup>! ¡No me hagas la injuria de creerme vulgar! ¡Mi locura no es peligrosa y mi pecado solo está en las palabras! Ese es todo mi crimen... No me prives entonces del espectáculo de tu gracia. Ahora ve con salud y vuelve con salud. Te enseñaré griego con la competencia del erudito y el desinterés del amigo. Y entonces estarás armada con una espada de la que pocos disponen.

Besé al cantor en las mejillas y le dije:

—Ioachim, eres el primer hombre al que beso en mi vida.

Durante un año entero, el cantor de la iglesia de un Único Roble me enseñó griego y muchas otras cosas, maestro a veces educado, casi púdico, a veces atolondrado, audaz, casi enloquecido. Sin embargo, su temperamento me reveló rincones de la naturaleza humana dignos del mayor interés, y, como mi razón y mi carácter eran totalmente opuestos a los de las jóvenes de mi edad, me entregué tan tranquila a todos sus deseos, por cierto inofensivos, solo por el placer de verificar si su pureza era verdadera o una máscara engañosa.

Y era verdadera.

Mis clases tenían lugar dos veces por semana, siempre en la iglesia vacía, después de la misa de las once. Groza solía venir. A veces nos dejaba solos. Pero, solos o en su presencia, Ioachim era el mismo hombre. Como sabía que su voz me proporcionaba el mismo placer, si no más, que la enseñanza del griego, a menudo comenzaba la lección con una profusión de himnos celestes que se esparcían por mi alma como una catarata de luz. Era inagotable en cánticos, en salmos, en improvisaciones y modulaciones vocales. Su sinceridad rayaba en la inconsciencia, como cuando, después de cantar recorriendo la iglesia del umbral al altar, se olvidó de mí y se fue a la sacristía, donde me lo encontré llorando. Pero esta sinceridad daba lugar también a momentos muy embarazosos para mí, ya que a veces, sin interrumpir la clase, mirándome con sus ojos bonachones de carnero, me ponía la mano en el vientre, o en los pechos, y enseguida se disculpaba así:

—Nunca he puesto la mano sobre semejantes delicias y no quiero morir sin haber conocido su calor. Floricica, ¡permítemelo! Todos los idiotas conocen estas cosas sin

apreciarlas, ¡y yo las aprecio sin conocerlas! Me haces feliz con muy poco. Pronto te echarás a perder sin el beneficio de la estima. Y no temas que pueda ir más adelante en esta felicidad, ya que si el clérigo tiene razón al decir que «el final de algo vale más que su comienzo», no es menos cierto que en la vida muchos comienzos superan a los finales. Es verdad que, para ello, hay que ver la vida con ojos distintos a los del clérigo.

Le permití esa felicidad, siempre atenta a ver si iba más lejos. No lo hizo. No solo no me pidió más, sino que pronto dejó incluso de buscar ese placer, lo olvidó, fue desentendiéndose. Y hoy, instruida en los misterios de la vida animal y asqueada de la mentira intencionada que se despliega a mi alrededor, a menudo me pregunto si quizá no debería haberle regateado un artículo tan ordinario a un hombre que me hacía vivir horas hasta tal punto únicas que jamás se han repetido durante el resto de mis días. Me hubiera gustado mostrarle mi agradecimiento, hacerle un obsequio, dejarle un recuerdo que me devolviera a su memoria.

Pero él decía:

—¿Cómo? ¿Una cesta de huevos frescos? ¿Pollos? ¿Un tarro de mantequilla? ¿Una *doniță*<sup>batea</sup> de miel? ¡Mi casa rebosa de todo eso! Podrías regalarme un santo con el nimbo de oro macizo, o un rosario de cuentas del ámbar más raro, o incluso un lujoso narguile de Esmirna, que yo no lo querré. Los *gospodari*, que aman mi voz, Dios sabe por qué, me colman de esas simplezas. Lo que yo querría, lo que me haría mortalmente feliz, ni tú ni el Señor podéis ofrecérmelo: un cuerpo, un rostro más dignos de mi voz y de mi corazón. Eso me permitiría vivir la vida, ¡por su falta agonizo en esta carcasa de asno! Pero eso, Dios no ha querido dármelo; no ha querido dar al ruiseñor el plumaje del pavo real; quizás hizo bien, pues se dice que «si el cerdo tuviera cuernos, trastornaría la tierra».

Así era el hombre que descubrí en el cantor Ioachim, objeto de tantas calumnias. Pero a mediados del verano que siguió a aquel año de enseñanza, acabaría conociendo en él a otro hombre, y esa revelación fue una sorpresa increíble tanto para el pueblo como para mí y para el propio Groza.

Por aquel entonces yo tenía cerca de diecisiete años. Y era guapa, como ven. Esta belleza me atrajo, entre otras atenciones, las del hijo de nuestro *gospodari* Bolnavu, propietario de veinte mil hectáreas de tierra y bosque, así como de innumerables caballerías y cabezas de ganado. Para este señor de quevedos tuertos, que había vuelto fresco de sus estudios, yo no era más que una bonita oveja de dos patas, fácil de comer, feliz, quizás, de haber despertado un apetito tan augusto. Estaba lejos de imaginar que yo pudiera oponer la menor resistencia. Él era alguien; yo, algo que se mantenía en pie de milagro y debía tumbarse a la primera orden de su amo. Y sus estudios habían sido tan en vano que no encontró nada mejor que comenzar por insultarme.

Un domingo de ese verano, decisivo para la suerte de Groza, el *coconaș*<sup>doncel</sup> Manolaohe, como lo llamaban sus esclavos, apareció en la *horă* del pueblo, en

compañía de su hermana pequeña y conduciendo él mismo el magnífico caballo uncido a su cabriolé. Allí venía nuestro futuro señor para asegurarse la popularidad, y también para inspeccionar el otro rebaño, aquel que abastece a la carne de placer. Soberano absoluto por la gracia de Dios y la imbecilidad de los hombres, nos destinó enseguida una chanza del peor gusto. Su hermana, tan tonta como él, no pareció ofenderse, y el populacho la recibió como agua de mayo. Los viejos levantaron las *căciuli* <sup>boinas</sup>, dejando al descubierto sus bellas cabelleras plateadas; la juventud se limitó a retomar la danza, pero con un entusiasmo ostentoso, para deleite de los nobles visitantes, mientras que el *pomojnic* <sup>subprefecto</sup>, criatura servil que escoltaba a su amo, se recreaba en banalidades groseras. A sus órdenes, el *cârciumar* <sup>tabernero</sup> sirvió de beber varias *ocale*<sup>[6]</sup> de vino, y los bebedores desearon a los generosos anfitriones salud y larga vida. Luego, estos se apearon y brindaron en círculo con los bailarines, dejando el coche al cuidado de un joven campesino.

Fue en ese momento cuando, aprovechando su ausencia, abandoné a Groza un instante, a pesar de su consejo, para ir a acariciar a la hermosa bestia que arrastraba aquella carga humana. Me gustaban demasiado los caballos bonitos como para resistirme al placer de pasear mi mano por su cuello. Lo pagué caro, pues fui sorprendida por el regreso inesperado de las dos sanguijuelas y me vi obligada a atender a sus palabras. Palabras que se dirigieron a mi bonita vestimenta y a mi amor por los caballos. No fueron descorteses, pero el *coconaş* no se quedó ahí: creyó complacerme al tirar a mis pies, desde lo alto de su montura, una moneda de oro destinada, así dijo, a comprar placeres inocentes. Me cubrí el rostro con las dos manos y huí, dejando el *galben* allí donde había caído, para la estupefacción de los sirvientes y de su amo.

Recostado sobre la hierba, lejos de la *horă*, Groza no se enteró de lo sucedido más que por la algarabía entre los campesinos tras la partida del boyardo. Acudió entonces junto a nosotros y me encontró sollozando. Vertía mis primeras lágrimas de dolor.

Otras las seguirían poco después.

La resistencia sincera de una mujer no tiene efecto ninguno ante los deseos de un hombre vulgar. Él ignora dónde acaba la turbación de la damisela y dónde comienza el asco profundo de la dignidad femenina. Todo le está permitido a este bruto que domina la tierra.

En dos meses, aquel animal intentó convencerme cuatro veces de que mi razón de ser era la de servir a sus caprichos. Las cuatro veces me volví escupiendo a sus pies. Entonces recurrió a la violencia. Pero se encontró con el brazo de Groza y su *gârbaci* látigo.

En aquella época yo cuidaba aproximadamente de ciento cincuenta ovejas, de las cuales un tercio pertenecía a mi amigo de la infancia, y los otros dos tercios a mi madre y a mí. Estaba feliz, aunque preocupada por la servidumbre que se extendía a nuestro alrededor e inquieta por la aparición de aquel monstruo. Sabía que tarde o temprano se lanzaría sobre mí como el gavilán sobre las aves. Groza me equipó con

una pistola y un puñal, que yo llevaba disimuladamente en la cintura. Para mayor precaución, venía del Cârligi a pasar una o dos horas conmigo cada tarde y me ayudaba a recoger los rebaños. ¡Bellos días de tierna amistad, compartida con nuestros tres perros, alegre en nuestros corazones generosos, abrazada por nuestras esperanzas, medida por nuestras flautas, qué lejos me parecéis hoy!

Una tarde de agosto flamante de ardientes rayos dorados, llegó la desdicha. El *coconaş* andaba solo, a caballo. Desdeñando la presencia de Groza, se dirigió a mí, me dio las buenas tardes y me preguntó:

—¿Te sientes menos malvada hoy?

Ni siquiera le respondí y me alejé dándole la espalda. Groza, que se encontraba junto a una charca, se puso a batir la superficie del agua con su gran *gârbaci*. Supe que quería endurecer la cuerda para que se ajustara mejor a los riñones del procaz visitante. Una singular voluptuosidad me embargó el pecho ante la idea de saberme vengada, de inmediato, por un amigo fuerte y valiente, y mi espíritu, aturdido por la rabia, no consideró las consecuencias de un acto tan espantoso.

El boyardo bajó del caballo, se desentendió de él y se dispuso a seguirme a paso lento. Groza se plantó ante él, erguido como un pino y tranquilo como un hombre sabio. El otro estaba igualmente erguido, pero nada tranquilo; toda la sangre se le subió al rostro:

—¿Y tú qué quieres?

—Nada... —dijo Groza—, solo saber lo que quieres tú... Lleno de rabia al verse tuteado por un *mujik*, el desdichado llevó la mano a su pistola. En un abrir y cerrar de ojos, estaba tumbado, desarmado, y antes de que hubiese tenido tiempo de levantarse, Groza ya montaba a horcajadas sobre el corcel de nuestro amo. Lo que ocurrió luego me dio la medida del odio que se gestaba en el corazón de mi amigo. En lugar de huir, como yo esperaba, empezó a flagelar al *coconaş*, buscando golpearlo en la cabeza con la tralla de cuero de su *gârbaci* húmedo, y lo persiguió de aquí para allá por el campo solitario, cuyo silencio rompían los gritos del azotado, obstinado mi amigo en magullarle el cuerpo aun cuando aquel no era ya más que una masa sangrante e inanimada sobre la tierra.

Groza vino hacia mí al galope de su caballo. Ya no era el mismo hombre. Su rostro, alargado e inmóvil, me pareció inerte como el pergamino. Los ojos, inyectados en sangre, ya no tenían nada de humano. Las venas del cuello amenazaban con estallarle. El labio inferior caía pesado por la rabia. Su voz tampoco era la misma cuando me dijo:

—He bebido mi primer trago de venganza. Es tan refrescante como el trago de agua fría cuando ardemos de fiebre. Ahora, Floricica, te dejo para siempre: voy a hacerme *haiduc*. No estaré solo: siete muchachos, oriundos todos del infamado Cârligi, me acompañarán. No serán mis tiernos amigos del alma, como tú y como nuestro buen Ioachim, y eso me entristece; son vengativos, están sedientos de vida salvaje; conocen los bosques como yo mismo y están dispuestos a lanzarse al fuego

en cuanto yo se lo ordene. Los preparativos han acabado. Mañana al alba nos encontraremos en el Bosque del Ciervo, tras la Roca Inclinada. Ven a encontrarte conmigo. Allí te explicaré detenidamente lo que te queda por hacer. Ahora estoy impaciente por ir a Buzău a avisar a Ioachim y abrazarlo por última vez.

Luego, refiriéndose a su primera víctima, agregó:

—La bestia no está muerta y yo no pretendía que lo estuviera. Quiero que este bello doncel se acuerde de mí durante toda su existencia, cada vez que su cara aparezca frente a un espejo... ¡Se la he arreglado bien! Su caballo, me lo quedo. Los que necesitan mis compañeros iremos a buscarlos a las cuadras de su padre.

Era casi de noche. El rebaño, desperdigado por la carrera de Groza, balaba con fuerza. Mi amigo lo rodeó a caballo, lo reunió y me ayudó a guardarlo. Y con el corazón en un puño por cuanto acababa de suceder, como ajena a este país y a mis ovejas, me separé aquella tarde de Groza, aferrándome al cuello de mi perro favorito.

Por la noche lloré mucho.

Al día siguiente, al alba, fui a la Roca Inclinada. Groza y sus siete compañeros ya estaban allí. Había además un corpulento comerciante de ganado de Buzău y estaba también Ioachim. Señalando al comerciante, Groza me dijo:

—Floricica, por precaución, he tenido la idea de llamar a este amigo mío. Te aconsejo que le cedas el rebaño de ovejas. Mi parte ya la he cobrado. El resto, si quieres vendérselo, él se compromete a dejar que lo uses todo el tiempo que necesites para vivir. Pero si nuestros perseguidores quieren tocar tus bienes, solo tendrás que decir que no te pertenecen, que el rebaño es propiedad del *baci* <sup>pastor</sup> Zamfir.

Acepté de buena gana. El *baci* se fue, un tipo inquietante pero ciertamente útil. Y llegó el momento de la separación definitiva, cuando miré por última vez a mi mejor amigo. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Sus palabras ahogadas por la emoción apenas resultaban comprensibles:

—Se acabó, Floricica, nuestra vida... Hemos sido verdaderos amigos..., como solamente el perro sabe serlo. ¡Nunca volverás a encontrar a un Groza, ni yo a una Floricica! ¡Qué pena que las mujeres no estén hechas para vivir la vida de los *haiduci*! ¡Ay, sentir tu amistad y tu odio cerca de mí, allí arriba, en las montañas, en el bosque..., no, Dios no lo ha querido, nos hubiéramos vuelto locos los dos!

»Quédate entonces, pero escúchame bien: el *haiduc* no es solo aquel que se echa al monte. En la ciudad, entre los *gospodari*, se puede ser tan *haiduc* y rebelde como en la espesura del bosque, con la sola condición de ser falso con los grandes y sincero con los oprimidos. Tú sabes ser falsa y sincera: ve entre los lobos, aúlla con ellos, observa sus hábitos, conoce bien sus debilidades y, luego, atácalos por la espalda y hazle así un bien al pueblo, ¡véngalo! En otras palabras, ¡ayúdame! Tú eres más inteligente que yo, más delicada, más astuta, y una mujer hermosa por encima de todo. ¡Haz entonces como yo, sacrifica tu juventud, como yo sacrifico la mía! El

pueblo es feo y cobarde porque todo lo que surge de él se vuelve feo y cobarde. Los buenos no se alzan nunca. Nunca, desde el *zapciu* <sup>recaudador</sup> Iancu Jianu y el *sluger* <sup>comandante</sup> Tudor Vladimirescu, uno boyardo de corazón, el otro campesino de corazón, ambos *haiduci* y rebeldes, ambos traidoramente asesinados, ningún hombre se ha levantado de entre el pueblo más que para someterse mejor a él. Los pocos *haiduci* que infligen sus castigos por aquí y por allá no son más que rebeldes de mirada corta, y se habla de ellos como de ladronzuelos. Necesitarían un jefe que ampliara su campo de acción. ¡Hay que apuntar alto! Y no solo a los griegos o a los turcos, sino también, sino sobre todo, al boyardo rumano. Podemos excusar al extranjero que chupa la sangre de nuestro país, pero ¿cómo perdonar al *gospodar*, instrumento del opresor que viene de fuera?

»Mira, he esperado hasta hoy para decirte con qué fin te he animado a aprender a leer y a escribir con Ioachim, y con qué fin aprendí yo también. Los libros nos enseñan lo que nuestra inteligencia por sí sola no es capaz de hacernos penetrar. Hay que conocer el pasado y el presente para saber qué desear en el futuro. Trabaja pues por un futuro mejor. No se aprende griego para cuidar ovejas. Haz lo que tu cabeza te aconseje. Eres lo bastante astuta. Con un solo pelo de su melena, una mujer puede ahorcar a un tirano. Con un dedo sobre su boca puede hacerlo hablar o callar. ¡Sé esa mujer! Oro, pronto te lo daré.

»Me voy de esta región. Vamos a la zona de Brăila, hacia la desembocadura del Buzău y del Siret, donde me encontraré con Cosma. Pero no trabajaré con él. Debo aprender de él ciertas cosas. Por lo demás, quiero hacerlo a mi manera. Si algún día me necesitas, acude al *cârciumar* Ursu, que tiene una taberna a la salida de Vădeni, en dirección a Galați. Y si quieres venir a vivir hacia ese lado, mejor aún. La *poteră* estará aquí esta noche. No pueden hacer nada contra ti. En cuanto a mí, no tienen más que venir a buscarme.

Mientras Groza me hablaba, fui examinando las caras de sus compañeros. Sí, tal como él había dicho, eran hombres fieros, decididos, quizá fieles, pero nada más. ¡Oh, ternura, ternura! Si tú reinaras en el corazón del hombre, rebelión sería una palabra incomprensible. Pobre Groza, lo compadecí por saberlo rodeado solamente de rebeldes. Odiar está bien. Amar, mejor. ¡Solo aquel que sabe odiar y que puede amar conoce todo el valor de la vida!

Por suerte para Groza, el amor velaba. Estaba junto a él y, sin embargo, nadie lo sabía.

Había algo curioso en la actitud de Ioachim. Ridículamente vestido con una *ghebă* <sup>túnica</sup> larga hasta los tobillos y una *căciulă* <sup>boina</sup> que le caía casi hasta la nariz, llevaba bajo el brazo una caja grande de ébano, en apariencia pesada, ya que se la cambiaba de brazo a cada instante. Su rostro, que por lo general tenía colorado, estaba serio, preocupado, pálido. Lo atribuí a la emoción que debía de causarle la separación y le dije:

—Mi buen Ioachim... Estás tan triste como yo...

—No... —dijo él sacudiendo su enorme cabeza—. No... No estoy triste como tú, sino como Groza.

El *haiduc* me miró, intrigado, ninguno de los dos había entendido el enigma.

—¿Qué quieres decir, Ioachim? —preguntó mi amigo.

—Quiero decir, Groza, que estoy triste como tú, no como ella.

—Bueno..., eso ya lo hemos oído, pero explícate.

—¡Me explico!

Se explicó cantando con solemnidad, suavemente, en voz baja, con la cara larga, los ojos como platos y pasándose la caja sin cesar de un brazo a otro; nosotros lo escuchábamos estupefactos.

—Estoy apenado como tú, mi valiente Grozaaa, ¡porque yo también dejo a Floricicaaa! ¡Yo también voy a hacerme *haiduuuc*! ¡Como túuu..., y contigo, si me quieres! ¡Así eees!... De la Iglesia estoy haaarto. ¡Pooopes! ¡Protopooopes! ¡Incienso, *parastase* <sup>funerales</sup>, porquerías! ¡Muertos y recién nacidos, todos ateos! ¡Bodas y bautizos, nada más que blasfemias! ¡Divinidad, codicia! ¡Amor de Dios, adiós!

Con gruesas gotas de sudor goteando por debajo del gorro, se detuvo un instante; luego abrió su caja (repleta de grandes y pequeños ducados y piedras preciosas: diamantes, rubíes, zafiros, esmeraldas, turquesas), la paseó ante nuestras narices y exclamó lleno de sincero despecho:

—¡Aquí está todo lo que la Iglesia, los *gospodari* y hasta el mismísimo Dios pueden ofrecerle al hombre que necesita amor! ¡Por haber sido agraciado con una voz de las que elevan el alma, se me arrancó de mis montañas, de mis valles, de mis carneros y de mis perros, y a cambio de toda esta fortuna me ofrecieron metal, que se dice valioso, y piedras, que se dicen preciosas! En aquel momento yo solo tenía diecisiete años. Durante mucho tiempo me mantuve a la espera del tesoro señorial y divino del cual tanto me habían hablado, pero siempre se trataba de metal y de piedras. ¿Y el amor? ¿El amor tierno y la amistad que yo había dejado con mis *ciobănițe* <sup>pastoras</sup> con mis ovejas, con mis hermosos mastines, con mis cielos y con mis bosques? ¿Qué era de ese tesoro, de esa verdadera fortuna? ¡Nada! Un cumplido, una palmada en la espalda, a veces un cortés apretón de manos o una sonrisa protectora, ¡eso era todo! Y a mí se me hacía la boca agua ante los hermosos senos prisioneros en los corpiños; ante esos ojos que parecen la obra de un demonio amable; ante esos labios dispuestos a pronunciar la palabra *pecador* y herir el alma piadosa. Pobre Ioachim, me tragaba mi deseo y pensaba en la avaricia de la casa de Dios. De vez en cuando, me ocurría que ya no podía aguantar ante esta ingratitud de la vida, que te pide lo mejor de ti y no te da más que lo que le resulta inútil o superfluo; entonces deslizaba un dedo entre los senos provocativos y les decía a los labios y a los ojos pecadores: «¡Yo también quisiera beber de ese vino y probar esas frutas!». Adiós, yo ya no era «el cantor Ioachim, como solo hay uno en la Iglesia Metropolitana», pasaba a ser «un hombre repugnante». ¿Y por qué? «¡En nombre del

altar y del incensario!». ¿Por qué era repugnante en mí un deseo que los popes y los *gospodari* satisfacían cada día?

»¡Ay! ¡Pero lo era! Yo mismo tuve que reconocer que mi deseo era repugnante, o cuando menos ridículo. Dios me había creado para cantar, no para ser amado por aquellos que ensalzaban mis cantos. Creo incluso que Dios le puso a propósito voz de serafín a este cuerpo de asno, el puro no puede permanecer puro más que si está rodeado de fealdad. Por eso, cuando cantaba y transportaba al cielo a los hombres, ellos me adoraban y me colmaban de favores gélidos, pero tan pronto como tocaba sus bienes cálidos, me recordaban que yo era un asno. Y los querubines, que iban a la iglesia para hacer entrar al demonio y a quienes el serafín Ioachim destinaba su voz y sus deseos, también me lo recordaban, pues la mujer es como el sol, se contempla en todos los cascos de las botellas del camino.

»Vuelvo entonces al país al que traicioné por vanidad, como el río que se desborda, que debe siempre volver a su lecho. Y mi voz, que se malgastó en el desierto de la ciudad orgullosa sin suscitar la menor caridad, resonará de ahora en adelante en los corazones de los hombres que se sitúan fuera de la ley y se imponen una vida dura por el bien de sus semejantes. Y diré: “¡Oh Dios! Te busco al despuntar el día; mi alma tiene sed de ti; mi carne te desea en esta tierra desierta, quiere ver tu fuerza y tu gloria, así como te ha contemplado en el santuario. Pues tu bondad es mejor que la vida, por eso mis labios te alabarán. Los orgullosos se han burlado de mí, pero yo no me he desviado de tu ley. Quítame de encima el oprobio y el desprecio, pues he honrado tus testimonios”.

»Así que, heme aquí, el cantor Ioachim, que no encontró ninguna caridad en la iglesia de un Único Roble, y que se irá con Groza a hacerse haiduc para representar allí a Dios y buscar el amor.

El amigo del que nos separamos por siempre jamás nos es más querido que aquel que regresa para quedarse. Cuando las manos queridas me hicieron de lejos el último gesto de despedida, me desplomé sobre mi perro y enterré el rostro entre el pelaje de su cara de ojos asombrados. Luego tomé el camino de regreso, como quien va a un entierro, volví a ver mi casa, mi bosque, mis animales, y todo me pareció desolado, como un país devastado por un incendio.

La tristeza, que hasta entonces prácticamente no conocía, se apoderó de mi alma. Todo lo que había sido alegría voluptuosa se volvió sufrimiento voluptuoso. Señor, ¿dónde has puesto tú más voluptuosidad, en la alegría o en el dolor del alma apasionada?

El crujido del follaje, el canto de los gallos, el ladrido de los perros, el balido de los ovejas, la conversación sin fin del viento, mi amigo, hirieron mi corazón atormentado por el *dor* <sup>dolor</sup>. Sombra en busca de su alma, deambulaba noche y día por los bosques de pinos y abedules. Mi flauta, que no sabía lo que era la triste

soledad, llenó los bosques de clamores y sorprendió a los pájaros y sus muchos instrumentos:

*Dor solitario, melancolía  
de las almas ricas pobladas de amores,  
cuando se nos arrebató una fortuna,  
¡otra fortuna encontramos en su dor!*

Esa «otra fortuna» no la encontré solamente en mi *dor*. Se materializó en la forma de un hombre, un sueño engañoso. Yo sabía que era engañoso, y bebí de aquella ilusión con la sed de un alma que se prepara para la decepción.

Un día, un mensajero enviado por Groza vino a decirme que Cosma pasaría durante la semana para explorar nuestra región y ver si era posible dar un golpe. La nota donde me hablaba de Cosma acababa así: «He puesto un beso en la mejilla peluda de este hermano. Recógelo como te aconseje tu corazón».

Mi corazón me aconsejó buscar ese beso en sus dos mejillas peludas, para estar segura de encontrarlo. Tengo la certeza de que lo encontré, ya que los hombres no tienen más que dos mejillas, y encontré además otra cosa que no iba buscando: vino sola, como la tempestad, que nadie puede hacer venir.

Aquella semana, mi flauta resonó en el bosque de pinos y abedules con los acentos que solo un *dor* rabioso es capaz de arrancar a una caña de saúco con ocho agujeros, mientras mis ojos registraban el suelo y descubrían huellas de herraduras desconocidas en la comarca. Las seguí y, una mañana, llegué de improviso a un claro donde Cosma y su hermano Ilie fumaban sus pipas, felices de su suerte y sin sospechar de mi existencia. Cosma se hizo el orgulloso y yo me mofé de él. Sin embargo, enseguida supe que sería mi amo. Para exaltarlo, hui de él. Se lanzó a buscarme, para confirmar la ley de que «la mujer que huye del hombre se hace desear más». Aquella misma noche, tras haber incendiado a Cosma y el pinar, me dejé rodear el talle por aquel brazo que había sembrado el espanto entre los *gospodari*.

Cosma me tomó, pero era al corazón de Groza al que yo me había entregado. Cosma tuvo aquello que todos los hombres pueden tener. Groza tuvo mi alma, que él tanto apreciaba. Así, en aquella hora de olvido viví un sueño imposible. Luego, sondeé la profundidad del mar con un dedo: le pedí a la vida lo que no puede dar. Quise a Cosma, a Groza y toda la felicidad para mí sola. Y no obtuve nada de nada. Entonces, rompí mi flauta de saúco. Y viví otra vida, que duró cerca de tres años; después, fui a dejar al bosque lo que en el bosque había recogido.

Entonces me puse la máscara de la falsedad y desaparecí por el mundo, de donde he vuelto a vosotros sincera, dispuesta a hacer todo el bien y todo el mal necesarios.

He aquí lo que soy.



## Ilie el sabio

—A ti, Ilie el sabio, hermano de Cosma y mi consejero, te toca a ti contarnos quién eres y por qué razones te has iniciado en la vida de los *haiduci* —dijo Floarea Codrilor, nuestra capitana.

Ilie dejó su *căciulă* en el suelo con un movimiento lento. ¿Acaso sabía él que al mostrarnos su frente lisa y su melena de *haiduc* estaba enseñándonos una cabeza única por su serenidad? Era un rostro de guerrero metropolitano, de los que saben matar entre dos plegarias, y comer y beber entre dos matanzas. Sus ojos negros, límpidos, precisos, ni tímidos ni audaces, decían a las claras: «¡Paz a vosotros, u os mato!». Sin embargo, una luz de mártir, titubeante entre la vida y la muerte, flotaba eternamente en esa larga barba entramada de negro cuervo y blanco plata, que engullía un bigote enredado, temible guardián de una boca presta a pronunciar a cada instante la palabra incomprensible: «¡Justicia!».

La pronunció al comenzar su relato.

## Relato de Ilie el sabio

Vine a vivir a los bosques para encontrar aquí la justicia que huía de la ciudad.

En Brăila, donde abrí los ojos al mundo, mi padre llevaba un *han* <sup>hostal</sup>. Ese padre (que el diablo se lo lleve) era un hombre de buenas intenciones. Pero muchos hombres buenos son tiranos en la vida íntima, sobre todo cuando llevan el timón. Mi padre llevaba el de su casa, una gran carabela que él quería poner a salvo de todas las tormentas. Para conseguirlo, echó el ancla en aguas muertas, a pesar de la protesta de algunos viajeros a quienes esto desagradaba.

—¿Os desagrada? —decía—. Esperad a que Alá me llame. Entonces actuaréis a vuestro antojo...

—Sí —respondíamos mi hermano Cosma, nuestra hermana Chira y yo—. Actuaremos a nuestro antojo a partir del día en que Alá te llame a su lado. Pero ¿cuándo te llamará?

—¡Eso es asunto de Alá!

Eso era asunto de Alá, un asunto muy fastidioso, ya que teníamos muchas ganas de actuar a nuestro antojo, mientras que nuestro padre no tenía ningunas de irse al cielo y pasarnos el timón. Aunque viejo, mantenía el timón con mano poderosa, guiado por los principios que él mismo se había forjado.

Creía con devoción en Dios, en todos los dioses, y los temía a todos. Para resultarles agradable a todos, tomó en su harén tres hermosas mujeres, una por cada una de las tres grandes religiones: musulmana, judía y cristiana. En su casa dejó libertad absoluta para la elección de culto, pero impuso esa elección con rigor, olvidando que el mejor de todos los cultos (el de no tener ninguno) no estaba representado.

Creía en Dios con sinceridad pero afirmaba, de acuerdo con el proverbio rumano: «¡Incluso en casa de Dios, los santos nos pueden devorar!».

Por lo tanto, para resultarles agradable también a los santos, les abrió su posada de par en par y los albergó a todos. Por supuesto, se lo hacía pagar, cosa que no era fácil, ya que esos diablos de santos eran un poco caníbales. Pero mi padre no era hombre al que se le escapara que agradar a Dios de una forma espiritual estaba bien, pero procurarles jovencitas y bolsas llenas de *mahmudele* <sup>monedas</sup> a los santos, mucho mejor.

La cosa fue radical: un señor poderoso, que no era otro que el gran visir, dio a mi padre un firmán que lo declaraba *hangiu* <sup>posadero</sup> de la Sublime Puerta<sup>[7]</sup>, con derecho a tomar o vender en *mezat* <sup>subasta</sup> el *calabalâc* <sup>equipaje</sup> de los *muşterii* <sup>clientes</sup>

desposeídos. Sin embargo, como a veces también llegaban *muşterii* astutos que se presentaban sin ningún *calabalâc*, mi padre les colocaba un *calabalâc* falso y, en cuanto el bribón levaba el ancla sin pensárselo dos veces, iba corriendo a donde el aga todopoderoso, se echaba a sus pies y le dejaba un paquete entre las manos:

—Se lo dejó en mi casa el efendi Untel al partir ayer por la mañana —le decía con inocencia—. Olvidó además pagarme la pensión de este mes, ¡pero no pasa nada!

No le pasaba nada a mi padre. Pero sí al pobre efendi, y mucho, ya que el aga, curioso como todos los agas, registraba el paquete, descubría papeles comprometedores y le cortaba la cabeza al pobre olvidadizo.

Sí, mi padre era un hombre de buenas intenciones.

Para asegurarnos fortuna en el futuro, nos hacía vivir su vida en el presente, pero solo el lado duro. Toda la casa debía participar de sus rezos, sus ayunos, sus zalemas ante los poderosos, y después se iba solo a pasar agradables horas en compañía de sus amigos, ya fuera en casa o donde el *cârcserdar* <sup>capitán</sup> o donde el *zapciu* <sup>recaudador</sup> donde se jugaban largas partidas de *ghiulbahar* <sup>backgammon</sup> entre el silbido de los narguiles. Para nosotros, placer de verdad, fiesta de verdad, solo había una vez al año, en el *bairan* <sup>fin del ayuno</sup>. Y aun esa fiesta nos costaba cara, pues venía tras el mes de ramadán que nos quebrantaba el estómago por los excesos durante las noches y la esforzada abstinencia diurna. Eso fue, por cierto, lo que nos hizo emprender la guerra contra el jefe de la casa.

Cosma fue el primero en atreverse, cuando tenía solo quince años, a comer, beber y fumar desde el principio de aquel ramadán, lo que supuso el comienzo de una discusión sin fin. Yo aproveché esa ruptura y seguí su ejemplo. Entonces fuimos dos los que nos enfrentamos al padre, que al principio intentó que volviéramos a acatar la ley diciéndonos que el profeta nos negaría la vida eterna:

—¡Peor para la vida eterna!

—¡El propio profeta ayunó durante todo un mes! —argumentó el padre.

—Sí, pero por el día dormía. Así que aquello le resultaría fácil, mientras que nosotros tenemos que trabajar.

—Él también trabajó por la noche, escribió el Corán, nuestra luz.

Cosma declaró que entonces quería ser cristiano:

—Es la religión de mi madre y es menos dura: ¡el profeta de los cristianos al menos comía todos los días! Y también prometió una vida eterna, debe de ser la misma.

Padre, que temía ofender a los demás dioses, transigió. Cosma y yo nos hicimos cristianos; es decir, nada cambió, pues uno puede pasar de una religión a otra y permanecer en el mismo pellejo. Pero llegó el gran ayuno que precede a la Pascua cristiana, cuando es obligatorio alimentarse a base de pan y sopa de judías siete u ocho semanas. Aquello nos pareció absurdo. Y llegaron la disputa y la tormenta:

—¡Respetaréis la ley que habéis elegido! —gritó nuestro padre.

—Sí, la elegimos —respondió Cosma—, pero ahí también debe de haber un error. ¡No es posible que para ganarse la vida eterna sea necesario atiborrarse de judías blancas durante dos meses!

—¡Es necesario! Comeréis judías blancas cocidas en agua. De lo contrario, ¡adiós a la religión cristiana y adiós al paraíso!

—Muy bien —concluyó mi hermano—, ¡ni la una ni la otra! ¡Las judías blancas cocidas son incomibles!

Padre exclamó exasperado:

—¡Es espantoso! Sin duda me ganaré la ira de los amos del cielo: ¡estos dos no quieren acatar ninguna de las tres religiones que cobijo bajo mi techo!

Y no queríamos. Además, enseguida pasamos de dos a tres, con nuestra hermana Chira, y luego a cuatro, con el pobre Ismail, que un día se ahorcó por gula. Ansiaba lo que entra en el cuerpo por la boca, y como todos esos dulces estaban destinados a satisfacer únicamente el apetito de los clientes, el buen Ismail los birlaba en las narices de los cocineros, aullaba de placer al comerlos y de dolor al digerirlos, ya que padre lo azotaba durante toda la digestión.

Nuestra existencia en aquella casa aún iba a empeorar con la aparición de las pasiones sexuales. Yo me libré, nunca sentí la necesidad de levantar el velo que cubre el rostro de una mujer. Cosma, por el contrario, levantó los velos que le correspondían, los que me correspondían a mí, los de nuestro hermano ahorcado y los de todos los ancestros de la familia que habían sido tímidos como yo o se habían ahorcado como Ismail. Cosma lo levantó todo. Y era legítimo; a mí no me afectó en absoluto.

El *han* estaba lleno de mujeres: las de padre, las del amigo de padre y las *cadâne esclavas*, que pertenecían a los *chiaburi* burgueses alojados en el *han*. Su olor llenaba la casa. Cosma, como el galgo, deambulaba todo el día olfateando con la nariz al viento, igual que Ismail cuando merodeaba por la cocina. Pero si los daños causados por este último eran soportables, los ocasionados por Cosma, al parecer, no lo eran. En todo caso, los maridos, con nuestro padre a la cabeza, así lo afirmaban. Aunque ellos eran los únicos que se quejaban de aquella calamidad. Las mujeres, en cambio, no se quejaban nunca. Por eso yo les daba la razón a ellas y a Cosma, ya que Cosma tenía consigo el Corán, que concede al hombre varias mujeres, y las mujeres al sabio de la Biblia, que dice: «Tres cosas me resultan demasiado maravillosas, incluso una cuarta, que no he llegado a conocer: el rastro del águila en los cielos, el rastro de la serpiente sobre la roca, el rastro del barco en el mar y el rastro del hombre en la doncella».

Pero si no queda rastro, entonces ¿por qué tanto escándalo? Ya que, una de dos, o el profeta había leído al sabio de la Biblia y le había dado la razón en el Corán, o los fieles no respetan sus designios y entonces, siendo ellos los primeros culpables, no deberían enfadarse tanto.

Sin embargo, se enfadaron. A Cosma lo golpearon. Me abalancé para salir en su defensa. Me golpearon a mí también. Mi hermano preguntó dónde podía tomar

aquello que todas las religiones le concedían. En ninguna parte por ahora: esta mujer es una madre (¡madres sí que había!); esta otra es una hermana (¡hermanas también había!), y las demás pertenecen a sus maridos (¡y no pedían más que pertenecer a Cosma!).

—Todas estas son de la casa y las alimentan sus amos —le explicaron—. ¡Tienes que buscarlas fuera, comprarlas, alimentarlas con tu dinero cuando lo tengas!

Cosma no entendió nada y vino a hablar conmigo:

—Ilie, necesito que me lo expliques, ¿por qué se me envía fuera? ¿Eh? ¿Acaso no es normal que me gusten más las mujeres de la casa que las extranjeras?

—Sí, Cosma, tienes razón: a las mujeres de la casa las apreciamos más.

—¿Verdad? Ahora explícame también esto: si a las de la casa ya las alimentan sus amos y a mí no me piden sino que las ame, ¿por qué quieren que pierda mi tiempo fuera, corriendo tras aquellas que no me conocen y que les niegue el placer a las que me conocen y me lo piden?

—Eso es, Cosma. No corras fuera, no le niegues el placer a quien te lo pida, déjalo todo en la casa, donde te aman.

—¿Verdad? Y una última pregunta, Ilie. Me prohíben acercarme a mujeres que no me cuestan nada y quieren que las compre con mi dinero cuando lo tenga. ¿Qué hay que hacer para tener dinero?

—No lo sé, Cosma. Quizás deberías preguntarle al pope, al *hoge* <sup>imán</sup> o al *cârcserdar*: son gente que no hace nada y tiene dinero.

Cosma fue a interrogarlos. Los tres le respondieron que solo el trabajo procura dinero.

Esta respuesta enfureció a mi hermano. Y a mí, pues ellos no hacían sino jugar al *ghiulbahar* con nuestro padre mientras todo el trabajo de sus propiedades lo realizaban los ilotas del *beilic* <sup>trabajo forzado</sup>. No obstante, Cosma les tomó la palabra y fue a decirle a padre:

—Mira, tres de tus amigos, que representan la autoridad y la religión, aseguran que el trabajo proporciona dinero. Pues bien, yo trabajo en tu casa, dame el dinero necesario para la compra y la manutención de tres mujeres. ¡Necesito tres mujeres!

Entonces padre nos habló de sus intenciones:

—Sí, trabajas, Cosma, y tus hermanos también trabajan, y yo, pero todo el oro que se acumula en el *sănduc* <sup>baúl</sup> es para el futuro. Lo tendréis cuando yo muera y os alegraréis...

Entonces Cosma lo interrumpió:

—¡No hables de la satisfacción de más tarde! Hoy necesito tres mujeres. Dices que hay que comprarlas y alimentarlas. ¡Dame entonces el dinero de mi trabajo!

—Pero eres muy joven, hijo mío: ¿tres mujeres a los diecinueve años? No... Hay que esperar...

—¡No puedo! Lo necesito de verdad...

Así era... Las necesitaba... ¿Cuántas? Tres, seis, no lo sé, pero vi con mis propios ojos a todas las mujeres del han venir a Cosma e irse todas contentas.

Esa era la necesidad de Cosma.

Pero había otras necesidades en la casa. Las de Chira, en primer lugar. Según padre, eran abrumadoras. Ella solo quería vestirse con seda de Asia, solo utilizaba perfumes que valían su peso en oro y quería una carroza tan lujosa como la del aga. Solo sus limosnas ascendían a diez ducados al mes. Padre la quería y la consentía más que a los demás hijos, pero clamaba contra tal derroche:

—¡Me llevas a la ruina! ¡Tus gastos son los de la hija de un bey, mientras que tus plegarias a ese Dios cristiano tuyo son de pecadora! Así no es como yo he llegado a reunir una fortuna para vosotros.

Chira, tres cuartas partes de su tiempo frente al espejo, le respondía por encima del hombro:

—No sé cómo has logrado reunir semejante fortuna pero, puesto que lo hiciste, te demostraré en lo que a mí concierne que soy digna de ella: lo que viene fácilmente debe irse fácilmente. Conoces el dicho rumano: «Los bienes del atesorador caen siempre en manos del disipador». Donde hay mucho oro, hay aún más lágrimas. Yo me encargo de hacer que te perdonen tus pecados llevando un poco de alegría allí donde tu oro sembró desolación, y esa será mi mejor plegaria. En cuanto a aquellos con los que no soy pródiga, es mi única avaricia, pero Dios no me culpará por ello, pues sabe que mi corazón es generoso.

Hasta aquí las necesidades de Chira.

Y finalmente, estaban mis propias necesidades. A decir verdad, no eran más, sino de la justicia. En casa yo tenía todo lo que me hacía falta porque no me hacía falta mucho. Plato, cama y narguile, tres placeres necesarios para vivir que yo obtenía a cambio de mi trabajo. Lo que no podía obtener fácilmente era el derecho a ignorar la existencia de un Dios que me pedía que no comiera lo suficiente y le cantara alabanzas con el estómago vacío. Es verdad que ese Dios tontorrón y pretencioso nunca me había exigido nada directamente a mí. Padre, el pope y el *hoge* eran quienes hablaban en su nombre. Yo me rebelé contra ellos, y entonces me castigaron, siempre para agradar a su Dios.

Pero ese Dios, tan exigente conmigo, no le ponía peros a la crueldad de sus servidores, que cometían las peores injusticias. Los hombres de Iglesia, olvidando que todas las criaturas son iguales ante el Señor, esclavizaban al campesino del *beilic* hasta el punto de hacerlo trabajar gratuitamente la mitad del año. El pobre *cojan* <sup>campesino</sup> moría junto a su bestia y el pope le recomendaba resignación, le prometía una vida mejor en el cielo y le ordenaba ayuno y oración. Voluntad de Dios.

El *zapciu*, representante de la Administración que debía velar por el orden en su distrito, enviaba a sus compinches a arramblar con el ganado de los aldeanos, hacía que ellos mismos «lo encontraran» y luego, para cubrir los grandes gastos ocasionados por la persecución de los «ladrones», obligaba al campesino a comprar

otra vez sus propios animales. Obviamente, los mejores caballos y bueyes nunca aparecían. Y ante este crimen, Dios permanecía indiferente.

El *cârcserdar* y su *poteră*, compuesta por doscientos mercenarios, perseguían a los *haiduci*, que trataban de vengar al campesino. Pero esas langostas, felices cuando no los encontraban, arrasaban los pueblos, saqueaban, violaban, torturaban, sumían en la desesperación las poblaciones inocentes, y luego volvían del paseo para cobrar su sueldo y retomar el chibuquí abandonado al irse. Dios miraba y dejaba hacer.

Entonces le tuve rencor a ese Dios, odié a esos hombres. Y mis necesidades se volvieron grandes.

Cosma no veía estas injusticias más que con la mitad de un ojo, y Chira solo con uno. Dirigían el resto de su mirada hacia sus propias necesidades. Un día les rogué que se olvidaran por un momento de su harén el uno y de sus coqueterías la otra y que se enfrentaran a la injusticia con sus dos ojos. Lo hicieron y se estremecieron, pero enseguida sus necesidades volvieron a acapararlos. Y es que Cosma no podía vivir una hora sin su harén, ni Chira sin sus coqueterías. Me quedé solo y triste. Uno es muy desdichado cuando tiene razón y se queda solo.

Sin embargo, a pesar de alejarnos por la naturaleza de nuestras necesidades, nos pusimos de acuerdo en los medios para satisfacerlas. Los fuertes robaban a los débiles. Nosotros decidimos robar a los fuertes, fueran quienes fueran. Sabedores además de un hecho sorprendente: mientras que los débiles se dividían por naciones y religiones para maldecir el mal, los fuertes (turcos, griegos o rumanos) vivían en armonía y machacaban sin distinción. Yo fui el primero en verlo.

La *poteră* estaba formada casi en su totalidad por individuos extranjeros, pero el *zapciu* era rumano *neaoş* <sup>nativo</sup>, esto es, un patriota, y no obstante el *cârc-serdar* no tenía mejor amigo que este esbirro, que afligía la provincia que le habían confiado tan despiadadamente como el jefe de la *poteră*, un *başbuzuc* <sup>mercenario</sup>. Ambos habían obtenido sus puestos del diván de Bucarest a cambio de unas cuantas bolsas de oro, y ninguno de los dos tenía otro objetivo que saquear el país, recuperar su inversión y enriquecerse lo antes posible, a sabiendas de que estaban a merced del capricho de los poderes centrales, igual que estos últimos dependían del humor de la Sublime Puerta.

El obispo del Bajo Danubio, bandido de altos vuelos, patrocinaba un buen número de monasterios cuyos monjes chantajeaban al país con el furor que solo los monjes ponen en la perdición. Ese obispo, digno de la horca, a menudo se presentaba de incógnito en casa del boyardo Dumitraki Cârnu, en Brăila, que poseía grandes territorios y era *sfetnic* <sup>asesor</sup> en el diván. En compañía del aga de la ciudad, se encerraban los tres hasta el alba en un ala aislada de nuestro han. Las criaturas del aga eran las únicas válidas para el servicio del condumio, de la bebida y de la carne. El boyardo Dumitraki prefería las chiquillas de trece o catorce años, pero bien desarrolladas. Pero al aga y al obispo, más difíciles y de espíritu más avanzado, les

hacían falta *agemoglani* niños cautivos. Para que los gritos de las víctimas no los comprometieran, se entregaban a sus pasiones en presencia de los criados, preparados para ahogar el menor gemido.

Las chiquillas sufrían lo que una cría de esa edad debe de sufrir en manos de un sátiro, como ese asesor del diván, con su reputación de hombre decente y de buen padre de familia. Pero los pobres *agemoglani* debían de maldecir el día de su nacimiento, ya que el jefe del ejército y el hombre de Iglesia, gastados hasta la médula, necesitaban excitantes mucho más sofisticados. Así que se obligaba a los sacrificados, bajo las penas más atroces, a saborear rebanadas de pan untadas, no de mantequilla o miel, sino de excrementos frescos de sus torturadores. La mayoría sobrevivían a ese calvario. Aunque una vez uno se quedó en el sitio. Y otro perdió la razón. Y un tercero se tiró por la ventana y lo mataron en el patio.

Entonces estalló el escándalo. Nos enteramos todos. Chira enloqueció y adoptó aires de heroína. Ya no se contentó con robar a padre y darles el oro a los necesitados, sino que nos pidió que vengáramos a las víctimas con la sangre de sus verdugos.

Y a nosotros nos pareció sensato. Cosma, que se dedicaba a asaltar por su cuenta y riesgo a los viajeros, abandonó ese juego. Yo, que hurgaba en los baúles del *han*, también renuncié. En lo que a mí respecta, no me hacía falta aquel crimen excesivo. Desde siempre, mis dos ojos no veían otra cosa que a los fuertes varados en la opulencia y a los débiles doblegados bajo la fusta. Y era a mí, a Ilie, a quien se dirigían todos los que tenían heridas que mostrar. Yo era quien recorría los campos, escuchaba los gemidos y curaba las heridas.

Mi hermano Cosma y nuestra hermana Chira también curaban heridas, pero cuando uno necesita curar su propio sufrimiento, no puede hacer gran cosa por los demás. No se puede tener un pie en el infierno y otro en el paraíso, ni albergar en el alma alegría y dolor al mismo tiempo. Entre dos visitas a las numerosas mujeres que mantenía, Cosma escuchaba las penas de un campesino. Vaciaba sus bolsillos en las manos temblorosas de aquel pobre hombre, le daba la espalda y se olvidaba de él. Chira, vestida y maquillada como la amante de un sultán, salía en su carroza digna del aga, y si algún desdichado le arrancaba unas lágrimas durante el paseo, yo sabía que su pena ante su propio rostro malogrado igualaba a la que le causaba la desgracia del miserable.

Pero las monstruosidades que ocurrían en nuestro *han* los trastornaron a ambos. Chira destrozó su dormitorio, rompió los espejos de Venecia, rasgó sus vestidos. Al llegar padre, espantado, le lanzó sus botes de crema a la cabeza. Cosma se encerró durante tres días en la bodega, atrancó la puerta con barriles, encharcó el suelo con vino, licor y aguardiente. Yo no hice nada. Me fumé mi narguile en el granero. Luego, los tres juntos decidimos matar al obispo, al aga y al boyardo. Chira, enlutada como una beata, nos llamó a su habitación y nos dijo:

—Mirad, he destrozado lo que más quería. No volveré a ponerme ropa de colores ni maquillaje en el rostro hasta que esos tres monstruos estén muertos. Os ayudaré. Si

fuera necesario, tomaréis el camino del bosque. Yo os proveeré de dinero y os seguiré si hace falta.

Cosma, hirviendo de cólera, respondió:

—Y yo juro que no volveré a acariciar a una mujer hasta haber sumergido mi puñal en la sangre de esos tres brutos.

Era tan bonito verlos a ambos al borde de la rebelión que no pude agregar ni una palabra y me sentí tonto. Simplemente fumé de mi narguile otra vez y esperé.

Había que esperar, ya que no se mata a tres señores armados hasta los dientes como se mataría a tres pavos. Pero, si yo podía esperar, mi hermano y mi hermana no. Volvieron al día siguiente para hablar de nuestra venganza:

—Y entonces, Ilie, ¿qué hacemos?

—Esperamos, Cosma, esperamos el momento propicio. Chira, toda de negro, preguntó a su vez:

—¿Y por qué esperar, Ilie?

—Porque, veréis, el obispo, el aga y el boyardo Dumitraki no saben que queremos matarlos, y cuando se enteren no vendrán a ofrecernos su cuello para que se lo cortemos.

—¡Un verdadero fastidio! —dijo Cosma.

—¡Irritante! —completó la hermanita.

Efectivamente, era fastidioso e irritante. A mi pobre hermana no le gustaba la ropa negra, y Cosma no podía permanecer mucho tiempo sin acariciar a sus mujeres.

Me apiadé de ellos.

—Muy bien, queridos míos, retomad vuestras vidas cotidianas. No tenéis que imponeros ayunos, oraciones ni mortificaciones hasta que se haga justicia. Nada es más penoso que lograr el bien ajeno al precio de los sacrificios que uno mismo se impone. Demasiada virtud vuelve el corazón rencoroso, y los corazones rencorosos no conocen la alegría del sacrificio. Volved, pues, a vuestra ley. Yo estoy en mi ley.

Así lo hicieron y se sintieron muy bien. Quien no se sintió bien fui yo. Me quedé, una vez más, solo y triste, mucho más solo y más triste que antes.

Y hubo alguien más que no se sintió bien: padre. Se había dado cuenta de que el dicho rumano «lo que nace de la gata come ratones» no era cierto en su caso. Así que, su primera reacción tras el gesto subversivo de Chira y de Cosma fue buscar un marido severo para la primera. En cuanto a nosotros, lo hizo mejor: nos puso bajo la supervisión de las autoridades. ¡Buen porvenir para tres rebeldes que querían plantar batalla a los fuertes!

Me crucé de brazos ante lo imposible. Ya no había forma de curar las heridas. Los desdichados venían a contar sus penas y pedir ayuda a «Ilie el sabio» e Ilie no podía darles más que las sobras. Reinaba el mal, desde el *poteras* <sup>soldado</sup> más cobarde hasta los *sfetnici* <sup>asesores</sup> del diván. Noche sin astros. Tinieblas llenas de gemidos...

Así conocí la desgracia de no parecerme a mi padre. Fui más desdichado que los esclavos del *beilic*. Cada uno de ellos sufría su propia pena, yo sufría la de todos.

Tenía una hermana que derramaba lágrimas ante el relato de las penas, y un hermano que vaciaba sus bolsillos en las manos temblorosas del oprimido; por desgracia, ella encerraba toda su existencia en sus telas de Asia, él llevaba consigo la fiebre de todos los sementales de la provincia.

No, uno no puede ocuparse de las heridas de los demás mientras tenga que curar sus propias heridas.

Un día, sin embargo, el absceso reventó. Cosma vino a decirme:

—Ilie, ¡vamos a asaltar por la espalda a nuestro padre, quitarle todo su oro! ¿Quieres? Chira sí.

—Sí que quiero, Cosma, pero ¿qué haremos después con ese oro? ¿Mantener yeguas que gesten *raiale* <sup>servidumbres</sup> para el *beilic*? ¿Comprar telas de Asia? ¿Dar algunas limosnas por aquí y por allá? Y luego qué, ¿dejarnos enjaular por el *zapciu* <sup>recaudador</sup>? ¡Estoy harto de todo eso!

—No, Ilie, nada de eso. Yo también estoy harto. Chira también. Padre quiere casarla con un carretero repugnante, con un corazón tan duro como la madera de ébano. ¡Nos haremos todos *haiduci*! Vengaremos a los oprimidos. ¡Y viviremos libres hasta el día en que nos balanceemos en la cuerda de la horca! ¿Quieres, Ilie? Tengo diez hombres listos para seguirnos.

Acepté. Nos abrazamos, nos besamos en nuestras bellas barbas negras. Pero no estuve de acuerdo con que Chira nos siguiera. Tenía que quedarse en la ciudad e informarnos de los planes del enemigo. Llegamos a un acuerdo.

Para asaltar por la espalda a padre y quitarle las llaves del *sănduc* <sup>baúl</sup> donde escondía el oro, había que esperar a que le volviera el dolor de muelas. En esos momentos trastornaba toda la casa, enviaba a los criados en busca de hechiceras que sabían de sahumeros y ungüentos mágicos.

El dolor le volvió un día lluvioso de primavera. Para librar a nuestra hermana de toda sospecha, le aconsejamos que saliera a la calle en cuanto padre se pusiera a gritar. Pero fue a consolarlo. Él la mandó al diablo y la llamó *ceaură* <sup>arpía</sup>. Cuando llegamos nosotros pensó que veníamos con la misma intención y nos gritó:

—¡Desapareced de mi vista, *pezevenghei* <sup>bribones</sup>! ¡No necesito vuestra compasión!

—Es posible —dijo Cosma—, ¡pero nosotros necesitamos tus llaves!

Y según lo dijo, se las quitó del cinturón. Enseguida el dolor de muelas desapareció. Padre se puso en pie. Entonces Cosma se le echó encima con su cuerpo de doscientas libras, lo amordazó y lo ató.

La noche de aquel día inolvidable éramos doce en los matorrales de la Dobruja festejando nuestra ruptura con las leyes que protegen a quienes las hacen. Un zurrón con cuatro *ocale* de oro debía servirnos para empezar una nueva vida.

El oro no cambia el corazón del hombre. No cambió casi nada en nuestras nuevas vidas.

Cosma se dedicó al contrabando, un negocio muy conveniente para quien quiere arriesgar poco y ganar mucho. Pero esa no era una vida de *haiduc*. Cierto que el alivio que llevábamos a los oprimidos hizo popular el nombre de Cosma de una punta a otra del país. Las bolsas de oro se iban con la misma facilidad con la que las conseguíamos. Pero aquello no era más que un remedio pasajero. El mal que sufría el campesino necesitaba algo más que oro para curarse.

Aliviar al hombre afligido es hacer soportable su pena. Cosma no entendía esta verdad. Nuestros compañeros tampoco, a pesar de su gran interés en ver con acierto. Pero ¿qué es un hombre que sufre cuando no siente más que su propio sufrimiento? En cuanto su mal desaparece, desaparece el mal del mundo. Así que nuestra nueva vida no fue sino una repetición de la antigua, con más medios.

Mientras, nuestra hermana permanecía atada al hombre duro que padre le había impuesto. Su primer hijo fue un bruto igual que su padre. Mi hermana renegó de él y lo alejó de sí. Afortunadamente siguió una niña, una Chira *leită* <sup>idéntica</sup> a su madre, y un tercer hijo, un niño. La pobre desdichada se rodeó de una familia de acuerdo a sus propios gustos.

Vivieron la vida que les tocó vivir, sufrieron y fracasaron los tres por no haber querido renunciar a nada.

Sobra decir, por mi parte, que el pasado no me da derecho a llamarme *haiduc*. Fuimos *borfași* <sup>ladrones</sup>. Nuestras venganzas eran mezquinas e interesadas. Sin embargo, llevamos a cabo una proeza, una sola, al principio de nuestra carrera. Nos hizo un gran bien a ojos del pueblo y yo me sentí orgulloso, ya que fui yo quien empujó a Cosma a hacerla. Fue así:

En aquella época los raptos de niños estaban en auge. De todas las desgracias que se cernían sobre la población, este era el crimen que peor soportaba. El campesino aguantaba todas las calamidades con el corazón más o menos herido: impuestos, trabajos pesados, flagelaciones, violaciones... Pero quitarle el trozo inocente de su carne era peor que quitarle la propia vida, sobre todo porque ignoraba la suerte que esperaba al desafortunado. Yo había oído de padres que abandonaban sus chozas y se iban como perros rabiosos en busca de sus hijos y, ellos también, desaparecían para siempre.

En nuestra provincia, el aga de Brăila era el gran *căpcăun* <sup>monstruo</sup>. Su amigo, el obispo de Galați, se deleitaba con él y prefería los chicos a las chicas, mientras que el tercero del grupo, el boyardo Dumitraki Cârnu, tenía, como ya dije, gustos opuestos. Después del festín se embarcaba a las pequeñas víctimas rumbo a Țarigrad. Había madres que se desmayaban implorando misericordia ante las puertas de los poderosos. Se las apartaba como a paquetes molestos.

¿Cómo no hacerse *haiduc*? Yo sentía contra aquellas tres fieras un odio de esos que alegran el corazón ante la muerte. Y entonces un día, dos años después de nuestra ruptura con la ley y con la Iglesia, Chira nos hizo llegar estas palabras: «Esta noche, en casa, los niños derramarán lágrimas de sangre. ¡Sed *haiduci*! Se sabe que estáis lejos y no se os teme».

Efectivamente estábamos muy lejos de Brăila, en los parajes del Babadag turco. Y ya estaba próxima la hora cuando el hombre nos trajo la noticia.

Miré a Cosma a los ojos. Pareció tambalearse. Entonces le ofrecí mi pecho desnudo y grité:

—Golpea, Cosma... Verás salir veneno.

Cosma se levantó, montó en su caballo y exclamó:

—¡Vosotros, *haiduci* ahítos! ¿Quién quiere seguirme durante diez horas sin comer? ¿Quién quiere arriesgar el pellejo por las madres que se arrancan los cabellos?, ¿por los niños que maldicen la vida?

Éramos veinte. Todos estábamos a caballo antes de que Cosma hubiera acabado de hablar. Y a la hora del primer canto de los gallos, tras una dura galopada a través de la maleza y las ciénagas, llegamos al foso que rodea Brăila.

El *han* estaba sumido en el sueño. Ninguna luz, ningún signo de vida. Una lluvia fina, que estaba cayendo desde la víspera, había enaguazado el suelo fangoso. La casa de la desgracia, blanca como la nieve, depositaba una mancha de pureza criminal sobre un fondo de duelo celeste. Las grandes cornisas desplegaban sus alas negras y húmedas, como las de un pájaro de presa monstruoso que cobijara una nidada funesta, mientras que los robustos balcones de madera se alineaban contra el blanco de las murallas como vientres destinados a parir un hormiguero de agas y obispos *căpcăuni* monstruosos.

Nuestro *han* nunca me había parecido tan siniestro. Me estremecí ante la idea de haber venido al mundo y crecido en aquella casa. ¿Sería un caso de justicia divina, la suerte reservada a los hijos y nietos de un padre que quiso hacer felices a los suyos cerrando los ojos a crímenes provechosos?

Tomamos las mayores precauciones. El *han* se situaba en el extremo de la meseta que forma el gran foso semicircular de la ciudad al desembocar en el Danubio, en Karakioi. Dejamos los caballos escondidos en el foso, bajo la custodia de cuatro hombres.

Allí, la pendiente de la meseta es muy pronunciada pero tiene la ventaja de estar cubierta de zarzas y retamas a las que uno puede agarrarse para ascender. Nuestros hombres se emboscaron en los matorrales, escalonados en el terraplén que confina con el muro de la casa. A lo lejos, el puerto dormía. Un turco enamorado cantaba solo y triste sobre el puente de una carabela invisible. Por ese lado no teníamos nada que temer. Por el lado de la ciudad, en cambio, el peligro era grande, ya que las patrullas del aga vigilaban incansablemente mientras su amo se divertía. Por suerte para nuestro cometido, el mal tiempo vino en nuestra ayuda. Los *ceauși* guardias refugiados

en los pórticos tiritaban como perros mojados y soltaban con desgana sus monótonos «hep, hep». Pero Cosma, con su audacia inaudita, fue directamente a conversar con uno de ellos; este lo llevó a otro, y apareció el aguardiente. Bebimos juntos. Luego, solos nosotros dos entre aquellos lobos, seguimos nuestro recorrido por el barrio y reunimos a algunos guardias más, con quienes Cosma se paró a charlar y también a ellos los convidó a beber. Un guardia, esta vez rumano, gritó su consigna no muy lejos de nuestro grupo:

—¡Te veo! ¡Te veo!

Cosma le respondió, en medio de la hilaridad de los *ceauși*.

—¡No ves nada de nada, estoy haciendo caca! ¡Mejor vente a beber un raki, anda!

El hombre salió de su escondite, se unió a nosotros y estuvo riendo y bebiendo. Al cabo de un rato, Cosma empujó con el hombro la puerta en la que estaba apoyado, que era la de la casa de un fiel amigo, y dijo:

—¿No sería mejor si nos calentásemos un poco a cubierto?

Los cinco guardias nos siguieron agradecidos. Estábamos en una gran *tindă* estancia, ante nuestro buen Ibrahim, que nos deseó a todos «salud perpetua». Echó unos troncos a las brasas mortecinas del hogar y nos ofreció taburetes, así como una larga *rogojină* esterilla para quien quisiera recostarse.

El aguardiente y el calor pusieron peso en los párpados. Los ronquidos iniciaron su sinfonía, la más sincera de la vida.

Nos escabullimos. Los gallos cantaban por segunda vez.

Para nuestra desgracia, nos vimos obligados a matar a nuestro propio portero, un criado que nos había visto nacer, pero la culpa fue solo suya. Cosma había llamado al portón. El portero abrió con el farolillo en la mano. Le lanzamos una *ghebă* túnica por la cabeza y le aconsejamos que se callara y se dejara atar. Se negó, forcejeó. A duras penas pudimos impedir que gritara. Entonces Cosma, furioso, lo apuñaló.

—Ni siquiera sabemos si la orgía está celebrándose o si se desconvocó —dijo mi hermano afligido—. Tal vez este crimen sea inútil.

No lo fue. Mucho más atroces eran los crímenes que estaban ocurriendo dentro de la casa que custodiaba el fiel portero. En el momento en que, tristemente, estábamos ajustando cuentas con el conserje, dos feroces agentes del aga caían en manos de nuestros hombres apostados en la entrada de servicio, al lado opuesto de la entrada principal, que cerramos con llave para mayor seguridad. Esos dos *lefegii* reclutas del prefecto ya estaban muertos cuando llegamos. Hecho lamentable, ya que hubiéramos querido primero sonsacarles información sobre lo que ocurría en el interior. Un tercer energúmeno de aquellos no tardó en contentarnos. Lo arrastramos a las zarzas y lo interrogamos. Era un griego de Janina que pretendía no hablar más que griego. Por él supimos que el aga también era de Janina. No nos entendíamos bien, pero Cosma se negaba a creer que aquel reptil ignorara el turco o el griego vulgar. Los filos de nuestros machetes le dieron la razón. El tipejo de pronto sabía hablar perfectamente en turco, y sus revelaciones nos pusieron los pelos de punta bajo los gorros.

Arriba, nos refirió, la ceremonia ominosa llegaba a su fin. Una niña y dos niños yacían desmayados en el suelo de madera. El aga, el obispo y el boyardo Dumitraki, borrachos como cubas, habían mandado llamar a su carruaje para irse a dormir a la prefectura. Todavía quedaban tres criados, encargados de llevarse a las tres víctimas una vez se hubieran ido los amos.

A cambio de sus confesiones, el antiguo pastor de Janina imploró indulgencia:

—Yo no hice nada... Solo hago lo que me ordenan. Como tantos otros, yo también vine a Valaquia para probar suerte. En nuestra tierra se dice que en este país un vendedor de limonadas puede convertirse en un pachá, siempre y cuando...

—Siempre y cuando consienta en ahogar los gritos de los niños mientras los agas les desgarran el cuerpo, ¿no es así? —pregunté agarrándole el cuello.

Aquel fue el primer canalla al que mis manos disfrutaron estrangulando.

Tuvimos que esperar pacientemente para capturar a la presa. Ya no bajaba nadie. Si allanábamos la casa corríamos el riesgo de despertar a un ejército de criados y entablar una batalla, tal vez tener que enfrentarnos a la *poterã* al completo. Sabíamos que la orgía cesaría antes del alba; los monstruos nunca se acostaban en el *han*, donde todo rastro del crimen quedaba borrado por la mañana. Había que permitir entonces que el siguiente enviado fuera a buscar la carroza.

Nos retiramos a los matorrales, desde donde podíamos vigilar la pequeña puerta de servicio situada a treinta pasos. Durante más de una hora, el frío de aquella noche de abril nos heló la sangre en las venas. Por fin, salió un hombre y desapareció, como atolondrado. ¿Iría a buscar el coche?, ¿o quizá sus patrones, desconfiados, le habrían ordenado avisar a los guardias? Fuera lo que fuese, decidimos abrir fuego, por más que pudieran llegar fuerzas considerables.

Nuestros temores resultaron en parte fundados. Una escolta de diez o doce arcabuceros a caballo se paró delante de la puerta. Rodearon el carruaje a toda velocidad. Respiramos, aliviados, y nos situamos en nuestros puestos. Los segundos nos parecieron larguísimos. Y entonces aparecieron los tres sátiros, uno tras otro, tres gigantes de podredumbre informe, envueltos en sus *șube* <sup>pellizas</sup>, arrastrándose torpemente con ayuda de la servidumbre. La portezuela se cerró tras el último, y nuestra cuadrilla estaba lista para ponerse en marcha en el momento mismo en que centenares de gallos colmaban el alba con sus cantos ininterrumpidos.

Como un único hombre, nos abalanzamos sobre el borde de la meseta. Seis arcabuzazos retumbaron, y otros dieciséis disparos de pistola acabaron de aniquilar a tres cuartos de nuestra banda, mientras el carruaje describía un brusco semicírculo y volcaba al chocar contra un árbol. En la noche, salpicada de blancura por el levante, dos *lefegii* a caballo y un hombre a pie corrían a toda velocidad. Los demás yacían sobre el suelo, muertos o heridos. Su santidad el obispo, el poderoso aga y el «valiente» *sfetnic* del diván, Dumitraki Cârnu, fueron arrancados sin contemplaciones del coche y de su ebriedad. Les pusimos tres nudos corredizos alrededor del cuello, y

allí estábamos, culpables y justicieros, rodando cuesta abajo, con el objetivo de llegar cuanto antes a nuestros caballos.

¡Vosotros, padres dolientes, niños que tembláis entre las faldas de vuestras madres! ¡Y vosotros también, *căpcăuni* monstruos que mancháis el rostro que Dios dio al hombre! ¡Venid, corred a ver la carga ponzoñosa de estos *haiduci* que barren la orilla empantanada del Danubio arrastrando tras los cascos de sus caballos a tres de los amos de la tierra! ¡Salid, campesinos, de vuestras cabañas, y vosotros, verdugos, salid de vuestras doradas alcobas! Mirad a estos tres hombres desmembrados con los ojos, las bocas y las orejas llenas de barro...

¡Venganza! ¡Bendita seas por las buenas acciones que inspiras en los corazones de los *haiduci*!

Así terminó Ilie su relato.

Respondió a los aplausos de los compañeros con una inclinación ante Floarea Codrilor, tomó su *căciulă* boina y se cubrió. Su rostro ya no era el de un mártir.

## Spilca el monje

—Te cedo la palabra, Spilca. ¡Levanta el velo que te oculta a nuestros ojos, abre tu corazón con franqueza y cuéntanos tu vida, tus alegrías, tus sufrimientos, tus odios!

La invitación de Floarea Codrilor pareció tomar de improviso a Spilca. Dio un respingo como le ocurre al hombre púdico cuando oye una obscenidad. Sus ojos redondos, color de acero, afrontaron con valentía las miradas que se habían dirigido hacia él, pero no fue más que un instante, enseguida su cabeza se dirigió hacia la entrada de la gruta en un gesto de ansiedad y desdén. Durante un buen rato, su pensamiento pareció detenerse en el exterior solitario y brumoso, mientras que su torso vigoroso, cubierto de harapos monacales, aparentemente dejó de respirar. Sus manos apoyadas sobre las rodillas permanecían inmóviles. Piernas y pies, burdamente ocultos en el revoltijo de las *obiele* <sup>gamuzas</sup> y las *opinci* <sup>alpargatas</sup>, inmóviles también. Spilca había abandonado su ser material. Solo su perfil musculoso, limpio, con la barba pelirroja bien peinada y su cráneo descubierto aparecían plenos de vida; solo su cabeza, iluminada a medias, traicionaba el dilema que se libraba en su alma.

Luego mostró lentamente su cara a la capitana. Sus labios carnosos se movieron, pero estaban resecos; la garganta, confusa, articuló algo incomprensible. Esto pareció molestar al monje *haiduc*. Se humedeció con dignidad los labios, y habló con firmeza:

## Relato de Spilca el monje

Antes de ser Spilca el monje, yo había sido un valeroso *plutaș* <sup>barquero</sup> en el Bistrița. Entonces todavía no estaba calvo. Una hermosa chica cabellera rubia se derramaba por mis anchos hombros, los mismos que aún conservo. No tenía barba. Mi cara era la de un joven virgen. Mis ojos no se cerraban con tristeza ante la aparición de ningún recuerdo. Mis labios sabían reír sin temor. Yo era Spilca el *plutaș*.

Desde el lugar donde el Bistrița resulta ya navegable en balsa hasta la desembocadura, las orillas moldavas me eran tan familiares como mis dedos. El Bistrița, río orgulloso y salvaje como la princesa envidiada por el Prut y el Siret, era mi amante. Su cauce, una cuna inconstante, lleno de escollos. Sus riberas, dos esteras onduladas, ricas en sorpresas. El primero exaspera a la amante, le hace muescas en el cuerpo. Las riberas se acercan, a menudo amenazantes, lo estrechan, lo estrangulan, le arrancan gritos. Luego, de común acuerdo, los tres lo dejan. Y entonces el río más bello de Moldavia, uno de los más bellos del mundo, se despliega a su gusto, se contempla en un cielo digno de él, sonrío graciosamente a las gentes.

Spilca el *plutaș* audaz vivía la vida de su amante: así avanzara encajonado o desgarrado, yo me defendía con él en el vértigo de la corriente y aullábamos juntos; y cuando estaba *liberado*, tranquilo, contemplábamos el firmamento azul, desentumecíamos nuestros miembros al sol y aquí y allá, en pos de nuestro destino, disfrutábamos de lo que ocurría a nuestro alrededor.

¡A nuestro alrededor, un país bendecido por el Señor, la tierra prometida! El alma del *plutaș* siempre está dispuesta a maravillarse, ya sea con las gargantas abruptas y sombrías donde el pincel del crepúsculo dibuja matices visibles, o con el paisaje que se amplía en un decorado deslumbrante de luz, rico en prados y rebaños, antes del horizonte de colinas, bosques. Es la alegría que se siente cuando uno baja la corriente. Al remontar el país en compañía de los carreteros, mi corazón experimentaba otra clase de alegría que nada tenía que envidiar a la primera. La madera ya estaba entregada, el oro en mi bolsa, la salud perfecta, ganas de avanzar, de beber, de comer, de dormir. ¿Qué más necesita el hombre?

¡Ay, pobre Spilca! ¿Por qué no te agarraste a aquella felicidad?

No lo hice. No pude. No se puede.

En las riberas del transparente Bistrița había muchachas que blanqueaban el lino y cantaban a pleno pulmón amores vividos y no vividos. Siempre había habido lavanderas, pero yo no las había visto más que con ojos de muchacho inocente, seres

humanos que llevaban falda en lugar de pantalón. Eso era todo. Eso fue todo durante largos años. Yo las llamaba mientras conducía lentamente la balsa río abajo. La mayor parte respondían. Otras permanecían sombrías. Y yo pasaba. Un día, ya no pasé.

Tenía casi veinticinco años. Buen ánimo. Músculos y salud de toro. Como vivía sobre el agua, podía beber vino, comer dos *ocale* de carne al día y mover árboles gigantes. Mi nariz no soportaba ningún olor que no fuera el de los bosques.

Un día, un grupo de muchachas me llamaron ellas primero. Me dije: «¡Vamos, Spilca, veamos de cerca esas cosas!». Y di un timonazo que envió mi balsa contra la orilla. Las muchachas se escaparon con sus telas o la lana que estaban blanqueando, todas menos una, que apenas levantaba un palmo del suelo. Pero era «algo» tan nuevo para mis ojos que no me cansaba de mirarla. Se había levantado: piernas desnudas, falda corta, camisa blanca que cerró con sus dos manos sobre el pecho, cabeza rubia, pequeña, y ojos azules, grandes, profundos, con largas pestañas como alas de mariposa, un mundo de novedades reunidas en mi Sultana.

Me consideró sin miedo, con honestidad, lo que me gustó:

—No vienes a hacernos daño; eres de los nuestros.

—¿Haceros daño? ¡Claro que no! Me habéis llamado; yo he venido.

Sultana sonrió:

—Te gritaron, sin más, por bromear, ¡nos aburrimos solas!

—¿Tú también has gritado?

—No, yo no, pero yo te conozco desde el verano pasado, no creo que seas malo.

Por eso me he quedado.

—¿Malo?

—Hay muchos, casi todos.

—¿También *plutaşi* barqueros?

—Sí.

—Entonces me voy. Solo dime tu nombre.

—Me llamo Sultana.

—Yo, Spilca. ¿Y por qué crees que yo no soy malo, Sultana?

—Porque siempre sigues tu camino y no haces caso a los gritos de las mujeres.

Esta respuesta me gustó mucho. No dije nada más, me di impulso en la orilla y retomé la corriente mientras ella me sonreía.

En cuanto me fui, ya no volví a ser el mismo hombre. Uno ya no vuelve a ser el mismo desde el momento en que un pensamiento ocupa su mente. Mi vida era tranquila: un árbol en el que no se mueve ni una hoja. Ahora, un viento inesperado se había puesto a soplar, y el aspecto del Bistrița cambió por completo: yo ya no veía el mundo sino a través de una imagen. La belleza no perdió su brillo, pero a mí se me coló en los ojos una mirada que no era la mía.

No sufría. Hasta entonces nunca había sabido lo que es el mal de amor que atormenta el corazón. Amaba a Sultana como el niño que ama un pájaro enjaulado,

entregándole todos sus pensamientos. Aquella cosa frágil, que osaba enfrentarse sola a un bruto que había lanzado su balsa contra la orilla, me conquistó por completo. Ella sabía que yo no era malo. Estaba segura de que no le haría daño. La fuerza de sus ojos se había medido con la fuerza de mis músculos y había salido victoriosa. Pensaba en Sultana y en nada más. ¿Acaso es poca cosa pensar sin amar y sin sufrir? Quizá para los demás, para aquellos que aman y sufren con facilidad. Para mí fue algo nuevo. Me conmovió. En cuanto nos separamos quise volver a verla y aquel deseo disipaba todos los demás deseos, me obsesionaba, aniquiló mis hábitos. Ya no me levantaba cantando, sino pensando en Sultana. Ya no veía árboles, animales, horizontes: Sultana los reemplazaba. Río arriba o abajo, siguiendo la corriente o remontando la región, todo me era igualmente indiferente. De todo este grande y bello mundo, solo un punto me interesaba: el país de Sultana. Y, algo que yo nunca había conocido, mi memoria se nubló de repente: empecé a olvidarme de mis asuntos, lo que suponía un problema para mí y para los demás.

Spilca ya no era un hombre libre.

Durante algunas semanas esperé que esos ojos azules y sinceros me dejaran tranquilo. No ocurrió. Esa mujer rubia me persiguió con detalles todavía más finos. Entonces me dije: «Pues vaya, Spilca, no podemos huir de nuestro destino. Todo hombre debe tropezar, algún día, con la piedra que lo desviará del camino. Vamos a encontrar esa piedra. Veremos luego lo que quiere hacer de ti».

Así fue como al final de aquel verano, el día de la fiesta de Santa María, me puse mi ropa de los domingos y me fui a dar una vuelta por el pueblito de Sultana. Un pueblo de montaña agazapado en el hueco entre dos colinas y atravesado por un riachuelo. No muy lejos, bosques de pinos centenarios. Las casitas, todas blancas con ventanas azul ultramar, esparcidas como margaritas. Aunque limpias, alegres, recién encaladas, sus tejados de tablones podridos y cubiertos de musgo delataban la indigencia del campesino. No me sorprendió. Eran los tiempos siniestros de esclavitud y miseria que acompañaron el fin de la ocupación turca. Y a pesar de todo, las poblaciones protegidas por las montañas eran las que menos habían sufrido el expolio. El único que se salvaba del *beilic* <sup>trabajo forzado</sup>, del látigo y de los impuestos onerosos era el hombre que podía prescindir de sus semejantes, que vivía apartado en la montaña en compañía de los osos.

Llegué en el momento del servicio religioso. Todo el mundo estaba en la iglesia. Fui y recé como el buen cristiano que siempre he sido. Me hizo bien. El cura y el diácono leían, cada uno en su atril, y salmodiaban con entusiasmo, con fe, en medio de un silencio absoluto.

No podía examinar a los asistentes, pues me había quedado a las puertas de la iglesia abarrotada. En cambio, a la salida, me encontraba en el lugar idóneo para descubrir la imagen deseada. Sultana estaba con una pequeña anciana que yo supuse que sería su madre, iba modestamente vestida con una blusa y una falda blancas, ceñidas con una *catrință* <sup>saya</sup> de paño negro escasamente bordada. Cuando pasó a mi

lado, la saludé con la cabeza, un poco turbado. Me respondió sin sorpresa, sin emoción, con honestidad y una calma sincera.

La presencia de un extranjero en una población pequeña siempre es llamativa. Nos vieron saludarnos. Y eso fue suficiente para suscitar los cuchicheos, las miraditas, los chismorreos, en el umbral mismo de la casa de Dios. Aquello hirió la pureza de mis intenciones y me obligó a tomar partido. Decisión rápida: iría a pedir a Sultana en matrimonio. De todas formas, un accidente así era esperable en un hombre joven como yo. ¡Que así sea!

Me puse a seguir a las dos mujeres. Salieron del pueblo, subieron una cuesta y entraron en una casa situada en mitad de la colina, a espaldas de la montaña. Durante el trayecto, ninguna de las dos miró hacia atrás. Su honestidad me inspiró confianza. Subí y llamé a la puerta. Abrió Sultana.

No se sorprendió al verme, lo que me desconcertó. Como a orillas del Bistrița, dos meses antes, se mantuvo erguida y me hizo casi la misma pregunta:

—¡Buenos días, Spilca! ¿Qué te trae por nuestra casa? Si tus pensamientos son honestos, ¡entra!

—Juro por Dios que son honestos, Sultana: vengo a preguntarte si quieres hacer de Spilca tu marido...

Entonces vi el rubor en sus mejillas:

—Entra... ¡No se pide a una chica en matrimonio en el umbral de la puerta!

Luego, gritando fuerte a la vieja:

—¡Tía! Es un *voinic* valiente del Bistrița, Spilca el *plutaș*.

La tía me valoró con una mirada alelada y me invitó a sentarme.

—Mi tía es sorda —me dijo Sultana— y está regresando «a la razón de la infancia». No te será fácil hablar con ella. La pobre es viuda desde hace mucho, y hace ahora tres años que vio morir a su único hijo en una trifulca. Un tema de celos. Ese chico era toda su vida, el único apoyo de su vejez. Entonces vendió su casa y se vino a vivir con nosotros; en aquel momento yo todavía tenía a mi padre y a mi madre. Murieron al año siguiente. Desde entonces, estamos solas. Vivimos de nuestros brazos, mal que bien. Ya ves, Spilca, que no hay mucha alegría en esta casa... Y esto no es todo.

No pude responder nada. Me había contado aquellas cosas «poco alegres» casi sonriendo. No tenía ante mí a una chica tímida, reservada, semejante a las otras; sino un alma varonil, robustecida por la desgracia. Y aun así, tierna.

De un vistazo, al entrar, había descubierto un interior ordenado. No uno de esos habitáculos campesinos que, cuando no son caballerizas, hacen gala de una limpieza hostil, con un orden severo, que incomoda al visitante. Las dos habitaciones que comunicaban con la gran *tindă* central donde la familia campesina hace toda la vida tenían las puertas abiertas. Camas amplias y altas, cada una con su cubrecama a rayas, donde el *borangic* hilo amarillo se entreveraba con los blancos y el ancho encaje llegaba casi hasta el suelo. A la cabecera de cada cama, un *sendăc* baúl pintado

primitivamente sepultado bajo una montaña de mantas, sábanas, almohadas. Por todas partes, contra la pared de las camas, almohadones bordados, tapices de lana, pesados, llenos de dibujos multicolores. En el suelo, más tapices, pero de inferior calidad. Un gran espejo en cada habitación apoyado en una mesa de madera blanca cubierta de manteles tejidos como los cubrecamas. Sillas de madera barnizada. Grabados representando diversas escenas rústicas. Iconos adornados con albahaca en las esquinas, cada uno con su lamparilla de aceite encendida. Los iconos, los cuadros y los espejos estaban decorados con cortinas y entredoses, adornados con puntillas, imponentes por la complicación del trabajo y la abundancia de seda cruda. En las ventanas, cortinas de lino, casi tan bonitas como los tapetes. Y en cada una de las dos espaciosas habitaciones, un telar en marcha.

En el hogar de Sultana había lo que en cualquiera de nuestras casas campesinas donde no haya entrado la miseria. Nada más. Pero todo, cada adorno, llevaba la marca de una mano que le daba un aire de dulzura, de intimidad, algo difícil de encontrar en nuestros hogares rurales, donde el aspecto de las habitaciones limpias paraliza al invitado, donde todo suscita incomodidad, temor a molestar.

Me sentí cómodo, como en otro tiempo lo estuviera en casa de mis padres, que murieron cuando yo aún era un niño. Y no me resistí al impulso de decirle a Sultana lo que pensaba:

—Sultana, lo único que falta aquí es un brazo fuerte de *voinic*. Acéptalo, ¡y todo será alegría!

Me miró fijamente a los ojos, una mirada que me escudriñó las entrañas, pero me mantuve firme pues mi pensamiento era sincero.

—Spilca —me dijo ella con voz clara—, nuestros males no se limitan a lo poco que acabo de contarte y que son asuntos del pasado. Hay más. No quisiera contártelo. ¿Para qué? Los que como tú quisieron antes casarse conmigo lo supieron y no hicieron más avances. Más vale ceder ante el destino.

Me quedé un poco pensativo: «Dios mío —pensaba—, ¿qué será? A la pobre la engañó alguien que se rio de ella y la abandonó. Tal vez incluso le quedó un bebé en brazos. ¿Y luego?». Dije:

—No, Sultana, no me creas tan poco humano. Lo sé: el mundo se ensaña con las mujeres jóvenes. Pero yo no pienso como todo el mundo. Si ahí reside tu falta, el obstáculo que impide a los demás casarse contigo, podemos concertar nuestro compromiso de hoy en ocho días, siempre que tú lo desees tanto como yo.

Ante estas palabras, la vi enderezarse en su silla. Sus ojos brillantes parpadearon con rapidez:

—Spilca, tus sospechas son injustas: no soy culpable de nada, no tengo nada que reprocharme. Con veintidós años todavía me conservo tal como mi madre me hizo. El mal es mayor que si yo fuera lo que tú supones, mayor incluso que si tuviera un «hijo de las flores».

Esperé a que me dijera cuál era ese mal, pero calló, sin dejar de mirarme con su mirada franca, límpida como el cielo de agosto.

La tía vino a llamarnos para comer. Sultana le cogió la mano y le gritó muy cerca:

—¡Tía! Spilca me pide en matrimonio, ¿tú qué dices? Con la espalda encorvada, el cabello blanco, el rostro azotado por la varicela, la vieja me observó un instante con gesto piadoso y respondió:

—¡Qué lástima...! Pobre chico... No hay nada que hacer... ¿Quién se atrevería a interponerse en el camino del *logofăt* <sup>capataz</sup>?

—¿Quién es el *logofăt*? —pregunté—. ¿Y qué ocurre con él?

Ante esta pregunta, la cara de Sultana se cubrió de amargura, su mirada se empañó. Enmarcada en los cabellos alisados hacia atrás y recogidos en una sola trenza, su frente blanca, serena, palideció:

—Es el *logofăt* Costache —dijo ella angustiada—, tal vez hayas oído hablar de su crueldad, de sus abusos. Dependemos de él como todos los demás, puede dejarnos vivir o matarnos a su antojo. Y la joven que atrae su atención no puede escaparse de él. Solo le resta elegir entre su deshonor o la ruina de su familia. Desde hace dos años, tengo la desgracia de gustar a ese bruto. Y desde entonces ya no ha habido descanso. Hasta ahora he conseguido defenderme, pero el peligro está por encima de mis fuerzas, ese hombre no tiene corazón ni vergüenza. Es nuestro amo. Un día de estos, a mí también me tocará escoger. Y mi elección está hecha. Durante un tiempo albergué la esperanza de que un marido me protegería. Pero nadie se atreve a enfrentarse al tirano. Me he convertido en una *pacoste* <sup>calamidad</sup>. Y los que, como tú, han venido de lejos con la intención de casarse conmigo y llevarme a su país han tenido que enfrentarse a otra desgracia: mi tía se niega a seguirme. Tiene a todos sus muertos enterrados aquí y quiere descansar entre ellos. Ahora, Spilca, ya lo sabes todo, no hace falta que conozcas los detalles del horror. Agradezco tus buenas intenciones. Habrían podido ser mi salvación. Pero, tal como acaba de decir la tía, no hay nada que hacer. Yo significaría tu desgracia. ¿Y para qué obstinarse cuando, como te digo, no serviría para nada? Debo expiar alguna falta. Pues bien, la expiaré.

Los escollos que el destino sitúa en este mar que es nuestra vida han llevado a algunos hombres a vivir en pequeñas embarcaciones que navegan prudentemente cerca de las costas. Spilca (Spilca el *plutaș* del Bistrița) conocía los escollos y no los temía. Antes que morir ahogado en un charco, prefería que lo despedazaran las olas.

La forma de morir no me es indiferente. Tengo mis preferencias. Así que, sin pensarlo demasiado, el domingo siguiente por la tarde fui a enfrentarme con el escollo que tantos *voinici* <sup>valientes</sup> temían.

La orgullosa *horă* <sup>danza</sup> moldava marcaba su cadencia al son de los tres instrumentos zíngaros. Una treintena de chicas jóvenes, entre ellas Sultana. Una

veintena de muchachos. Sudaban porque el sol resplandecía, pero eso no detenía a los bailarines. Se cogían de los meñiques (para mayor decencia y satisfacción de los padres vigilantes) e intercambiaban entre sí pañuelos bordados. El bello círculo se lanza hacia el centro. Un *voinic* <sup>muchacho</sup> grita: «¡En el sitio! ¡En el sitio!». Los pies pequeños y los grandes golpean el suelo como una granizada, las rudas zarpas alzan las manitas hacia las cabezas, las bajan hasta las rodillas; luego, el círculo se deshace con un impulso que aleja los cuerpos, estira los brazos, y entonces la guirnalda humana se desplaza unos pasos rápidamente hacia la derecha, vuelve sobre su izquierda. ¡Los pies golpean en el sitio, en el sitio! Una bocanada de aire y vuelta a empezar. Es la *horă* rumana. Para disfrutarla hay que ser rumano y campesino. No es complicada pero sí rica en vida generosa. También en colorido, más que el arcoíris. Pañoletas de *borangic* amarillo o blanco, según la especie de gusano que se críe con cuidados maternos. Blusas y faldas de lino, blanco como la nieve. Delantales de terciopelo o de lana negra. Y bordados y encajes que han visto lágrimas, que han escuchado suspiros. Tampoco faltan las risas y las canciones porque es agradable pasar de las lágrimas a la risa.

Bella o no, la joven de la *horă* siempre resulta agradable a ojos de los muchachos. Saben que está ahí para buscar marido, mientras que ellos van más bien para buscar una mujer, pocas veces a la esposa. Por eso la gran atención que prestan las madres de las chiquillas a los gestos y cuchicheos. Los chicos son conscientes de esta vigilancia, que explica el pañuelo que separa las manos, satisface a los padres y en realidad no sirve para nada, más que para hacer aún más violento el deseo.

Vestidos con *zăbun* <sup>abrigo</sup> bordado, *ițari* <sup>calzas</sup> blancas ceñidas a los muslos, calzados con *iminei* <sup>escarpines</sup> lustrados y cubiertos con sombrero de fieltro de ala ancha y cintas tricolores, los chicos están, ante todo, orgullosos de su sexo; son *barbați* <sup>hombres</sup> y se creen *voinici*. Esto gusta mucho a las chicas, que solo se creen guapas. A la sinceridad prudente, un poco astuta, de ellas, ellos responden con promesas imprudentes, categóricas, que no les cuesta nada hacer. Si funcionan, mejor que mejor. Si no, se doblegan ante la ley, se someten al yugo, fundan un hogar y se convierten en guardianes intransigentes de las costumbres, sobre todo cuando son padres de chicas jóvenes que van a la *horă* a buscar marido.

La *horă* siempre se hace cerca de una *cărciumă* <sup>taberna</sup>. Y es lógico, la cosa se anima, hay que beber algo. Se bebe por sed o por fanfarronería, pero siempre se bebe. Y mientras uno bebe, conversa, para decir algo o también para fanfarronear. Solo los ancianos, con sus cabelleras de nieve, se sientan a la sombra de un nogal secular y beben por nostalgia, conversan por afecto y contemplan, con mirada distante, las agitaciones de una vida que ya no los apasiona.

Cuando llegué, me encontré todo eso. Enseguida comprendí, por las miradas fisgonas, que en el pueblo se había divulgado la noticia de mi noviazgo con Sultana. Para confirmar el rumor, fui a saludar a mi futura prometida y a su tía, y después, solo

en una mesa aislada bajo los ciruelos, pedí una oca de vino y asistí tranquilamente a la danza y a las conversaciones de los bebedores de la barra.

Me encontraba lo bastante lejos de estos últimos como para que, con el bullicio además de la *horă*, pudieran prestarme atención, pero lo bastante cerca como para que una parte de sus conversaciones llegase a mis oídos. Sus comentarios no eran muy malintencionados conmigo. Unos decían: «Seguro que viene», «Él lo sabe». Ese «él» era el *logofăt* Costache, mi escollo, el terror de la región. Yo pensaba: «¡Que venga!».

Y vino. El galope de un caballo levantó una nube de polvo en el camino y estremeció a la concurrencia. Las cabezas, tanto las de los bebedores como las de los bailarines y los zíngaros, se volvieron inmediatamente, las miradas ansiosas, hacia el jinete que, metiéndose en la *horă*, puso su caballo a paso de *buiestru* <sup>ambladura</sup>. Todos admiraron al animal. Yo lo admiré, desde luego. Era un corcel digno de un amo mejor.

Bajo, moreno, de movimientos nerviosos como el mercurio, el jinete arrojó las bridas sobre el tocón de una acacia y se precipitó entre la juventud delante de la *cărciumă*. Todos los sombreros lo saludaron. Un grupo de sus favoritos lo rodeó sin dilación y lo puso al corriente de mi presencia. Entonces yo me volví para mirarlo a la cara, sin miedo. Yo quería jugar limpio.

El *logofăt*, encabritado sobre sus piernas flacas, escuchó lo que le contaban distraídamente, sin pronunciar palabra. Cada tanto, me echaba ojeadas furtivas; luego, de repente, oí una provocación dirigida hacia mí, con voz ronca:

—¡Hay que romperles las corvas a los extranjeros vagabundos!

Por toda respuesta a ese desafío directo, me dirigí hacia la *horă*, que acababa de recomenzar, separé a Sultana de la amiga que le daba la mano y me puse a bailar entre las dos chicas. Era lo correcto, lo que hizo el *logofăt* lo fue menos.

Es sabido que un chico, al entrar en la *horă*, nunca debe separar a otro de la mano de una chica que lo haya aceptado. A falta de lugar entre dos chicas, solo puede entrar entre dos hombres. Es una regla absoluta, respetada siempre que no se busque pelea. Al *logofăt* Costache le pareció bien contravenirla ante la estupefacción general. Cuando menos me lo esperaba, una mano me agarró de la muñeca por detrás, del lado de Sultana. Me di la vuelta. El corro se detuvo. Los zíngaros callaron. Pálido, ante mí, el reptil me miró de arriba abajo con mirada de odio y voz sofocada:

—¿Me permites que entre?

—Entra en otra parte.

—Quiero aquí.

—¡Si quieres aquí, toma!

Un rodillazo en el estómago lo hizo caer al suelo. Con un gemido de animal degollado, el valiente cayó desvanecido. Nadie fue a socorrerlo. La pista se vació. Las mujeres huyeron. Un viejo gritó:

—¡Se va a montar una gorda!

Les grité a los músicos:

—¡Hasta el próximo domingo! ¡Os contrato para tocar en mi fiesta de compromiso con Sultana!

Y tomé el camino a casa de mi novia. Una madre con su hijo se santiguó y exclamó:

—¡Que el Señor nos guarde de la desgracia!

Durante toda aquella semana ciertamente no hubo en el Bistrița un *plutaș* más feliz que Spilca. El *logofăt* no había vuelto a aparecer por el pueblo. Todas las tardes yo iba a pasar algunas horas con Sultana, y todas las tardes se separaba de mí diciéndome:

—Spilca, yo no creo en la felicidad con la que soñamos... Ese perro no nos lo permitirá... Creo que una maldición pesa sobre mis espaldas...

La llevaba grabada en mis ojos, sumergía mi mirada en el azul límpido de sus iris brillantes, besaba su frente pura y me iba:

—¡Quédate tranquila, Sultana! Convenceremos a la tía para que nos siga lejos de aquí, hasta el distrito de Suceava, donde está mi casa. Allí seremos felices.

Ella sonreía con tristeza:

—No conoces la influencia de los muertos sobre los vivos que los han enterrado... La tía se dejará quemar viva antes que abandonar su cementerio.

El domingo de nuestra fiesta de compromiso, el tabernero suprimió la *horă* por temor al escándalo. Fui, después de vísperas, a ver a los zíngaros para decirles que se quedaran cerca para la cena íntima que sigue a la ceremonia de intercambio de alianzas con el cura. Me recibieron con bastante amabilidad. Los jóvenes del pueblo bebían y conversaban sin ganas. Algunos se quedaron apartados, pero otros vinieron a decirme en voz baja que todo el distrito se alegraba de la lección que había recibido el perro...

—Te tiene miedo. Vosotros, los *plutași* y los leñadores, sois un gremio fuerte de hombres libres, mientras que nosotros estamos oprimidos. Vuestra vida dura, salvaje, os protege del expolio y del látigo. Nosotros..., nosotros llevamos el collar al cuello. En primavera, nos consideramos felices sí el *logofăt* quiere darnos una hectárea de tierra para nuestras semillas, si no, trabajamos por un jornal, y siempre para él. Por eso nadie se atreve a contrariarlo. Nuestras chicas más bonitas pasan primero por sus manos. Luego, somos nosotros los que nos casamos con ellas, a veces cuando él ya les ha llenado el vientre.

Por la noche, delante de las dos mesas que se juntaron y cubrieron con un mantel reluciente, a una decena de parientes y amigos, además de al viejo cura, se les saltaban las lágrimas cuando abrí la caja que contenía mis regalos de compromiso. La *beteală*<sup>diadema</sup>, una *beteală* de treinta bobinas, fluía como un arroyo de fuego en torno al pequeño tesoro que recibí en herencia de mi pobre madre y que estaba compuesto por un par de pendientes con diamantes, dos anillos preciosos, dos

brazales con incrustaciones de rubíes y zafiros y, por encima de todo, la famosa *salbã* <sup>cadena</sup> para el cuello, que tenía tres grandes dos ducados imperiales austríacos, cuatro ducados venecianos, cuatro *poli*, seis libras turcas y diez *galbeni*<sup>18</sup>. Todos los asistentes se emocionaron, excepto la tía, que pensaba en sus queridos muertos, y mi novia, que no creía en el sueño de nuestra felicidad. Vestida de blanco, su mirada se fijaba alternativamente en la caja de regalos y en mis ojos risueños, como la de una paloma mal domesticada. Todos se esforzaron en ahuyentar sus malos presentimientos. El cura pronunció una plegaria apasionada y bendijo nuestro proyecto de unión. En la cena, bromeamos. Los zingaros tocaron e hicieron chanzas. La madrina obligó a Sultana a enseñar su ajuar. Ella lo hizo con gesto maquinal. Las robustas mujeres se abalanzaron sobre los *sandâcuri* <sup>baúles</sup>: camisas y camiones bordados, toallas, fundas de almohada, sábanas, manteles, que se sacaron y desparramaron por la habitación. Sultana a duras penas tuvo la bondad de sonreír de vez en cuando.

Hacia la medianoche, al irme, le pregunté a mi prometida:

—Sultana, ¿por qué todas esas ideas negras?

—No son ideas negras, Spilca, sé que te traeré la desgracia. Lo veo venir.

La abracé con fuerza contra mi pecho. Ella se acurrucó, tierna. Lina lágrima ardiente me resbaló por la mano. Luego, la brisa perfumada por el aroma de pinos y la noche tibia de ese fin de agosto envolvieron mi camino.

La segunda quincena de septiembre ya anunciaba a los pobres que el invierno iba a ser precoz y duro. Una tarde fría, lluviosa, llegué a una pedanía situada a diez kilómetros del pueblo de mi prometida. Ardía en deseos de volver a verla después de una ausencia de seis días. Iba cargado con todo tipo de compras para la boda, fijada para el primer domingo de octubre. Durante el transcurso de ese mes, Sultana no había cambiado de actitud. Prudencia, severidad, desánimo, casi frialdad en todas sus acciones. Si no hubiera estado seguro de su sinceridad y su afecto, la habría acusado de indiferencia. Pero yo sabía que sufría. No malgastó ni una palabra para intentar convencer a la vieja de que dejara la región. Todos mis esfuerzos con la tía fueron en vano: la infeliz, obstinadamente, no hablaba sino de sus muertos. Me había resignado, a la espera del fin de sus días, que no tardaría en llegar.

Si había algo de lo que me alegraba era de la desaparición del *logofăt*. Desde el día en que recibió el golpe en el estómago, nadie lo había visto. Se decía que estaba enfermo. Algunos aseguraban que era el miedo lo que lo mantenía alejado. Solo Sultana estaba convencida de que el perro tramaba una venganza terrorífica.

—Me temo cualquier cosa, pero estoy segura de que lo que sea, será una desgracia; venga de donde venga, sé que azotará nuestra felicidad y que serás tú el que más lo padecerá.

Esas habían sido las palabras con las que me había separado de Sultana el domingo anterior. No íbamos a volver a vernos hasta el sábado de la semana siguiente. Un importante transporte de madera por el Bistrița, un ajuste de cuentas un poco farragoso al final de mi viaje, así como unas compras difíciles de encontrar prolongaron mi ausencia.

Ahora estaba remontando la región por la orilla del río. Tenía hambre. Estaba cansado. Dos cirios de cera enormes, que pesaban tres *ocale* cada uno y que debían encenderse durante la ceremonia religiosa de la boda, me tenían agobiado. Nunca los troncos que cargaba sobre mis hombros me habían pesado tanto. Es cierto que la preocupación por no romperlos influía en mi fatiga. Aunque no fuera supersticioso, esta pesadez me pareció sospechosa. Me recordó una creencia de mi madre: el cirio de boda que se hace pesado es signo de desdicha y aquel de los dos esposos cuyo cirio estuviera más consumido al terminar la ceremonia moriría primero. Y ahí estaba, dispuesto a oír no sé qué voz interior. Para ahuyentar este torrente de ideas negras, hice un alto en aquella pedanía: descansar, picar algo, animarme un poco. Precisamente recordaba al tabernero por su carácter alegre. ¡Venga! ¡Al diablo con las supersticiones!

¡Sí, al diablo! Solo que a veces en la vida lo que ocurre alrededor no se deja ahuyentar. Abro la puerta de la taberna. Dentro, seis campesinos y el dueño. Los siete ahogaron su conversación y enmudecieron en cuanto me vieron. Pero yo había oído a uno que decía:

—¡Pobre muchacho! ¡Es de él de quien hay que compadecerse!

Dejo mi bolsa, mis cirios, y pregunto:

—¿De quién hay que compadecerse?

El tabernero se acerca confanzudo:

—¡Buenas tardes, Spilca! ¿Qué tal?

—Bien, Lache —digo—, pero ¿a quién hay que compadecer?

—Bah, una pequeña desgracia que ha ocurrido en la comarca: la mujer de un *cojan* <sup>campesino</sup> se acaba de romper una pierna. Ahora él tiene que hacer el trabajo de su mujer.

Pienso: «Hum... ¿Por qué los demás no dicen nada? ¿Y por qué están mirando de esa manera los cirios que he dejado sobre la mesa corrida?».

—¿Por qué miráis tanto mis cirios? ¡Cirios de boda! ¡Parece que no hubierais visto nunca unos!

—Son grandes —dice un campesino intentando evitar encontrarse con mis ojos.

—Sí, grandes...

—Y pesados, tal vez.

—Mucho.

No dicen nada más. Intento tragar un poco de pan, beber un trago de vino. No quiere pasar. Me levanto y me voy.

Fuera es casi de noche. He descansado, pero los cirios vuelven a pesarme. Me los cambio sin cesar de brazo, sin resultado. Y aún quedan dos leguas hasta la casa. El camino está solitario y húmedo. Los oídos me pitan, primero uno y después el otro, señal de que alguien habla de mí. Saco mi navaja de muelle, la abro y la dejo colgando contra mi muslo derecho. ¡Pero qué agotador estar siempre vigilante! La navaja, que cuelga de su correa, me golpea el muslo a cada paso. Me da la sensación de que me hará ahí un agujero. La cierro y me la vuelvo a poner en el cinturón. Justo en ese momento, en la noche negra, un macho cabrío igual de negro surge a dos pasos de mí, cruza el camino y desaparece. Y a pesar de saber que es un macho cabrío como todos los demás, de verdad, al que su propietario estará buscando por todas partes, me digo bien alto:

—¡Es el diablo!

Levanto la mano derecha para santiguarme. La mano me pesa tanto como el plomo. Pienso: «¡Era el diablo! ¡Es él quien me impide santiguarme! ¡Y estos cirios, que se vuelven pesados y no hay cómo sostenerlos!».

Quiero volver a abrir la navaja, pero no puedo, mi pulgar está demasiado débil como para vencer la resistencia del muelle.

¡Otra señal de la presencia del Impuro! Y la noche está tan negra que me duelen los ojos.

Al fin dejo mis alforjas en el suelo, apoyo los cirios de pie contra un árbol del camino. Entonces me doy cuenta de que he cogido un camino equivocado, paralelo al correcto. Los árboles son jóvenes álamos, rectos y casi tan desnudos como los cirios. ¡Otra vez los cirios! ¡Un camino entero! Tristes cirios, apagados y negros.

—No —me digo—, ¡esta noche acabará mi vida! ¡No moriré despedazado por un torrente como un valiente *plutaş*, moriré de pavor, como una *babă* vieja!

Consigo finalmente abrir mi navaja y santiguarme tres veces. Vuelvo a coger toda la carga. Y ahí voy, chapoteando en el barro del campo que atravieso para volver a mi camino. De repente, dos ojos resplandecen y avanzan hacia mí. Siento que mi corazón se detiene. Las alforjas y los cirios se me caen.

Grito:

—¡Mamáaaa!

Un «¡beeee!» me responde. Los ojos resplandecientes desaparecen.

Llego por la noche tarde, cubierto de barro y sudor. La casa de Sultana está muy iluminada, anden muchos cirios. De lejos, veo la *tindă* abierta y abarrotada de paisanos.

—Ya está —digo—, la tía ha muerto. ¡Ahora me explico por qué todos esos signos de desgracia en mi camino!

Pero no sabía nada de nada, la vieja estaba allí de pie, en la habitación grande, ocupándose, con los ojos secos, de perfeccionar el aseo de mi prometida, que estaba tumbada sobre las dos mesas cubiertas de manteles resplandecientes, engalanada como para la boda, más hermosa que nunca enmarcada entre los cirios de llamas

vacilantes que iluminaban su rostro pálido, blanco, que las zarpas de la muerte habían escogido. Las pestañas largas y rubias ya no mariposearían. Ya no volvería a ver sus ojos claros y francos. Una guirnalda de limonero coronaba su frente pálida, donde el siguiente domingo yo pensaba poder dejar, ante el altar, el beso sagrado. La cabellera, suelta y dividida en dos mitades, se derramaba a lo largo de su cuerpo rígido, mezclándose y confundándose con la *betealã* <sup>diadema</sup> de hilos de oro. Entre las manos, apoyadas sobre el pecho, el pañuelo con las monedas exigidas a los muertos por los aduaneros que les abren las puertas del más allá. Por encima, el sudario.

Y yo, Spilca, me quedo de pie en el umbral, y lo observo todo como los demás.

—Estaba escrito —me dice la tía—, y ella, la pobrecilla, lo sabía. Se lo esperaba. Y antes de ayer por la noche, mientras recogía el heno sola, en el campo, llegó *él*, de improviso, la arrastró al bosque y «se rio de ella». Mi pobre Sultana no pudo soportarlo. Por la noche, a saber cómo, disolvió el fósforo de ocho cajas de cerillas y se bebió el veneno. Murió ayer por la noche, después de vísperas, sin querer tomar leche para vomitar. Estaba escrito... Al menos descansará junto a sus padres. Tal vez ellos la llamaban. A los muertos no les gusta quedarse solos.

Después de eso, la vieja tomó los cirios de boda, los desempaquetó, los encendió y los colocó a la cabecera de Sultana, cuyo rostro de cera se volvió aún más blanco cuando las dos grandes llamas encandilaron la habitación. Luego, de rodillas, pronunció con voz firme:

—Padre nuestro que estás en el cielo, hágase tu voluntad...

Todos los campesinos la imitaron. Fui el único que se quedó de pie, sin decir nada, mirando a mi prometida inundada de luz.

Durante seis días, viví como una bestia salvaje en la espesura del bosque que está cerca del *conac* <sup>casal</sup> señorial de la región del bajo Bistrița, donde reinaba el *logofăt* Costache, el verdugo de Sultana y de tantos otros. No había forma de divisarlo. Ignoro si comí, bebí o descansé en algún momento. Sé que mi ropa estaba hecha harapos. Manos, pies y cara ensangrentados de tanto correr de noche y de día entre las malezas, de un camino a otro.

Estaba bastante lejos del lugar del crimen, allí el *logofăt* creía que no tenía nada que temer. Volvía por este bosque tras sus salidas para inspeccionar los alrededores, siempre solo y a caballo, siempre armado con pistolas. Yo no tenía más arma que el odio, mi sangre hirviendo de deseos de venganza. Mi navaja no me hubiera servido de mucho. Para acabar con aquel hombre entre mis manos desnudas, tenía una cuerda lista para tender de un árbol a otro.

La sexta noche era la víspera de ese primer domingo de octubre en que yo debía haber celebrado mi unión con Sultana. En lugar de ser el día más alegre de mi vida, estaba en un foso con la cuerda en la mano, el oído atento, sin alma, sin Dios, sin esperanza. A veces ya no sabía ni quién era. Un grito o el aleteo de un pájaro me

hacían volver a la realidad. Entonces, mi primer pensamiento, mi único deseo, era *él*. Me lo imaginaba acercándose al trote o al galope. La cuerda, tensada a la altura de las rodillas del caballo, recibía el impacto. El animal caía. El enemigo, por fin entre mis manos. Le saltaba encima. ¡Qué muerte atroz le estaba preparando!

—¡Ay, Señor, si existes y ves la injusticia, déjame beber este vaso de agua fresca! Luego tomaré los hábitos, ¡solo viviré para cantarte alabanzas!

Así recé aquella noche, y Dios escuchó mi plegaria.

Había escogido el lugar más propicio para llevar a cabo mis propósitos. Antes de una larga recta que permitía a los jinetes coger impulso, el camino describía un serpenteo rápido, estrecho, se volvía poco practicable por la presencia de un arroyo. Allí los jinetes estaban obligados a descabalgarse y cubrir a pie una distancia de unos doscientos metros. Lo suficiente para que yo pudiera reconocerlo en la oscuridad y no matar a un inocente, aunque estaba seguro de que el único jinete que frecuentaba la zona era el *logofāt*.

En el crepúsculo nublado que descendía lentamente sobre el bosque de álamos, escuchaba, agazapado en mi foso, el susurro del arroyo cuando el ímpetu de un trote se detuvo en seco. El jinete saltó a tierra. El caballo estornudó. Me precipité hacia el lugar con el corazón lleno de alegría. En unas zancadas, por aquellos atajos penosos, me acerqué lo suficiente para tratar de distinguir la corta talla de mi enemigo, pero estaba completamente tras el animal, que dejó ir solo mientras él avanzaba por el lado opuesto al mío. La noche se iba cerrando a medida que nos desplazábamos entre los árboles gigantescos. Necesitaba reconocerlo, ahí mismo, fuera como fuera. Si lograba salir del camino cerrado se me escaparía. ¿Qué hacer para retrasar su marcha? La menor imprudencia por mi parte hubiera sido mi ruina.

«Dios mío —pensé—, ¿no serás acaso el protector de los verdugos?».

Entonces rompí una rama seca. El crujido detuvo al hombre y al caballo. Se quedaron un momento en el sitio, sin cambiar de posición, luego retomaron la cuesta. Yo no estaba adelantado. Los seguí de cerca, crucé el sendero detrás de ellos. Esta maniobra les permitió alejarse. Perdí la cabeza, me puse dos dedos en la boca y lancé un potente chiflido. Un disparo fue la respuesta. Y enseguida una maldición. Reconocí la voz del *logofāt*.

¡Nunca un hombre ha sido más feliz en la desgracia que yo en aquel momento! Me lancé como un tigre camino abajo y le cerré el paso con la cuerda tensada con todas mis fuerzas, decuplicadas por el odio.

Los segundos me parecieron eternos; la noche, un infierno. Y durante aquella espera, negra como el odio, oigo a mi enemigo que viene a pie. No monta, avanza a tientas llevando el caballo por la brida, la pistola seguramente lista. ¡Dios sin corazón, eso no entraba en lo previsto! Descubriría la cuerda. ¡Adiós venganza!

Quito la cuerda y me lanzo boca abajo, atravesado en el camino.

—¡Aquí me tienes, *logofāt*, descarga tu pistola en mi cabeza, envíame junto a Sultana! ¡Pero, ay de ti, si no aciertas!

Con la oreja pegada al suelo, escucho el paso acompasado del caballo que se acerca, luego distingo el de su amo. Me cubro el rostro con el brazo. Ya no quiero ver nada. Ya no respiro. Vivo el instante del torturado, que, con el cuello en el tajo, espera a que la espada caiga. No le temo a la muerte, solo temo que el *logofăt* pueda escaparse.

Llega, se detiene. Un paso, dos...

Su mano agarra la mía. Me levanta el brazo, y dice:

—¡Vaya, vaya! ¿Estás muerto, herido o solo borracho?

No respondo, pero de un salto le rodeo el cuerpo y los brazos, lo sujeto, cara a cara, aliento contra aliento, ambos de rodillas, mientras grita pidiendo auxilio, mientras sus huesos crujen, mientras su voz se apaga. Su torso se rompe como una rama, y se dobla hacia atrás.

El monasterio Pantelimon del monte Athos: un cuartel fortificado que alberga a seiscientos monjes. Lo fundó la emperatriz Catalina II de Rusia. El día de la inauguración, no se le permitió que pusiera un pie en esas tierras de las que el sexo femenino está proscrito incluso entre los animales, entre las aves de corral.

Es un cuartel. Hay cañones para defender al *stareț*<sup>abad</sup>, a su Estado Mayor y sus riquezas. Hay soldados con hábitos a los que llamamos «hermanos» pero que tiemblan ante sus superiores como todos los soldados. Los tontos y creyentes, como yo, cortan leña, pescan, preparan aceite y aceitunas, cultivan las viñas, ceban los capones, rezan por sus almas y por las de los inteligentes, que discuten sobre la existencia de Dios, comen de todo, beben de todo y descargan su virilidad en Karea, donde hay mujeres discretas, o bien entre sí, en franca camaradería. Los que no pueden hacer como ellos se mortifican en una piadosa soledad. Todos aspiran a obtener el perdón del Redentor, que lo concede a todos porque está crucificado.

¡Allí fue donde me convertí en *haiduc*!

## Movilă el vătaf

—¡Movilă, mi *vătaf* <sup>lugarteniente!</sup>

—¡Te escucho, capitana!

—Habla.

—¿Yo?

—Sí, tú... Tú perteneces a nuestro Estado Mayor. ¿Por qué te convertiste en *haiduc*? Habla, en tu nombre, en nombre de nuestros compañeros, tú estás más cerca de ellos que nosotros y ellos más cerca de ti que de nosotros. Tu historia debe de ser más o menos la suya. Habla, Movilă.

Un murmullo de alegría animó las filas de los *haiduci* ante este reconocimiento de nuestra capitana. Con movimientos de cabeza echaron hacia atrás sus *căciuli* <sup>boinas</sup>, sobre la nuca. Los rostros se animaron. Movilă se levantó un poco tímido, un poco torpe, pero impresionante por la belleza puramente rumana de su rostro curtido, su mirada dura, sus cejas abundantes de oreja a oreja, su barbilla vibrante de energía, vivaz. Impresionante nuestro *vătaf*, sobre todo por esa nariz enorme que, en momentos de peligro, se dilataba y elevaba en el aire como una trompeta. Rara vez dejaba ver una risa entre su bigote frondoso. Una arruga profunda entre las cejas le atravesaba la frente y perduraba incluso durante el sueño, lo que hacía decir a los *haiduci* que Movilă soñaba sin cesar con *poteri* y venganzas. Verdadera o falsa, esta afirmación dejaba al interesado impasible. Nadie podía jactarse de saber lo que soñaba ni lo que pensaba. Puntual, reservado, amable, Movilă no daba su opinión hasta estar seguro de «no hablarle al viento». Antes que hacer una confidencia, hubiera preferido encargarse de la colada de toda la tropa, faena pesada que a todos ponía de mal humor.

La curiosidad de todos se hizo aún mayor en cuanto comenzó su historia...

## Relato de Movilă el vâtaf

Me convertí en *haiduc* a mi pesar.

En Stănești, cerca de Giurgiu, donde nací, éramos *moșneni* agricultores. Mi padre había heredado de sus padres más de treinta *pogoane*<sup>191</sup>. Ganado, viñas, frutales, *pătule* graneros rebosantes de maíz, aves de corral, todo lo que constituye el bienestar de una *gospodărie* granja. Y era así porque mis abuelos tuvieron la dicha de ser vecinos de un señor como rara vez se encuentra sobre la tierra. A aquel boyardo, influyente dignatario del país, yo lo conocí cuando tenía quince años y él estaba en sus últimos días. Era bueno y temía a Dios. Aunque pertenecía a la *protipendadă* elite y uno de sus ancestros había luchado con Mircea el Viejo, le gustaba entrar en la cabaña de los *cojani* campesinos, charlar con ellos, conocer a sus familias, a sus hijos, que bautizaba por docenas cada año.

Yo soy su ahijado. Movilă era el nombre de un hermano suyo que murió de cólera. Me atrevo a decir que me quería como a su propio hijo, pues física y moralmente me parecía a su hermano.

Siempre íbamos todos, chicos y chicas, ahijados suyos o no, a desearle feliz año con la *sorcovă* varita. Y él nos recibía con su rostro hermoso atravesado de nobleza y bondad. La chiquillería le saltaba encima y le daba con la *sorcovă*, gritando como perrillos hambrientos:

Sorcovă, morcova,  
que vivas, que envejezcas  
como un manzano, como un peral,  
como un tallo de rosal  
¡muchos años más!

En medio del alboroto, en su amplio vestíbulo, sucio por nuestras *opinci* alpargatas llenas de nieve, se quedaba de pie, tieso como un roble, levantaba los brazos al cielo, se defendía en broma de la avalancha de buenos deseos y gritaba a su vez:

—¡Yo también os deseo buena salud y bienestar, niños, y largos años de vida!

Luego, llamando a su *chelar* sirviente:

—¿Quieres rellenar las bolsas de estos pequeños con nueces, algarrobas y galletas crujientes?

Y por fin, sentado en su diván, nos hacía desfilar uno tras otro, nos acariciaba y nos ponía entre las manitas heladas un *galben* de oro, su regalo de Año Nuevo.

Un *galben* no era una rareza en las familias de *cojani* de aquella época, y, sin embargo, todos los campesinos los conservaban como un tesoro.

Yo vi a aquel corazón generoso interesarse por las vidas privadas de los campesinos. No soportaba al hombre que bebe por vicio, pero sabía perdonar. Además, cuando un vecino se arruinaba, acogía a la esposa desdichada, le daba una buena parcela de sus tierras, unas cabezas de ganado y las herramientas necesarias para rehacer una *gospodãrie*. Contra los taberneros mantenía abierta una guerra sin cuartel. Anulaba directamente las deudas que los campesinos contraían con ellos. Y si alguna de esas aves de rapiña se entregaba a la especulación ilícita, le enviaba al *mumbaşir* <sup>comisario</sup> para que le golpeará la planta de los pies con el terrible *topuz* garrote.

Poco antes de su muerte, este gran señor vino a hacernos una visita, la última. Celebrábamos el primer cumpleaños del decimosexto hijo de la familia, y todos estaban vivos. Era su ahijado y, como de costumbre, mi padre le había informado de que había llegado el momento de que las tijeras tocaran por primera vez la cabellera del niño, un honor reservado a los padrinos. Había sido informado por deber, pero no se lo esperaba, dadas sus múltiples ocupaciones. Para nuestra gran alegría, una estafeta llegó al galope y nos hizo saber que el boyardo quería cortar personalmente los cabellos de su ahijado.

La fiesta fue doble. Mi madre, con la ayuda de sus cuatro hijas mayores, sacó todo un arsenal de cocina y de vajilla. Al feliz crío se lo lavó, peinó y vistió como a una muñeca, y le estuvieron sonando los mocos hasta el último momento. El padrino llegó cargado con caros regalos. Lo recibieron como a un *vodã* <sup>gran señor</sup>. Padre le presentó su colección de seis hijas y diez chicos, el mayor tenía veinte años y el último estaba en brazos de su madre. Dos hermanas y dos hermanos eran gemelos. Doce de los dieciséis, ahijados del boyardo.

En la mesa, mi madre estaba tan feliz que balbuceaba tonterías, pisó el caftán del boyardo y volcó un vaso. El buen hombre dijo entonces estas palabras, que se me han quedado en la memoria:

—No pierda nunca la cabeza ante un mortal, sea cual sea. Boyardo u *opincar* zapatero, todos somos iguales en el otro mundo. En la tierra, tanto vale uno como el otro. Y si Pedro lleva el cetro mientras que Pablo se doblega en el yugo, no es porque Dios lo quiera, sino porque el hombre lo quiere, el hombre injusto, cruel y avaro. Contra este hombre debemos indignarnos y aplastarlo, aun a costa de nuestra vida, pues la maldad no es obra de Dios.

Tuve la ocasión de acordarme de estas palabras apenas un mes después de la muerte del boyardo. Su único hijo y heredero vino del extranjero a tomar posesión de sus bienes. Y él fue el hombre injusto, cruel y avaro del que había hablado el difunto.

Durante su primera visita a los pueblos, no sabíamos con quién nos las veíamos. Lo recibimos con todos los honores debidos al heredero de un padre que todos añoraban. Pasó con desdén en su coche, nos mantuvo a distancia, ni siquiera habló con los ancianos y por supuesto no les dio la mano, como sí solía hacer su padre. Escoltado por un *ispravnic* <sup>administrador</sup>, se limitaba a pedir información sobre las posesiones de los habitantes y a apuntarla en su libreta. A resultas de aquello acabó duplicándose el *haraci* <sup>impuesto</sup> en oro que cada cabeza de familia pagaba al pachá de Rusciuc.

Ese *haraci* se había convertido en una costumbre: se pagaba de padres a hijos. El viejo boyardo recogía nuestra cuota, la doblaba con lo suyo y se lo enviaba todo al tirano del otro lado del Danubio para que nos dejara en paz. Así habíamos logrado librarnos del vandalismo y de los saqueos que asolaban a otras comarcas del Danubio por no pagar al potentado.

Se daba por sentado que los boyardos no pagaban el *haraci*, ni el imperial, ni el nacional ni ningún otro impuesto. Simplemente estaban exentos de toda carga fiscal. Pero desde que nuestro rico protector se había encargado de la mitad del *haraci* por voluntad propia, los campesinos habían entendido esta dádiva como un acto de justicia elemental ya que, en verdad, ¿por qué aquel que poseía treinta *pogoane* de tierra debía pagar todos los impuestos y el que poseía treinta mil no tenía que pagar un centavo a esas *haznale* <sup>cloacas</sup> malolientes, ya fueran grandes o pequeñas? Eso al menos pensaba el hombre justo que había sido el antiguo propietario. Además, la feliz existencia de nuestros padres había alcanzado incluso a los esclavos zíngaros que trabajaban en las tierras del amo. Hasta a esos pobres diablos, que eran comprados y vendidos como ganado, se los trataba con humanidad. El boyardo se mostraba severo con quienes abusaran de sus fuerzas, supervisaba que su comida fuese buena y suficiente, cuando caían enfermos les daba crédito. Y esto me recuerda una ocasión especialmente conmovedora.

Una epidemia de fiebre estaba causando estragos desde hacía un tiempo. Un día fui al *conac* <sup>casal</sup> para pedir prestado un rastrillo y llegué en el momento en que el boyardo pasaba revista al estado de sus esclavos. Naturalmente, en medio de la epidemia, muchos zíngaros se hacían pasar por enfermos. Para poder pillarlos, el *logofăt* <sup>capataz</sup> había inventado un procedimiento que nunca fallaba: les ofrecía aguardiente porque sabía que «el zíngaro no deja de beber hasta que no está muerto». Los falsos enfermos caían en la trampa, bebían y se los enviaba al trabajo. Pero delante del amo, el *logofăt* no se atrevió a aplicar su procedimiento. Había un zíngaro al sol, con aire aturdido y la cabeza entre las manos. A nuestra llegada, se echó a los pies de su amo, que le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—¡Estoy enfermo, señor!

—No está enfermo, finge —dijo el *logofăt*.

—¿Crees que finjo? —exclamó el esclavo—. ¡Dame raki de beber y verás que no lo bebo...! ¡Te digo que estoy enfermo!

La sinceridad de esta prueba suprema conmovió al boyardo:

—¿Quieres que te haga libre? —le propuso al zíngaro.

—¿Libre? —dijo este afligido—. ¿Me echas, amo? ¿Y adónde voy a ir? ¿Saltar del lago al pozo?

Al alejarse, el boyardo asintió y dijo como para sí:

—¡Qué tristeza, un animal al que se le restituye la libertad se las arregla, un humano tiene que volver a venderse!

Así era el hombre al que diez municipios, e incluso toda una provincia, debían su prosperidad en una de las épocas más dolorosas que haya atravesado nuestro país. Él fue uno de los últimos boyardos que merecieron llamarse «rumanos». Amaba a su nación, vivía en su seno, participaba en sus alegrías y en sus penas.

Pero el hijo no siguió el camino de su padre. Le parecimos demasiado felices. A pesar de ser rico como para poder comer oro a cucharadas, su avidez no estaba satisfecha. Extranjero de corazón e incluso de lengua (la hablaba con dificultad), echado a perder por la vida depravada que había llevado en Occidente, tomó ejemplo de aquellos, rumanos o extranjeros, para quienes el campesino no era más que un animal de carga.

Cuando se dobló el *haraci* <sup>impuesto</sup> cundió la alarma, los viejos consejeros de la región se reunieron en la casa del sacerdote de *Stănești*. Yo estuve allí, joven, todavía imberbe, y los veo como si fuera ayer, con sus rostros serios enmarcados en cabelleras blancas que se derramaban por los anchos hombros. Enseguida quedó claro que los tiempos de paz y felicidad habían pasado:

—¡Vended el ganado! ¡No sembréis más de lo necesario! Construid grandes carros con *coviltir* <sup>lona</sup> como los de nuestros ancestros y tenedlos preparados para uncir cuatro bueyes robustos y transportar a vuestras familias y objetos de valor. Vosotros los jóvenes vais a volver a tomar los caminos de la montaña. Los que se queden serán hechos esclavos. ¡A nosotros, los viejos, solo nos resta el reposo eterno! ¡Hágase la voluntad del Señor!

Y la voluntad del Señor se hizo: el nuevo amo acabó arrendando todas sus tierras a un griego que se convirtió en la calamidad de la provincia. En menos de un año, todas las autoridades locales, todos hombres del país, fueron reemplazados por una multitud de *fanarioți* <sup>cristianos</sup> más ávidos de sangre que las chinches de las casas abandonadas. Fue como una lluvia de langostas sobre una cosecha. Cada día aparecían ante las puertas caras lívidas con los ojos inyectados en sangre, que balbuceaban un rumano incomprensible y aterrizaraban a las mujeres y a los niños. Siempre acompañados de *lefegii* <sup>reclutas</sup> armados, siempre provistos de una ordenanza del príncipe, esos buitres recorrían los municipios y exigían el pago de todo tipo de nuevos impuestos: sobre el ganado mayor y menor, sobre el vino y los licores, sobre

la medida de trigo. Y después, sucesivamente, sobre los frutales, la pesca, la caza, los gusanos de seda, las abejas, la lana, los aceites, las ventanas y las chimeneas.

El ganado desaparecía en pleno día. Aparecieron las *poteri*, supuestamente para perseguir a los ladrones. Hubo que alojarlos y darles de comer. Nuestras jóvenes más hermosas fueron violadas por esos brutos. Enviamos quejas al diván. Les rompieron los huesos a los denunciantes con el *topuz* <sup>garrote</sup>.

Entonces supimos que el terror que acababa de desencadenarse en nuestra provincia era, desde hacía mucho tiempo, la norma en todo el país, ya gobernarán los griegos o los rumanos. Si no lo habíamos sabido antes se debía a los esfuerzos y a la autoridad moral del difunto *gospodar* <sup>patrón</sup>. Su hijo, ahora miembro del diván, traficaba con el sudor y la sangre de su propia nación, subastaba puestos y dejaba vía libre a los compradores para el abuso. Más aún, su estanciero, de acuerdo con él, pasó el arado sobre nuestras tierras burlándose de nuestros mojoneros y de nuestras reglas. Sabía que ante las reclamaciones que enviáramos al diván, su cómplice respondería con el *topuz*.

Al cabo de tres años, nuestro *judet* <sup>distrito</sup> estaba irreconocible. El terror causó más estragos que las epidemias, las sequías, los incendios y las inundaciones. Los habitantes cortaron y quemaron casi todos los frutales. Los pájaros cantores y las cigüeñas desaparecieron. No se oía más que el zumbido de las abejas. Ya no se veían los grandes lechos blancos cubiertos de miles y miles de gusanos de seda que mordisqueaban hojas de morera. Desaparecieron las vacadas que por las tardes volvían del pastoreo. Ya no hubo bodas alegres de las que duraban ocho días, ya no hubo bautizos a los que incluso se invitaba a los viandantes a compartir el pavo asado y el buen vino, ¡ni limosnas hubo ya! Las inolvidables noches de septiembre de nuestra infancia, que pasábamos tostando las mazorcas de maíz verde y escuchando a las cigarras, se convirtieron en veladas fúnebres. Con su querida tierra devastada y su familia deshonrada, hasta el campesino más sensato se entregaba a la bebida, se pasaba las horas en las innumerables tabernas que surgieron como champiñones después de la lluvia. El *topuz*, destinado en otro tiempo solo a los especuladores, aplastaba cada semana los miembros de un campesino insolvente, que se arrastraría el resto de su existencia sobre muletas. A otros los colgaban de las piernas, cabeza abajo, y los ahumaban con guindillas encima de las brasas. Se les ponían huevos cocidos en las axilas. Les pinchaban las puntas de los dedos, les clavaban espinas bajo las uñas.

Nuestra familia se redujo a la mitad. Como se suponía que éramos ricos, la *urgie* furia pagana cayó sobre nosotros con violencia vandálica. Mi padre murió bajo el *topuz*, y en su caso el suplicio se refino con la asfixia con guindilla. Mis tres hermanos mayores fueron asesinados cuando intentaron defender a su padre. Dos de mis hermanas desaparecieron un día sin dejar rastro. Otras dos fueron secuestradas y

violadas, y volvieron a casa seis meses después para caer enfermas de tisis y no volver a levantarse. El más joven se ahogó por accidente. Así, a los veinte años, pasé a ser el cabeza de familia, a cargo de cinco hermanos, dos hermanas y una madre que no dejaba de llorar día y noche.

Y entonces ocurrió la mayor desgracia que podía azotar al rumano, algo que en el fondo todos se esperaban y que fue la consecuencia de no pagar el *haraci* al pachá de Rusciuc: las hordas turcas, espoleadas por el tirano, invadieron el país.

Ya sabéis que el campesino rumano tiene mucho de perro. Recibir patadas, quedarse días sin comer, eso no lo desespera, siempre y cuando le dejen su casa. Esa casa puede ser fría, desolada, sin ventanas, con un patio sin tapiar, un destino sin piedad; allí descansa, da vueltas, trabaja con sus manos, mantiene la esperanza. Es su nido. Pero el día en que la suerte lo obliga a separarse de ese nido de recuerdos y a irse por el mundo (aunque sea por el mundo de su propia lengua), entonces se acaba la fe en el Dios de sus ancestros.

Una triste mañana de abril, sin los vastos campos labrados y sin la alondra, un hombre harapiento y con la cabeza descubierta llegó al galope y se puso a pregonar por los pueblos:

—¡Cristianos! ¡Huid! ¡Huid de prisa! Desde la salida del sol, los turcos pasan el Danubio por Zimnicea y se dirigen hacia nosotros. ¡Por el camino se llevan lo que aún queda, matan a los hombres, deshonran a las mujeres, queman las casas! ¡Llevad esta noticia y huid! Yo vuelvo a casa. ¡Desgraciado aquel que no esté entre los *băjenari* exiliados antes de la caída de la noche!

La desesperación de los campesinos no habría sido tan grande si se les hubiera anunciado que había olas en el Danubio, altas como una casa, que venían a tragárselos. Las mujeres corrieron hacia sus hijos. Los hombres levantaron los puños al cielo:

—¡Señor misericordioso! ¡Qué crimen hemos cometido para que nos envíes esta terrible desgracia!

Las campanas de la iglesia tañían sin parar; un repique lastimero de entierro que se entremezclaba con los gritos de las mujeres, con los llantos de los niños, con las maldiciones de los hombres, con los ladridos de los perros alarmados por el pánico de sus amos. Mataron a los puercos y a las aves para aprovisionarse. Pusieron a cocer las *mămăligi* del *băjenie* polentas del exilio en grandes marmitas, con poca sal para evitar la sed en sabe Dios qué caminos sin agua. Mientras cocinaban, las mujeres vertieron allí muchas lágrimas saladas.

En muchos hogares ya no había varones o estaban lisiados. Tuvimos que ir a socorrerlos y ayudar a las mujeres a cargar. Los más afortunados en la desgracia fueron aquellos que no tenían ni carro, ni animales ni enseres que cargar. Simplemente cogían las alforjas y el bastón.

El pueblo presentaba un aspecto insólito en la vida de nuestra generación. Se vaciaban todas las casas como en un incendio, pero no había llamas. Las esposas,

incapaces de renunciar a los objetos que tanto esfuerzo les había costado reunir, sobrecargaban los carros. Los esposos tiraban a tierra lo que les parecía superfluo. Estallaban las discusiones. Muchas mujeres recibían golpes. El cura corría de una casa a otra, animaba a los débiles, calmaba a los violentos y apuraba a los que se retrasaban. Muy viejo ya y afectado por las desgracias, siempre había sido un hombre de buen corazón, y aquel día fue el enviado de Dios. Con la cabeza descubierta, los cabellos blancos trenzados y recogidos en un moño, la sotana remangada, el rostro encendido por el fuego de su creencia, recorría el pueblo con una agilidad juvenil y gritaba en cada patio:

—¡Aceptad lo que el Cielo nos envía! ¡Estamos en la semana de Pasión, recordad los tormentos de nuestro Salvador! Yo lo acepto todo con vosotros... No os dejo... Iré a la cabeza de los *băjenari* en el camino a nuestro Gólgota.

Y así lo hizo.

Al mediodía, el convoy se puso en marcha. Delante, el carro del cura, convertido en nuestra iglesia ambulante. En la parte delantera del toldo se veía el crucifijo que había estado colgado, durante sesenta años, en la habitación del prelado. Este, vestido con su casulla, el incensario en una mano, la cruz de la iglesia con incrustaciones en la otra, dio la señal de partida a la cabeza de sus bueyes robustos, blancos como la nieve. Su único hijo, que al venir al mundo le había costado la vida a su mujer, conducía los bueyes con una cuerda que les pasaba por los cuernos.

Seguía al carro sacerdotal la tropa de *băjenari* a pie, con el hato a cuestas, bastón en mano; luego, los coches que llevaban a las familias cuyo jefe estaba inválido, las viudas y los huérfanos. Al final, las familias menos afectadas, que conservaban varios hombres fuertes en su seno.

Todos los carros iban llenos hasta los topes. Además del propio equipaje, cada uno cargaba algo del vecino desdichado que tenía que ir a pie: mantas, ropa, *sănducuri* <sup>baúles</sup>, harina de maíz. En los coches se veían colgadas las mazorcas secas para los perros, si es que no había nada mejor que echarles. Estos pobres animales, fieles amigos del hombre (a diferencia de los gatos, que no presintieron nada y permanecieron en las casas vacías), enseguida adivinaron el desastre y siguieron a sus amos. Ahora, resguardados entre las ruedas de los carros, casi conscientes de la desdicha, caminaban tristes, cabizbajos, la cola entre las patas, los oídos aturdidos por los chirridos de los ejes mal engrasados, a pesar del bote de aceite que oscilaba con ironía en el flanco de cada carro.

Los gritos de los niños, los llantos de las mujeres, las maldiciones de los hombres que caminaban y recogían sus pertenencias del suelo cada vez que se caían, eso era todo lo que quedaba de la vida del que fue uno de los municipios más florecientes de la provincia, ahora vida de zíngaros, errando sin rumbo por los caminos. Y todo eso por culpa de un solo hombre, de un noble, de un rumano, del hijo de un hombre ilustre. Recordé las palabras pronunciadas en nuestra mesa por el padre generoso de

ese engendro: «Contra el hombre injusto, cruel y avaro debemos indignarnos y aplastarlo... La maldad no es obra de Dios».

Mi decisión estaba tomada, pero de todas formas fui a consultar con el jefe espiritual de los *băjenari*, el viejo cura, a quien le referí las palabras del difunto boyardo.

Nos encontrábamos, tras seis horas de caminata, al final de la primera gran etapa, en los macizos de Călugăreni, que dominan el Danubio. La noche caía pesada, sombría como nuestro destino. Cada carro llevaba un farol iluminado. Cada alma buscaba un amparo. Los perros también mendigaban una mirada sin furia. Una mujer se puso a ahuyentar al suyo con patadas. El pobre animal se apartaba un poco, en la noche, se detenía, miraba con humildad sin entender nada.

El cura vio la escena y se entristeció, igual que yo:

—¿Por qué lo ahuyentas, hija mía?

—Porque no tengo nada que darle, ¡ni una mísera mazorca de maíz!

—Pero no te está pidiendo nada de comer... Quiere seguirte... ¿Acaso tendrás corazón para negarle ese consuelo?

Ante este reproche, la mujer se puso a llorar. Me llevé al cura aparte y le confesé mi deseo de ir a hacerme *haiduc*:

—Voy a vengar a mi padre, a mis hermanos, a mis hermanas... A tantas otras víctimas...

—¿Y quiénes serán los castigados?

—¡Todos! Sean quienes sean: rumanos, griegos o turcos, todos los que sean injustos, crueles, avaros.

El viejo no me respondió. Se mantenía alto y erguido en la negra noche; los ojos fijos en el Danubio, en su iglesia, en su pueblo, mientras su larga barba ondeaba al viento. Giró lentamente la cabeza hacia las luces titilantes de los faroles colgados en los carros y se quedó ensimismado. Entonces aparecieron llamas en el horizonte, débiles al principio, luego cada vez más altas. Le toqué el hombro:

—Mire, padre: Putineiu y Stănești están ardiendo.

Se sobresaltó, como si lo hubiera despertado, y se quedó contemplando el incendio, entre el clamor que provenía de los carros. Y entonces, me puso las manos sobre los hombros y me dijo con voz ahogada:

—¡Ve, hijo mío, hazte *haiduc*! ¡Castiga a los malvados! Es cierto: *la maldad no es obra del Señor*.

Me fui, después de dejar a mi familia en lugar seguro. Pero he pasado quince años bajo las órdenes de Cosma y solo he podido castigar a un puñado de pequeños malvados. Los grandes aún están en pie, firmes sobre sus piernas.

Y ¡por Dios, no quiero morir antes de haber matado a los que me corresponda!

Los *haiduci* se pusieron en pie:

—¡Viva Movilă! ¡Que Dios te ayude a darles muerte! ¡Y si el Señor no lo hace, nosotros te ayudaremos!

## Ieremia, hijo del bosque

En medio del silencio de todos, Floarea Codrilor me escudriñó con mirada impaciente pero dulce:

—¡Ieremia, hijo del bosque! Hijo de Cosma e hijo mío: entre los *haiduci*, el nacimiento no confiere privilegios ni vale favores, excepto el de ocupar la primera línea en la batalla. No vas a ser aquí el be Si, a pesar de tu corta edad, cuento contigo entre mis consejeros, se debe únicamente a tus capacidades, a tu valor: todos nosotros necesitamos contar con la generosidad de tu sangre en las horas de debilidad que nos esperan.

»Quién eres tú, lo sabemos todos. Dinos lo que piensas, en qué crees.

Me levanté, en parte orgulloso por lo que se me atribuía, en parte *țanțos* desdeñoso por lo que se me negaba, satisfecho de lo que ya era.

Es cierto que no era un *beizadea*, pero sí tenía la misma barriguilla que ellos. También el mismo origen: Cosma había sido un sultán de los pies a la cabeza. Las tres cosas que caracterizaban a Cosma son las que caracterizan a los sultanes en todas las épocas: arrogancia, mujeres en cantidad e inconsciencia. Ese era mi linaje.

Respondí a la invitación.

## Relato de Jeremia

Creéis saber quién soy. No sabéis nada.

Yo soy *haiduc* de nacimiento, no por elección. Mi madre: el bosque. Mi vida: la libertad. Cosma me encontró en una trocha cuando era un bebé de dos años. No lloraba, sencillamente estaba sorprendido. Me puso en sus alforjas y me alimentó con caldo de carne y vino. A los seis años sabía nadar como un pez, a los once disparé por primera vez un arcabuz (lo que me costó un gran dolor en la mandíbula), a los doce me enfrenté a la *poterã* y caí cautivo.

Fue durante esos dos años de horrible sumisión cuando la vida me dio una verdadera lección. Sí, cautivo en la corte del arconte Samurakis aprendí a conocer el mundo. Y lo que pensé entonces es lo mismo que aún ahora pienso; ciertamente, no os agrada oírlo.

En primer lugar, mi amor a la independencia llega hasta la ingratitud. No me gusta deberle nada a nadie, sea quien sea. La vida me fue dada sin que se me preguntara si la quería. Y si los autores de esta vida mía han podido alegrarse de todas mis alegrías, en cambio les fue imposible sufrir el menor de mis sufrimientos. Cuando me hirieron, Cosma me abandonó y huyó. Podrían haberme matado y él hubiera seguido viviendo. Vivió bien mientras yo me moría en casa del arconte. Mi esclavitud, peor que la muerte, no le impidió comer por cuatro ni vagar como un gato.

Lo mismo ocurrió con mi madre, los azares de la vida la habían llevado a la misma casa que desde hacía dos años era un infierno para su hijo, pero ella vivió allí como una princesa. Sin embargo, eran mis padres. Yo era su hijo. ¿Por qué el suyo y no el de cualesquiera otros habitantes de la tierra? ¿Porque preferían saberme libre antes que esclavo? Pero ¿quién es el ser humano, digno de ese nombre, que no prefiere ver a su prójimo con buena salud antes que enfermo?, ¿íntegro antes que lisiado? Creo que esta es la virtud más elemental que se le puede exigir a un hombre, y eso es todo porque, por lo demás, el que tenga la cabeza cortada será el único en darse cuenta.

Entonces, ¿por qué toda esta historia del linaje? Yo no veo entre padres e hijos la relación que hay entre la cabeza y el cuerpo. Y el resto no es más que un engaño. Todo eso me deja indiferente. No me gusta que me engañen como a esos huérfanos a quienes se les asignan unos padres adoptivos.

Eso en cuanto a la familia.

Tampoco soy generoso con el populacho al que queréis liberar o vengar. Mi corazón no se apasiona con eso. No tengo relación ninguna con el rebaño humano

que bala en la corte del arconte Samurakis. Soy *haiduc* por mí mismo, no por mis semejantes. Que se hagan *haiduci* ellos también, ya que no lo son de nacimiento. De hecho, es algo que me pregunto: ¿cómo se puede ser *haiduc* por el prójimo? Un proverbio rumano dice: «Por la fuerza, se puede quitar, no dar». Y otro: «No es para agradar a una vieja sorda que el cura tocará el ángelus treinta y seis veces».

Al margen de lo que haga ese cura, tocad vosotros para los sordos tanto como os plazca. Y si el corazón os lo dice, *haiduci*, trabajad por un jornal en casa de un hombre que apenas tiene fuerza para rascarse la cabeza cuando le pica. Quizás sois apóstoles. Yo no tengo ganas de serlo.

De todas formas, os mostraré que el deseo de ayudar al hombre caído no me ha hecho falta.

Cuando había pasado un año y Cosma no daba señales de vida, no hacía nada por sacarme de mi prisión en la casa del arconte, una idea loca se adueñó de mi cerebro: ¡sembrar la semilla de la revuelta entre los esclavos, sublevarlos, atacar a la guardia durante la noche, incendiar la casa y huir todos al bosque!

Me dije: estos hombres, como cualquier animal de carga, preferirán la libertad a la esclavitud. Son cobardes, eso es sabido, pero si un líder se pone a la cabeza y los dirige, marcharán. Seré su líder.

¡Ay, hermoso sueño! Creí ver a la guardia vencida, el palacio convertido en ruinas humeantes, al arconte a mis pies suplicándome que le perdonase la vida. Todo el país levantado ante esta hazaña sin precedentes. Cosma sorprendido, humillado. ¡Yo, héroe a los catorce años!

Sabía que mi vida estaba en juego, pero aquella vida de prisionero, encerrado entre altos muros, no valía la pena. Noche y día, mi pensamiento rumiaba el plan, que se convirtió en la razón de mi existencia. Al final, después de una semana febril, me decidí a confiar mi idea a dos hombres escogidos. Eran dos compañeros de las caballerizas, bastante hábiles, como yo, y no muy serviles, a menudo furiosos con su situación. Yo les tenía cierta estima. Solo me había quejado de mi caída con ellos y habían escuchado ávidos mis historias de bandoleros. Creía conocerlos.

En cuanto comprendieron de qué se trataba, mis pobres amigos palidieron, pusieron caras largas, sus ojos amedrentados evitaban mi mirada; el más osado se atrevió a decir:

—Es demasiado arriesgado... Nos descubrirán y nos colgarán. No conoces a esta gente. Aquí todos rezan por la salud del amo que les da de comer, que se preocupa por todos. No se puede ir muy lejos con hombres que se dicen cada día: «¡Nos va mal con el mal, pero podría irnos peor sin el mal!».

Mentalidad de esclavos de nacimiento... No podía creerlo, me encerré en mi cabaña y me dejé llevar por la desesperanza.

Al día siguiente, a mediodía, el arconte me mandó llamar y, para mi sorpresa, me hizo saber que estaba al corriente de mis planes:

—¡Pobrecillo mío! ¡Te compadezco, pero no puedo hacer nada por ti! —concluyó.

Esa indulgencia señorial, esa compasión desde las alturas no hicieron sino exasperar mi desprecio contra esa escoria humana. Respondí:

—Sí, quise encadenarte y llevarte ante Cosma, pero algo así no puede hacerse más que con hombres libres, ¡no con esclavos!

Furioso ante su calma, arranqué dos pistolas de una panoplia que había en el salón donde nos encontrábamos y me lancé hacia la ventana para disparar contra el hatajo de brutos reunidos en el patio. El arconte me lo impidió con una sonrisa:

—¿Qué quieres hacer? ¿Espantarlos? Para eso no necesitas armas de fuego. Mira.

Miré. Cogió su fez bordado de oro, puso dentro un pequeño trozo de cristal y lo tiró al hormiguero de siervos. La caída del fez en medio del patio produjo el efecto de una bomba: se cubrieron los rostros con las manos y huyeron cada uno por su lado. Se oyeron gritos:

—¡Cuidado, el amo está enfadado!

—¿Ves? —me dijo el arconte, escondido detrás de las cortinas—. Ni siquiera son esclavos con quienes querías hacerme frente, ¡son animales! Eso es lo que son. En mi escritura de propiedad pone: «Veinte mil hectáreas de tierra, dos mil animales astados, cuatrocientos siervos». Viene a ser lo mismo. Por eso me compadecía de ti hace un momento: aquel que se pone a la cabeza de un rebaño de animales furiosos no es un líder, es un pastor. Ahora bien, tú eres *haiduc*, y los *haiduci* son valientes. Que se los lleve el diablo a todos, no me gustan, pero no puedo dejar de valorarlos ni de temerlos. Sin embargo, ¿cómo temer a unos hombres que se asustan de mi fez? ¡Estoy realmente ofendido por tu necedad! Si no sintiera por ti el respeto que se le debe a los valientes que desafían a la muerte, te dejaría a merced de esas fieras y te despedazarían en un abrir y cerrar de ojos. Debes aprender esto de los tiranos: ¡no se les pide a los esclavos que luchen por una idea! Pídeles que mueran de miedo y morirán todos. Es lo que nos da poder al sultán, al *vodă* <sup>gran</sup> señor y al arconte Samurakis. ¡Vuelve ahora a tu cabaña y espera valientemente tu hora! Llegará...

Me fui, humillado, y esperé mi hora. Vino, como sabéis, pero lo hizo por la voluntad de los valientes.

Desde entonces estoy curado del sueño que ata el destino de los hombres libres a la suerte de los esclavos. No estamos hechos todos de la misma pasta. El que sufre menos por el yugo que por la pérdida de su libertad que permanezca encadenado: yo no seré quien vaya a sacarlo de ahí. La libertad requiere que la defiendan, y no sé a quién odiar o despreciar más; al que quita la libertad o al que tiene miedo de defenderla.

¡Yo solo soy *haiduc* para los *haiduci*...!



## Un haiduc

—¡Y yo soy *haiduc* para defender a los esclavos!

Esta intervención inesperada, salida de las filas de nuestros compañeros, atrajo las miradas. Había un hombre de pie:

Un *haiduc*.

Era el de mayor edad, pero nadie lo hubiera dicho ya que su abundante melena, de un negro azulado, tenía pocos pelos plateados. Su dentadura trituraba las aceitunas con los huesos. Sus pasos firmes hacían temblar el suelo. Tenía un pasado de héroe.

Ante los ojos asombrados que lo miraban fijamente, continuó así...

## Réplica del haiduc

Quisiera responder a este joven orgulloso de sus orígenes que no quiere defender más que la libertad de los *haiduci*.

¡Pobres esclavos! Me compadezco de su suerte. ¿No encontrarán entonces ni tan siquiera el apoyo de los defensores de todos los oprimidos? ¡Y pensar que adoran a Dios y rezan por todos los hombres, por los amos que los pisotean, por los *haiduci* que los desprecian! ¡De modo que es cierto que solo el corazón del esclavo conoce la generosidad, que solo él sabe perdonar!

Después de una semana entera de trabajo brutal, el domingo los esclavos todavía pueden reír, cantar, bailar. Tras toda una vida de esperanzas frustradas sobre la tierra, saben consolarse en la espera de una vida mejor en el cielo. El rencor y el odio no consiguen envenenarlos; como los perros, ante una palabra dulce del amo olvidan los golpes de la fusta. Olvidan también que los pastos pertenecen a los señores y los bosques a los *haiduci* y que es él quien provee tanto a unos como a otros de trigo y carne.

¡Realmente es para preguntarse qué más necesitan los amos para ser mejores y los *haiduci* para perdonar!

He aquí que vemos a un hijo del bosque que se engalana con el nombre de *haiduc*, pero que lo mismo hubiera podido nacer en un castillo. El *codru* <sup>bosque</sup> que lucha noche y día con las tormentas, con la yedra y con el chancro, «el *codru*, hermano del rumano» no le ha enseñado nada, ni de sus luchas ni de su fraternidad, menos aún de su generosidad. ¿Por qué entonces enorgullecerse de la nobleza de su cuna? ¿Por qué enorgullecerse de una madre esclava (que ofrece, sin regatear, lo mismo al perseguido que al malhechor, su sombra y su calor, alimento y cobijo), si es para cubrirla de desprecio y abandonarla a los vándalos? El bosque es el esclavo supremo, vive para dar felicidad a los ingratos: sus múltiples ofrendas encuentran ingratitudes por toda respuesta, desde el niño que rompe el tallo nuevo y el animal que pace sus brotes hasta sus huéspedes alados que lo cubren de guano y el cielo que le envía el rayo. Y sin embargo, igual que ese rebaño humano al que odia Jeremia, no cesa un instante de luchar contra la vida hostil que lo saquea, no deja de adorar a ese Dios más amable con los piojos que con la más grandiosa de sus obras.

Así es, mientras la zarza se arma de innumerables espinas para defender su inutilidad y su miserable existencia, el bosque, sometido a su misión en la tierra, cumple su destino, y mientras el hacha le golpea las raíces, en las copas resuenan sus últimos himnos al sol.

¡Jeremia! El *haiduc* que te habla ahora es el bastardo de una esclava, el hijo de un noble (ya que igual no sabes que los nobles son hombres como nosotros: hacen lo suyo por todas partes).

Pero yo me negué a servir a los nobles, llegué al bosque a los diez años y hace cincuenta que vivo aquí. He luchado bajo las órdenes del *haiduc* Jianu, he servido al gran *pandur* revolucionario Tudor Vladimirescu y finalmente he venido a parar a la banda de Cosma, tu padre. Los tres han sido tiranos y yo su esclavo. Es cierto que su tiranía es noble, pero mi esclavitud no resulta menos dura por eso. Que lo cuelgue a uno un Tudor o el arconte Samurakis, lo mismo da. Y sí, me he doblegado, a menudo he padecido terribles injusticias. Lo hice por «una idea». Y también porque... tenía miedo. Me decía: «Nos va mal con el mal, pero podría irnos peor sin el mal». No olvides que nací de una madre esclava y que los esclavos son cobardes. Pero ¿cómo podrían ser valientes? Desde hace siglos llevan el miedo en la sangre, desde hace siglos se los azota y cuelga, unas veces los Tudor, otras los Arcontes.

Entenderás, mi pequeño valiente, que ya sea en los pastos o en el *codru*, en todas partes hay amos que reinan.

La noche, pesada de niebla, caía blanda sobre el Valle Oscuro. En la Gruta de los Osos ya no se distinguían los rostros de los *haiduci*.

# Apéndice

## Voces rumanas

*En este glosario se recogen los sustantivos en sus formas del singular y del plural, por este orden, independientemente de cómo aparezcan en la obra; entre paréntesis se indica el género (masculino, femenino o neutro). Los adjetivos se consignan en sus formas del masculino y del femenino. La información gramatical es importante porque explica las elecciones de traducción.*

*Las palabras aparecen alfabetizadas por su orden en rumano; esto es, por lo que hace a las grafías inexistentes en castellano, el lector encontrará las entradas correspondientes en el siguiente orden: a, ă, â; i, î; s, ș; t, ț.*

## A

**agemoglan, agemoglani** (s. m.).

Del turco, *acemi oglan*, ‘niño extranjero’; cristiano entre ocho y dieciocho años levado en pueblos del este y el sudeste de Europa para servir al Imperio otomano. Estos niños permanecían durante un tiempo con familias turcas, que los educaban en el Islam, en el idioma y en las costumbres del Imperio; después, los más aptos eran entrenados en escuelas para servir civil o militarmente al Estado.

## B

**babă, babe** (s. f.).

Vieja; forma despectiva de referirse a una mujer anciana.

**baci, baci** (s. m.).

Pastor; en concreto, el encargado de guardar el ganado en el aprisco.

**bairam, bairamuri** (s. n.).

Festividad que marca el final del ayuno del Ramadán; abarca los tres primeros días del Shawwal, décimo mes del calendario musulmán; por extensión, gran fiesta, celebración.

**başbuzuc, başbuzuci** (s. m.).

Mercenario, soldado irregular del Ejército otomano,

**băjenar, băjenari** (s. m.).

Exiliado, refugiado, fugitivo que abandona su hogar huyendo de las invasiones hostiles, la persecución política o la explotación boyarda.

**băjenie, băjenii** (s. f.).

Exilio. Es sustantivo femenino; no obstante, en el texto se ha traducido como exilio, masculino, ya que en su única aparición la palabra no presenta concordancias.

**bărbat, bărbari** (s. m.).

Hombre, varón.

**beilic, beilicuri** (s. n.).

Trabajo forzado impuesto a los campesinos que consistía en labrar las tierras del *logofăt* o señor.

**beizadea, beizadele** (s. f.).

Príncipe; hijo de un alto dignatario turco. Es sustantivo femenino, a pesar de que su referente sea masculino, motivo por el que en este caso ha sido imposible encontrar una traducción al castellano coincidente en género con la palabra rumana.

**beteală** (s. f. sing, invariable).

Diadema, tocado hecho de largos hilos de oro con el que las novias adornan sus peinados.

**borangic, borangicuri** (s. n.).

Hilo de seda.

**borfaș, borfași** (s. m.).

Ladrón de artículos de poco valor, ratero.

**borș, borșuri** (s. n.).

Sopa de verduras con remolacha, que otorga al caldo su característico color rojizo; es de origen ucraniano, muy popular en los países de la Europa oriental y central.

**buiestru, buiastră** (adj.).

Amblador; referido a las caballerías, que marcha al paso de ambladura; esto es, moviendo al tiempo la mano y el pie del mismo lado.

## C

**cadână, cadâne** (s. f.).

Esclava de un harén turco.

**cafenea, cafenele** (s. f.).

Cafetería, bar, taberna; establecimiento donde se sirven café, té y bebidas alcohólicas.

**calabalâc, calabalâcuri** (s. n.).

Equipaje, pertenencias del viajero.

**catrință, catrințe** (s. f.).

Saya; falda típica de la vestimenta popular rumana tejida con lana de diferentes colores, entre los que dominan el rojo y el negro.

**căciulă, căciuli** (s. f.).

Gorro tradicional de la indumentaria rumana, que puede ser de piel o de lana. Traducimos en el texto como boina por el origen popular de la prenda y para mantener el criterio de coincidencia en género de las palabras, en este caso en femenino. En *căciulă țurcănească*, gorro confeccionado con fibras de lana largas y gruesas.

**căpcăun, căpcăuni** (s. m.).

Monstruo de la mitología popular rumana con cuerpo de hombre y cabeza de perro; por extensión, persona cruel.

**cârciumar, cârciumari** (s. m.).

Tabernero,

**cârciumă, cârciumi** (s. f.).

Taberna; establecimiento donde se consumen bebidas alcohólicas.

**cârcserdar, cârcserdari** (s. m.).

Comandante de una poteră o patrulla.

**ceaun, ceaune** (s. n.).

Marmita o caldero pequeño y circular en el que normalmente se hierve salvado o se prepara café.

**ceauș, ceauși** (s. m.).

Funcionario público; grado inferior en la Administración civil o militar; guardia.

**chelar, chelari** (s. m.).

Asistente, sirviente, criado.

**chiabur, chiaburi** (s. m.).

Campesino rico, perteneciente a la burguesía, que posee tierras y medios de producción.

**chică, chici** (s. f.).

Cabellera, melena.

**ciobăniță, ciobănițe** (s. f.).

Pastora; referido tanto a la mujer que cuida ovejas como a la esposa del pastor.

**clacă, clăci** (s. f.).

Reunión para el trabajo cooperativo organizada por los aldeanos para ayudarse entre sí, a veces seguida de una pequeña fiesta con bebidas y juegos sociales; generalmente los hombres se ocupaban del trabajo en el campo y la construcción, y las mujeres de los trabajos domésticos.

**coconaș, coconași** (s. m.).

Joven noble, hijo de un boyardo; doncel.

**codru, codri** (s. m.).

Bosque denso de montaña.

**cojan, cojani** (s. m.).

Campesino, en especial el natural de las regiones montañosas.

**cojoc, cojoace** (s. n.).

Abrigo de piel con pelaje en el interior.

**conac, conace** (s. n.).

Casa de campo, hacienda, casal,

**coviltir, coviltire** (s. n.).

Cubierta de lona.

## **D**

**dascăl, dascăli** (s. m.).

Maestro de escuela.

**doină, doine** (s. f.).

Tonada, canción elegiaca popular que expresa sentimientos de añoranza, tristeza o desamor.

**doniță, donițe** (s. f.).

Batea, cubo de madera para ordeñar.

**dor, doruri** (s. n.).

Dolor, anhelo, ardor, nostalgia; estado de ánimo complejo dentro del campo semántico del mal de amor.

## F

**fanariot, fanarioți** (s. m.).

Cristiano noble habitante de Fanar, el barrio griego de Constantinopla.

**feligean, feligene** (s. n.).

Taza sin asa.

**fotă, fote** (s. f.).

Falda tradicional rumana cuyos modelos y colorido varían en función de las regiones.

## G

**galben, galbeni** (s. m.).

Moneda de oro extranjera, de valor variable, que circulaba en Rumania desde la Edad Media.

**gârbaci, gârbace** (s. n.).

Látigo hecho con cuerdas trenzadas.

**ghebă, ghebe** (s. f.).

Túnica; abrigo campesino largo generalmente adornado con bor dados y pasamanerías.

**gherghef, gherghefuri** (s. n.).

Telar, bastidor, marco sobre el que se borda o se teje.

**ghiulbahar** (s. m. sing. invariable).

Juego de mesa para dos jugadores popularmente conocido como *tablas reales* o *backgammon*; combina el azar y profundos conocimientos estratégicos.

**gospodar, gospodari** (s. m.).

Hospodar; patrón, señor, terrateniente, gobernador regional en Moldavia y Valaquia. G

**ospodări, gospodării** (s. f.).

Hacienda de campo, granja.

## H

**haiduc, haiduci** (s. m.).

Forajido que vive en los bosques y lucha contra la tiranía de los turcos; desde finales del siglo XVIII e inicios del XIX, estos grupos rebeldes combatieron contra la injusticia social, asociada o no a la dominación extranjera.

**han, hanuri** (s. n.).

Hospedería, posada, hostel,

**hangiu, hangii** (s. m.).

Posadero, dueño de un *han*.

**haraci, haraciuri** (s. n.).

Impuesto sobre la tierra que los campesinos debían pagar a los gobernantes o a los terratenientes.

**hazna, haznale** (s. f.).

Letrina, cloaca, pozo negro.

**hoge, hogi** (s. m.).

Maestro musulmán, imán, autoridad religiosa.

**horă, hore** (s. f.).

Danza popular originaria del este de Europa y típica del folclore de los Balcanes que combina movimientos refinados y ritmos deslumbrantes; los bailarines se toman de la mano, forman un círculo cerrado y avanzan diagonalmente hacia delante o hacia atrás.

## I

**ilic, ilice** (s. n.).

Chaleco, abrigo campesino sin mangas, adornado con felpilla, generalmente de color rojo, negro o blanco.

**imineu, iminei** (s. m.).

Escarpín, calzado campesino de punta afilada, hecho en cuero generalmente teñido de negro o rojo.

**ispravnic, ispravnici** (s. m.).

Gobernador o administrador que lleva a cabo las órdenes de un príncipe o que trabaja como representante del señor de un territorio.

**ișlic, ișlice** (s. n.).

Gorro de piel portado por caballeros y boyardos cuya forma y tamaño es indicativa del rango social.

**ițari** (s. m. pl. invariable).

Pantalón, blanco y liso, usado generalmente por los campesinos.

## J

**judet, județi** (s. m.).

Distrito, partido, unidad administrativa territorial que comprende varias ciudades y comunas.

## L

**lefegiu, lefegii** (s. m.).

Originalmente, mercenario en las tierras rumanas durante la Edad Media; por extensión, soldado, recluta.

**leit, leită** (adj.).

Igual a otra persona con la que se compara; idéntico.

**leu, lei** (s. m.).

Unidad monetaria oficial en Rumania desde 1867 y en la República de Moldavia desde 1993.

**logofăt, logofeți** (s. m.).

Logoteta; regidor, capataz, antiguo título administrativo de origen bizantino que se otorgaba a los encargados de la administración de los territorios y el cobro de aduanas.

## M

**mahmudea, mahmudele** (s. f.).

Moneda de oro turca que circuló en tierras rumanas durante la primera mitad del siglo XIX.

**mămăligă, mămăligi** (s. f.).

Polenta; harina de maíz gruesa hervida en agua y mantequilla; entre las clases humildes, se empleaba como sustituto del pan.

**mezat, mezațuri** (s. n.).

Subasta, licitación. Es sustantivo neutro; no obstante, en el texto se ha preferido traducir por *subasta*, femenino, ya que en su única aparición la palabra no presenta concordancias.

**morcova** (s. f. sing. invariable).

Véase *sorcovă*.

**moșnean, moșneni** (s. m.).

Campesino libre, propietario de tierras heredadas.

**mumbașir, mumbașiri** (s. m.).

Agente responsable de los ingresos fiscales y las ejecuciones en la Edad Media; por extensión, comisario, policía.

**mușteriu, mușterii** (s. m.).

Cliente, comprador.

## N

**neaoș, neaoșă** (adj.).

Nativo, nacido y criado en un lugar determinado.

## O

**obială, obiele** (s. f.).

Trapo o gamuza con la que se envuelven los pies para calentarlos, puede usarse entre los calcetines y el calzado.

**oca, ocale** (s. f.).

Unidad de medida que equivale aproximadamente a 1,25 kilogramos o litros.

**opincar, opincari** (s. m.).

Zapatero; artesano humilde,

**opincă, opinci** (s. f.).

Alpargata, babucha; calzado campesino confeccionado con una pieza rectangular de cuero o caucho, sin cordones y acabado en punta.

## **P**

**paceaură, paceaure** (s. f.).

Arpía, mala pécora, mujer fea y malvada.

**pacoste, pacoste** (s. f.).

Persona desgraciada, excluida de todas las ventajas y que atrae o causa problemas.

**pandur, panduri** (s. m.).

Revolucionario; soldado del ejército de Tudor Vladimirescu.

**parastas, parastase** (s. n.).

Réquiem, composición cantada para la misa de difuntos.

**pastramă, pastrame** (s. f.).

Pastrami; carne ahumada o sazonada.

**pătul, pătule** (s. n.).

Granero, silo para conservar el maíz.

**pezevenghe, pezevenghi** (s. m.).

Bribón, bellaco, canalla, sinvergüenza.

**plușas, plutași** (s. m.).

Balsero, barquero que transporta madera por los ríos.

**pogon, pogoane** (s. n.).

Unidad de medida que equivale a media hectárea.

**pol, poli** (s. m.).

Moneda de origen francés, equivalente a veinte leí, que circuló en Rumania en el siglo XIX.

**pomojnic, pomojnici** (s. m.).

Subprefecto.

**poteră, poteri** (s. f.).

Grupo de hombres armados que persiguen a los delincuentes; tropa; soldadesca.

**protipendadă, protipendade** (s. f.).

Élite social que durante la Edad Media disfrutó de privilegios feudales; por extensión, aristocracia, clase privilegiada.

## **R**

**raia, raiale** (s. f.).

Servidumbre, sometimiento; en concreto, la de los cristianos que vivían en los territorios ocupados por las autoridades militares turcas.

**rogojină, rogojini** (s. f.).

Esterilla trenzada de junco o de caña.

## **S**

**salbă, salbe** (s. f.).

Cadena o collar con abalorios, entre los que se incluyen perlas, piedras preciosas y monedas, típico de las mujeres campesinas.

**sendăc, sendăcuri** (s. n.).

Cofre, baúl, caja para guardar objetos de valor con cerradura en la tapa, generalmente fabricada con materiales resistentes.

**sfetnic, sfetnici** (s. m.).

Noble, asesor o consejero del boyardo.

**sluger, slugeri** (s. m.).

Jefe del Estado y del Ejército.

**sorcovă, sorcove** (s. f.).

Varita adornada con flores de papel de distintos colores, con la que los niños golpean de forma cariñosa a los padres, parientes y conocidos la mañana de Año Nuevo, deseándoles con este gesto salud y buena suerte. Junto al sustantivo morcova, de significado impreciso, esta palabra aparece en el primer verso de las canciones infantiles de Año Nuevo.

**starej, stareji** (s. m.).

Abad, superior de un monasterio.

**Ş**

**şalvari** (s. m. pl. invariable).

Pantalones anchos y largos típicos de la vestimenta turca, con pequeños pliegues y recogidos en el tobillo, que usan indistintamente los hombres y las mujeres.

**şubă, şube** (s. f.).

Pelliza; abrigo ancho y largo de cuello amplio, forrado de piel, habitualmente de uso masculino.

**T**

**tindă, tinde** (s. f.).

Estancia ubicada en la entrada de las casas campesinas, espacio de reunión para la familia y los vecinos.

**topuz, topuze** (s. n.).

Garrote o mazo con el que el señor golpea a los siervos en las plantas de los pies para castigarlos.

**Ț**

**țanțoș, țanțoșă** (adj.).

Orgullosa, arrogante, altivo, pretencioso.

**U**

**urgie, urgii** (s. f.).

Furia, odio, ira, desgracia.

## V

**vătaf, vătafi** (s. m.).

Supervisor de un grupo de personas, ya sea un gremio o una tropa; lugarteniente.

**vodă** (s. m. sing. invariable).

Título con el que históricamente se distinguían los príncipes y gobernantes rumanos; gran señor.

**voinic, voinică** (adj.).

Robusto, fuerte, valiente; en ocasiones se emplea como sinónimo de *haiduc*.

**voinic, voinici** (s. m.).

Muchacho.

## Z

**zapciu, zapcii** (s. m.).

Mandatario encargado de recaudar los impuestos, subordinado al administrador del territorio correspondiente.

**zăbun, zăbune** (s. n.).

Abrigo de invierno típico de la vestimenta campesina; hecho de lana o algodón, acolchado y con mangas, llega hasta las rodillas.

**zer, zeruri** (s. n.).

Suero lácteo obtenido durante el proceso de coagulación de los quesos, la cuajada o el yogur.



Vagabundo rumano y gran escritor autodidacta, Panait Istrati nació en Brăila ciudad portuaria del Danubio en 1884. Hijo natural de una lavandera rumana y de un contrabandista griego, sólo asistió a la escuela durante cuatro años y realizó todo tipo de trabajos para ganarse la vida. Su espíritu inquieto y aventurero lo llevó a partir a Oriente Medio en 1906 sin dinero ni pasaporte. En 1921, tras instalarse en Francia, y desesperado por la tuberculosis, la pobreza y la muerte de su madre, intentó suicidarse. Fue encontrado agonizante con una carta dirigida al escritor Romain Rolland, quien le ayudaría a convertirse en el Gorki de los Balcanes. Invitado en 1927 a visitar la Unión Soviética, su crítica feroz a las colectivizaciones le costó el rechazo de los intelectuales franceses, por lo que decidió volver a Rumanía, donde murió en 1935 sumido en el olvido.

# Notas

[1] ‘Flor de los Bosques’; antes, Floricica, ‘Florequilla’. <<

[2] Héroe de los cuentos populares rumanos que representa la valentía y la belleza masculinas, Príncipe Azul. <<

[3] En ruso, mjokhk, ‘campesino anterior a la Revolución’. <<

[4] Ektoikto, '¡Extraordinario!'. <<

[5] En griego, κόρη μου, κοριτάσκι μου, ‘¡Hija mía, mi hijita!’. <<

[6] Unidad de medida que equivale aproximadamente a 1,25 kilogramos o litros; en singular, *oca*. <<

[7] Gobierno del Imperio otomano. <<

[8] Además de los ducados y las libras, en el collar que Spilca hereda de su madre y regala a su novia hay tres tipos de monedas: el *len*, *lei* en plural, que es la unidad monetaria oficial de Rumania desde 1867; el *pol*, *poli* en plural, moneda de oro de origen ruso equivalente a veinte *lei*, y el *galben*, *galbeni* en plural, nombre con el que se designaban las monedas de oro extranjeras, de valor variable, que circulaban en Rumania desde la Edad Media. <<

[9] Unidad de medida equivalente a media hectárea; en este caso, por tanto se trataría de quince hectáreas. <<